EL MENSAJERO DEL TIEMPO
AUTOR: JUAN MANUEL PÉREZ ÁLVAREZ

Dedicatoria: A mi madre

PARTE PRIMERA

La libertad no tuvo origen, pero todo origen procede de ella.
En un momento de meditación percibí a la humanidad como un solo ser humano sostenido por el espíritu abriéndose camino entre las tinieblas de la ignorancia, alumbrado por su propia razón, hasta la luz que lo sacó de la caverna soñada. De Platón procede el símbolo que da forma a todos los mitos: el camino del hombre de la ignorancia a la sabiduría.
Entonces, un ser salió a la luz desde las tinieblas. Nada más verlo comprendí que era el protagonista de esta historia: el Hombre del Futuro. Sería el hilo que me conduciría a mostrar una verdad a mi conciencia y al de todo aquel que tuviese parte en la inteligencia universal que informa su naturaleza. Era un vaso de barro que contenía un alma divina que ni yo ni nadie podíamos manipular, porque pertenecía a una dimensión eterna, del mismo modo que no se puede coger el vacío de un vaso.
Mientras el Hombre del Futuro caminaba, una película se proyectaba a su alrededor. Eran imágenes del espíritu que mueve el universo. Puso su mano sobre la pantalla de vacío y comprendió que todos ellos tenían un principio y un fin común. Se dijo: “Caminaré por todas las épocas hasta encontrar la mía, y alcanzaré la experiencia que me falta para el conocimiento de la verdad, explicando cómo el amor se desarrolla hasta dar sus frutos de libertad a los seres”.
Alzó la vista y vio un jardín, y en él a un hombre sentado junto a una fuente. Vestía una túnica blanca y parecía de un tiempo muy remoto. Reconoció el rostro esculpido en un busto. Era Sócrates, que leía un libro. “Aproxímate, hombre” le dijo al verlo, “quiero mostrarte qué es la libertad, la voluntad que formó la creación para el bien. Las ideas son las obras humanas, y ellas nos conducen, por reflejo, a una verdad que se muestra cada vez más nítida. ¿Distingues el libro que leo? Es la Biblia, en la cual se muestra el éxodo del pueblo de Israel, salido de Adán, hasta la Tierra Prometida donde gobierna Cristo. Yo hablé de la necesidad de un solo Dios en mi época, pero no me comprendieron, porque les enseñé el sol que está más allá de la caverna de reflejos que es el mundo. Lo que escribas quedará asociado a la verdad en la que crees y nadie podrá borrarlo del Libro Eterno. La ciencia de las cosas y el arte de las personas, los descubrimientos y las ideas, te guiarán en tu recorrido. Camina, que el autor de esta historia escribirá tus pasos”.
Dicho esto, el sabio le entregó el libro de la Historia Sagrada al Hombre del Futuro. Este salió del jardín de los bellos árboles y de los sublimes animales que constituyen el barro que al ser humano se le ha dado para que fabrique su vida y se encontró con un desierto de

arena, pero ni el sol le quemaba ni el viento le hería, porque su destino lo mantenía a salvo. De pronto apareció un medio del desierto una ciudad, pero no era bella ni sublime como la Ciudad Eterna, sino una mezcla de verdad y mentira que nunca se unían y siempre estaban en guerra. El Hombre del Futuro se sintió solo a medida que la ciudad aumentaba de tamaño y él entraba en ella. Allí estaba la soberbia Roma en la plenitud de su poder, con su Emperador y sus Esclavos. Pero algo en ella no estaba corrompido, y era una ley de piedra que sus cónsules promulgaron al mundo. Sintió agobio entre tanta gente extranjera que mostraba el odio en sus ojos, la soledad lo envolvió, pero al abrir y cerrar el libro un soplo de alegría retornó a su mente. “Ay de mí” se dijo, “¿quiénes son estos criminales con las túnicas manchadas de sangre?” y notó que las heridas de su pasado se abrían al ver el cortejo del Emperador y de sus colosos, gladiadores horribles y bárbaros que no conocían el idioma de la paz. En la ciudad, la población aumentaba y aumentaba, como el magma de un volcán borbota en su caldera. Bellas mujeres salieron de los Baños. Pero en sus ojos solo había vacío. Era un reflejo imperfecto de algo que no se veía.
“Tiene que haber algo por lo que he llegado hasta aquí” se dijo. Y luego lo comprendió. Era un hombre como él que, simbólicamente, estaba abrasándose en una parrilla, pero el fuego no lo tocaba. Los jueces lo observaban y el vulgo ignorante aplaudía, pero nadie salvo el Hombre del Futuro notaba que el fuego no quemaba al condenado, sino que le producía placer. “Lorenzo” dijo la voz de una mujer con el cabello rubio en un moño sobre su cabeza, “sal de la parrilla”. El condenado tomó su parrilla, la colocó debajo del brazo – el Hombre del Futuro recordó el fresco de Miguel Ángel en el que se representaba esta misma escena- y se colocó sobre un ara de mármol en cuyo pedestal estaba escrito el emblema de la Paz Romana. Abrió los brazos en cruz y dijo, con mayor elocuencia que la de Tulio Cicerón, el orador y precursor de una nueva época: “La Libertad ha vencido. ¿Dónde está vuestra victoria, tiranos del odio? Más certeza os muestra una larva que repta por el suelo que vuestros falsos dioses, y más virtud tiene el corazón de un niño que el coraje del soldado más valiente de vuestra legión. Hemos sido mártires por un mundo nuevo, iluminados por el dios eterno que vive en nuestras almas, y ese dios al que habéis desconocido nos ha otorgado la victoria sobre nuestros cuerpos de barro. Ved que ahora nuestras heridas no nos afectan, porque nos ha sido otorgado un cuerpo glorioso superada ya la cruz de nuestra culpa que nos retenía a la esclavitud de este mundo. Somos libres por el ejemplo de aquel pueblo que salió de Egipto,al cual se le dio un rey perpetuo, el nuevo Adán, que descendió a la condena y ascendió al poder ilimitado de los cielos. La Libertad no es una estatua como lo son vuestros ídolos; acompañó al Primer Hombre en el Paraíso y este la perdió al ser engañado por su instinto animal, guió a la Humanidad en su recorrido histórico, enfrentando a los pueblos por sus ignorancias hasta alcanzar el equilibrio de la Civilización, fruto de la Filosofía, del Derecho, de la Religión. Hizo digno al animal racional

otorgándole el título de Hijo de Dios, porque de su inteligencia participaba. ¿Qué habéis logrado con vuestra tiranía, acaso la mentira puede ocupar el lugar de la verdad y no mostrarse desde el fondo del universo? Los instrumentos de tortura se han convertido en instrumentos de victoria. Catalina está a salvo, y también Emeterio y Caledonio, Esteban el Protomártir, Justa y Rufina, Cosme y Damián, Domilita, Anastasio, y tantos otros que imitaron el ejemplo de los Apóstoles y de quien Dámaso escribe en sus catacumbas, porque la palabra que alumbró a Virgilio, a Horacio, a Ovidio, y que partió del inmortal Homero discurriendo a través de Hesíodo y de Píndaro se ha envilecido con vosotros, y ahora la virtud de vuestros fundadores se ha desvanecido, hasta alcanzar la miseria de las víctimas que pueblan la Ciudad Santa que Agustín de Hipona halló como modelo de esta imperfecta barbarie. Alzo mi mano a la Era de la Nueva Alianza, era milagrosa que Saulo de Tarso extendió por este imperio en ruinas".

El clamor siguió a este anuncio. Incluso la naturaleza parecía obedecer a aquella voz, porque se mostraba tal cual era y no con la máscara con la que la habían vestido. El Hombre del Futuro tocó las columnas soberbias que se poblaban de reptiles y pájaros y avanzó por las calzadas invadidas de esclavos con las cadenas rotas. Las leyes refulgían con una luz multicolor en el foro abandonado. Reconoció en la mujer que le dio de beber en un pozo frente al cual se elevaba el rigor científico mostrado por el arte de la Acrópolis de Atenas y su firme Partenón. "Te diré una cosa" le habló la mujer de cabellos hermosos y mirada ardiente, "mis senos te darán a beber de nuevo. No temas la circunstancia que pasa, porque la verdad no es un sueño y todo lo que sucede equivale a una frase de amor. Si amas, eres poderoso. Deja que ellos se enfrenten por el odio. Ahí está el sabio Séneca, que se ríe de su tirano. Nuestras obras son eternas como la eternidad de la que proceden, nuestros cuerpos y almas se unirán y el placer y la felicidad no terminarán. Ahora bebe un poco de sabiduría y haz desaparecer tu miedo".

"Conozco tus ojos" declaró el Hombre del Futuro mientras bebía, y su mirada se detuvo en su cintura de palma, recorrió el río imaginario que descendía de sus anchas caderas y luego alcanzaba los fustes de sus piernas hasta los pies que parecían danzar sobre la tierra. Sus senos se abrieron de pronto hasta que él amarró su boca a los pezones y notó el tacto de todos los nacimientos. "Soy tu amada" le dijo ella, "te encontraré en tu camino", y ya su boca no podía hablar cuando sujetando la cabeza de su complementario con las manos, lo besaba y le daba un papel escrito. Recordó que su madre los protegía, lo recordó el Hombre del Futuro que mira y recorre la obra de Dios. Hicieron el amor sobre un suelo liso y ella no cesaba de contemplarlo al gemir. "Continúa" le dijo ella al terminar, "el camino que has emprendido. Mil ciudades como esta te aguardan, todas ellas para verte vencedor. El papel que te he dado es para cierto tiempo, después escribirás lo que quieras sobre cualquier papel y te será concedido, pero tus obras estarán siempre

contigo, y yo también. No temas a nada, porque atravesarás el mal sin que te toque”.
Abandonó aquel placer y conservó en sí mismo aquella felicidad. Una calzada blanca entre una selva sombría condujo al Hombre del Futuro hasta un gigantesco anfiteatro de metales y rascacielos. La nieve cubría las azoteas. En la calle por la que discurrían sombras y automóviles no se veía casi luz natural, toda ella estaba iluminada por farolas y el cielo estaba surcado por helicópteros. Sacudió su americana y le cayeron unas monedas. Con ellas compró un bocadillo y comenzó a comer. El ruido era tal que un hombre que caminaba por la calle protestó diciendo: “Todo esto es un carnaval grotesco, yo quiero sacar la Concordia del Museo, como hemos firmado en la Declaración, ¿a qué se parece este infierno de máquinas sin hombres? Aquí ya no queda ni un solo principio social, y el caos es lo único que se puede ver”. “¿De dónde viene usted?” le preguntó el viajero. “Nací entre estas montañas y luché contra la esclavitud de los colonos, fui presidente de una república nacida de la proclamación de los Derechos del Ciudadano, por eso llevo el título de los Patriarcas de la Justicia, y mi nombre es Abraham Lincoln”. Se escuchó ruido de yunques subterráneos erigiendo el enorme obelisco de un Empire State de vidrio, mientras las máquinas, vistas de pronto en una lente ampliada, arrasaban una selva de indios y animales salvajes. “Esta es la Nueva York distópica que cantó Federico García Lorca, pero tiene los días contados. Cuando vuelva la vista ya no la hallará, porque el hombre alentado por el espíritu corregirá sus errores antes de que el desastre suceda. Whitman comparó este imperio al de la democracia, pero, ¿puede llamarse esto democracia? Una nueva forma de barbarie ha arrasado pueblos enteros y ha devastado la naturaleza. La ciencia universitaria de nada sirve sin el valor moral que la informa. Vea cómo tod en torno a la metrópolis está devastado, y ni siquiera se distingue la Roca de los Seis Presidentes. Ese hombre minúsculo que le hace señas a las máquinas como langostas de metal es el político Martin Luther King, defensor de los derechos del pueblo más esclavizado de la tierra, el negro africano”.
Ambos interlocutores se acercaron al campo de batalla. Árboles talados lloraban savia, millones de aves ocultaban el cielo huyendo del peligro, monos como hombres saltaban de rama en rama y hombres combatidos como simios disparaban sus flechas a una cosechadora semejante a un tanque de guerra, que arrasaba hectáreas salvajes y dejaba desiertos sin lluvia tras de sí. ¿Dónde estaban los hombres presuntamente civilizados? Escondidos en la cabina de mandos de las máquinas devastadoras, con máscaras que le ocultaban el rostro. Allí se aislaban del ruido de las máquinas con cascos en los oídos y antenas dirigidas a los satélites artificiales que volaban sobre ellos. Solo escuchaban el programa que emitían en su circuito informático, de manera que no podían distinguir nada en su entorno. Un humo de corrupción subía al cielo, y el viento que soplaba a su alrededor trataba de dispersarlo. Mientras tanto, el nuevo Empire State de cristal se levantaba como una Torre de Babel,

y los medios informativos celebraban la hazaña, porque un gran robot de hierro y cristal dejaba a los hombres atados en su circuito, controlado por radares y antenas.
“El hombre vuelve a forjar sus cadenas” confesó el Presidente Lincoln al Hombre del Futuro. “Fíjese” y extrajo una pantalla minúscula de su bolsillo que al pulsarla dejaba escuchar un Himno al Progreso, con música, pero sin letra, pues esta había sido manipulada hasta perder su sentido. “Este es el último invento de la Era Materialista: una pantalla que oculta el mundo. Millones de obesos la llevan consigo, millones de inconscientes que creen tener poder. ¿Sabe dónde está el poder ahora? Está en esos hombres”, y el Presidente señaló a los indios sin ropa que trataban de contener con flechas a las máquinas. El Hombre del Futuro se sintió perplejo. “Esos hombres no tienen poder. Son pobres e impotentes ante el Falso Progreso que usted acaba de nombrar” dijo dudando, “¿No los ve como animales heridos, que luchan contra gigantes de metal? ¿Qué les espera más que la desolación, y lo mismo al bosque salvaje que tratan de preservar? Son víctimas de esta nueva idolatría, de este culto a la devastación”. “Son” lo corrigió el Presidente mirando al horizonte púrpura del crepúsculo “las espigas que darán el pan mañana. Los que preservan la naturaleza y la cuidan sin devastarla, los que conocen los senderos escondidos y recuerdan las propiedades de las plantas y el idioma de los animales, los guardianes del Jardín del Mundo que da sus frutos para el Hombre que convive en paz”. Pero su interlocutor continuaba dudando: “¿Cuál es entonces la misión del Progreso y de las luces de la Civilización que une a los hombres? ¿No es esta imperfecta escena una fase de la Civilización? Todo me parece confuso y no entiendo nada”.
El Presidente miró al suelo cubierto de óxido antes de responder. “Las luces de la Civilización ya no están aquí, pero volverán. Las cosas volverán a su principio. El Sentido de la Civilización es la conciencia racional entre los hombres. La ciudad terrestre refleja la Ciudad Celeste, como dejó dicho nuestro sabio teólogo Agustín de Hipona cuando habló de sus dos símbolos: Roma y Jerusalén. El Progreso Verdadero es la voz que grita en el desierto: “allanad los senderos de la paz por medio de la Justicia Social”. Pero ese no es el Falso Progreso de la Corrupción, cuando nuevos inventos buscan nuevas formas de promover conflictos entre los hombres. El Principio de Civilización se basa en el respeto, y para ello se han establecido como piedra angular de los ordenamientos civiles las Declaraciones de Derechos de las que los Estados Unidos de América desde su Independencia del yugo tiránico de una metrópolis esclavista han llegado a ser promotores y pioneros. Estos Derechos que dignifican al ser humano por encima de su situación social han sido asimilados por el mundo tras largas luchas. Sangre de héroes ha dado testimonio de esta verdad. El desarrollo material debe respetar estos principios para sostenerse. De lo contrario, le sucederá lo mismo que a esa torre de cristal y acero”.

El Hombre del Futuro miró la mano levantada del Presidente que apuntó a un ruido de cristales rotos y de acero fundiéndose en tanto los conductores de las máquinas se subían sobre sus vehículos para presenciar un ciclo que transcurría. Águilas y buitres, adivinando el desenlace, formaron un círculo en las alturas. Los ríos se desbordaron, los árboles y enredaderas crecieron y un magma renovador emergido por el peso que las máquinas ejercían sobre la tierra fundía el metal de aquel instrumento de tortura para los hombres y lo devolvía a su estado original. Millones de personas se esparcieron por la selva saliendo de la torre, congregándose en torno a un grupo de indígenas que profetizaban aquella ruina hasta confundirse con ellos, pero la naturaleza desbordada no los dañaba, sino que los troncos y las ramas de los árboles los protegían del sol que abrasaba el desierto sin vida en el que la torre se alzaba, depravación en la cual “al arquitectura a la geometría se rebelaba” como Góngora había expresado. Incluso los conductores de las máquinas se alegraban de que la abominación transcurriese, porque ellos mismos y sus hijos también eran sus víctimas.

Parecía que una gran paz había dejado atrás aquella guerra irracional entre la naturaleza y el hombre, cuando el sol había aumentado su temperatura sobre aquel desierto provocado por una codicia destructora, cuando el manto verde y las aguas que nutren a los seres habían retrocedido ante la degeneración de una especie a la que todo había sido sometido para un fin que había olvidado cumplir.

Los ríos y sus arterias móviles volvieron a ocupar su cauce, permitiendo que el desierto se cubriese de árboles que apagaron el ardor del sol, el peso del suelo agredido volvió a equilibrarse y el magma retornó a las profundidades, las nubes llovieron sobre las montañas secas e hicieron renacer a flores y animales. Los ciclos muy pronto devolvieron al mundo su vigor dejando el terreno labrado para que el hombre volviese a pisarlo.

El clima restablecido alumbró una ciudad nueva. Los rascacielos eran otra vez reflejados por el espejo de los mares y las máquinas eran animales de metal que cooperaban con los animales de barro en la transformación del universo hacia su destino. Las églogas y ritmos campestres hacían retornar el ritmo a las fábricas. El equilibrio se había restaurado en una forma nueva.

Qué alivio experimentó el Hombre del Futuro al beberse su taza de té en compañía de su contertulio, el Presidente Abraham Lincoln, en la terraza de la cafetería de una calle que parecía la Quinta Avenida. Un periódico estaba sobre la mesa y en él podía leerse claramente el titular “Concordia”.

“Este es el fin del caos” dijo satisfecho. “Ya no estamos entre fieras, sino otra vez entre hombres. “ Así es” contestó el Presidente acariciando su barba bien cuidada mientras bebía su taza. “El ejemplo de Babilonia sucede muchas veces para que el ser humano se dé cuenta del valor de tomarse algo entre amigos. Tanto indígenas como colonos, somos todos autores de la Civilización, hermanos en la familia humana, selva y urbe son como naturaleza y costumbres”.

Continuó paladeando el té el Hombre del Futuro en compañía del Presidente Lincoln, deteniendo la vista en los modelos de automóviles, en los transeúntes que pasaban tomándose en helado en una estación veraniega que diríase emergida de la calma, las señoras con sus perros de compañía, los chicos con sus atuendos de béisbol, los ancianos sentados tomando el sol y los niños jugando en columpios cercanos. Estaba preparado para el diálogo:
- Quién diría que esta urbe es una jungla de asfalto- comentó- Todo está en su sitio.
- Lo está cuando lo están sus habitantes- respondió el Presidente inspirando aire- En otra época, yo luché contra la esclavitud de la gente de color en estos estados. Una guerra civil dividió a los estados del norte y a los estados del sur. Al cabo de cinco años la concordia en el respeto a los Derechos que aseguraba nuestra Declaración de Independencia hizo germinar el desarrollo que nos llevó a poner un pie en la luna. Los Derechos son normas básicas de convivencia, y las leyes son su desarrollo. Por eso la población se multiplica para administrar mejor la Ciudad Terrena, el suelo compartido del planeta.
- Puede resumirse en esa guerra entre esclavos y esclavistas toda la Historia de la Humanidad- reconoció el Hombre del Futuro terminando su taza- El Progreso, el Verdadero Progreso, es el Mesías que esperan los pueblos. Pero ese Mesías ya vino una vez y dividió la Historia en dos periodos: el del Dogma y el de la Libertad. Lo mismo ocurre en la mente del hombre que camina del instinto a la razón. Los conflictos son siempre entre ideas.
- Precisamente- declaró el Presidente acariciando su sombrero de seda- es ese el sentido de su viaje. Debe recuperar el Tesoro de la Libertad Civil y sacarlo a la luz. El Tesoro de la Libertad Civil es un reflejo del Tesoro de la Libertad Humana, otorgada al hombre por Dios por medio de su razón. ¿Tiene usted una misión en esta obra, no es así? Ya sabe que no hay nada fuera de usted que pueda dañarlo porque su destino lo protege. Para recuperar ese tesoro, tendría que recorrer las coordenadas del espacio-tiempo hasta la Ciudad de las Luces, en la que se forjó la primera Enciclopedia o Diccionario Razonado del Conocimiento y luego llevar su antorcha luminosa por épocas más oscuras hasta regresar a su punto de partida. Sabe de lo que estoy hablando, ¿no es así?
- Alguien me ha dado un papel escrito cuando visitaba los últimos tiempos de la Antigua Roma- declaró el Hombre del Futuro mirando el vuelo de las palomas que se posaban en un álamo del parque cercano- y me ha indicado el camino a seguir. ¿Quiere usted decir que mi próximo destino es París en Francia, ¿me equivoco?
- Ha acertado exactamente- sonrió Lincoln- Y acuérdese, si ve a Rousseau, de darle un saludo de mi parte.
- Y si veo a Víctor Hugo, también- bromeó el Hombre del Futuro, levantándose de la silla- La Revolución Francesa no está nada mal para aprender.
- El combate entre el Dogma y el Principio- puntualizó el Presidente- Ahí termina el feudalismo medieval, último residuo del esclavismo, y

empiezan a fructificar los principios de la Moral Cristiana. Por cierto- dijo poniendo una mano sobre el antebrazo de su interlocutor- No se preocupe por eso. Usted está de misión. Quien lo ha enviado aquí ya sabe que estas pequeñas cosas necesarias están cubiertas. Deje la cartera en su sitio.
- Muchas gracias- contestó el Hombre del Futuro abandonando la terraza de la cafetería- Presidente, ¿tomo el taxi hasta…?
- Su transporte está ahí mismo. Y recuerde que tiene que volver a visitarme.
Frente a ellos, un automóvil pintado con los colores de la bandera francesa los aguardaba estacionado frente a la acera. El conductor abrió la puerta e introdujo el maletín del Hombre del Futuro en el maletero. Llevaba un bigote parecido al de Gustave Flaubert.
- Las instrucciones que tengo respecto a usted son que debo conducirlo a un hotel cerca de las Tullerías. Supongo que conocerá el mapa de París. Si no, tengo aquí varios- le explicó- Son en punto. Iremos por el Puente de Europa. Ya sabe que Europa es un puente entre los pueblos- bromeó el taxista.
- Será un puente para salvar el espacio-tiempo- reconoció el Hombre del Futuro. En fin, hasta pronto, Presidente.
Mientras el taxi lo conducía por la bien asfaltada carretera del Puente de Europa, el pasajero comenzó a leer el papel que llevaba en el bolsillo.
- Va a sorprenderse cuando llegue a París- le advirtió el conductor- Es una ciudad sedienta de sangre.
- Como todas antes de ser civilizadas- comentó el Hombre del Futuro- La misión que tengo es la de encontrar en ella el germen de la libertad civil.
- Para eso tendrá que pasar por el zoológico de los hombres- bromeó el taxista con marcada ironía- Ya sabe usted que el hombre es un lobo para el hombre. Eso dijo un dramaturgo. El romanticismo y su propaganda manipuladora. La crítica a todo ese prejuicio absurdo nos conduciría a la paz. Madame Bovary, ¿recuerda?
- ¿Usted…?- musitó el pasajero.
El conductor sonrió mirando a su interlocutor. El coche se detuvo.
- Lo he conducido bien- dijo al detenerse tras un cuarto de hora de trayecto- Aquí lo dejo en la ciudad que ha gestado nuestras libertades civiles. Tenga en cuenta que el burgués que emancipó al siervo feudal surgió de este suelo colonizado por el bárbaro Clodoveo cuando, al ser bautizado por San Remigio, dejó atrás la ignorancia de los primeros salvajes marcados por el crimen de Caín. Haga lo que tenga que hacer y cuente conmigo. Ese edificio donde se está gestando el tumulto precursor del progreso es el Palacio de las Tullerías, y aquel hombre escuálido y degradado que se ve en el balcón, junto a su mujer con un moño descomunal sobre la cabeza es el monarca Luis XVI, que se dirige a una plebe hambrienta. Ya ha salido de Versalles, el último refugio feudal, y está en pie delante de un pueblo que ha leído sus derechos en los artículos de la Enciclopedia Ilustrada. Procure fijarse en que el pueblo que tiene a sus pies y que es pionero en el uso de pantalones muy pronto estará

a la cabeza de las libertades del mundo. Ya se está levantando hacia el cielo el Árbol de los Libertadores, y las mayorías siguen a la minoría de los sabios aunque no lo sepan. Esa es la Asamblea Nacional surgida de las semillas de Rousseau -el Padre de la Revolución de los Derechos Civiles-, de Voltaire, de D'Alembert, de Diderot, de Montesquieu. John Locke preludió este movimiento emancipador en su Ensayo sobre el Gobierno Civil. El Nuevo Régimen deroga al Antiguo. Allá quedan las Tinieblas de la Ignorancia que condenaron a al hoguera a Juana de Arco, la Inquisición que puso bajo llave la Revelación Bíblica. Como en todas las épocas del éxodo histórico, el nuevo pueblo de Israel sale de la Casa de Egipto, donde servía en esclavitud, a la Tierra Prometida de la Paz de Dios. Prosiga su camino y su misión, querido viajero, pero tenga en cuenta lo que le advierto: el hombre es una mezcla entre bestia y divinidad y crece hacia el futuro de su destino libre, pero antes de salir de su crisálida es una bestia devoradora de sangre. Recuérdelo. Gustave Flaubert se despide de usted, orgulloso de haberlo guiado hasta aquí.

Tras haberle revelado su identidad, el Hombre del Futuro estrechó cordialmente la mano de su guía, y el autor de Salambó y de Bouvard et Pécuchet se perdió en el tumulto de la carretera mágica del pensamiento en tanto nuestro protagonista buscaba su nueva habitación. Tras dejar el equipaje se perdió entre la muchedumbre vociferante que elevaba su frente más allá del dogma impuesto. Multitudes hambrientas le pidieron pan, mas él las rechazó hasta alcanzar el centro del escenario donde se representaba el Fin del Régimen Feudal.

"Somos la Asamblea Nacional, la voluntad popular que han querido silenciar los déspotas de la nobleza y del clero" gritaba un anciano con peluca, en el que nuestro protagonista reconoció al Abate Sièyes. "Ambos estamentos se aliaron contra nosotros relegándonos a una minoría estamental, pero el Tercer Estado se ha unido, y ha reconocido lo que se reconoce en un régimen político racional, que somos una mayoría de seres humanos que hemos escrito nuestros derechos en una tabla de piedra para que durante todas las generaciones posteriores se sepa que durante una Era Oscura nos han privado de ellos el Dogma y la Ignorancia".

Un hombre salió de la oscuridad. Llevaba un adoquín en la mano. "Este es el obstáculo a nuestra causa" declamó, "el miedo representado en la antigua cárcel feudal para presos políticos, la Bastilla. Terminemos de una vez con el Dogma. Somos un pueblo de ciudadanos, no de súbditos". El rostro de Danton se oscureció de pronto tras esta proclama.

De lejos, sobre el palco de un carro de dos mulas, podía escucharse hablar a un orador. Llevaba la escarapela en la mano con los tres colores que representaban los tres poderes en los que Montesquieu había dividido el Poder Político, con el fin de preservarlo de la corrupción. "Necesitamos estar formados" clamaba, "De lo contrario volveremos al yugo de los serviles. Si somos libres debemos ser responsables. Cada uno de nosotros es un ser completo que participa

activamente en el conjunto de la Voluntad General, único entre legítimo y soberano. El rey está después de la nación porque un contrato tácito lo ha elevado a su rango. Los intereses no pueden hacernos caer de nuevo si tenemos claro que nada vale más que nuestras libertades, las que convierten a nuestras personas en seres dignos y autónomos en el conjunto. Adelante, conciudadanos. Seamos lo que debemos ser". La noble cabeza de Mirabeau fulguraba sobre su busto.

Otras minorías excelentes guiaban el rebaño popular mientras las capas y los capelos, escandalizados, escondían sus instrumentos de tortura bajo la ropa. "Vámonos, socios" se decían, "esta plebe ha fermentado como el vino en una cuba. ¿A dónde puede llegar una turba de desarrapados que no llevan medias ni calzas? ¿No son el clero y la nobleza los patrones de la moda? Pero no todo el clero está con nosotros, ni tampoco toda la nobleza. Ahí está el desertor del Abate Sièyes con los reaccionarios, y esos caviladores que han redactado la Enciclopedia para sustraerse a la censura de la Inquisición han amasado con su levadura este tumulto. Maldito seas, Condorcet, por haber redactado tu Carta de Derechos en contra de los de tu bando. Sea la espada nuestro juicio, y extendamos el miedo por los reinos de nuestros aliados. Esa bandera es una amenaza contra el buen tono. Pensadores del demonio, os faltan nuestros espectáculos. Impelamos al rey a pactar con nosotros y a abandonar a ese fantoche de Lafayette, soldado de plomo, que ridículamente le presenta al descendiente de Carlomagno una Constitución para que jure sobre ella que dará derechos a estos descamisados". Los Estamentos del Antiguo Régimen se sumergieron en el grito popular sin diluirse en él. Hombres, mujeres y niños discurrían entre la masa agitada. El Hombre del Futuro atravesaba aquel mar embravecido sin tocarlo, como si caminase sobre las aguas.

Se escuchó un desbordado clamor. La Bastilla había desaparecido y con ella, el Dogma que ataba al siervo medieval al miedo de los señores de la guerra. El rey Luis XVI no sabía qué hacer y trataba de imitar a su antepasado el Rey Sol, pero su falta de contexto lo asemejaba a un payaso de circo.

El conflicto se produjo, como el conductor del taxi había vaticinado. La bestia sin cabeza había ocupado el lugar de la razón y ya no se escuchaban discursos sino amenazas, y la peor parte del animal humano salía a la luz, como se ve en algunos lienzos de Goya.

"Ça ira!" gritó un joven "¡La guillotina para los traidores!".

"¡Estamos locos!" protestó un vendedor de periódicos, "¡La pasión de los oprimidos puede derivar en otra tiranía, atención!". Pero nadie escuchaba ya al Sentido Común. El pueblo en masa, insultado por los desdenes de su soberano, se convertía en una bestia sin cabeza. En poco tiempo, el obispo que decía misa en honor de los patrones de la ciudad fue silenciado, y la cabeza de los representantes del Antiguo Régimen cayó ensangrentada al suelo entre redobles de tambores. Los intelectuales y políticos sensatos se ocultaron y emergieron de las profundidades del odio los sembradores de terror, entre ellos el fanático Robespierre. Su voz como la de un perro rabioso se escuchó

y su trueno asustó al pueblo que ya llevaba sobre la ropa manchas de sangre. “¿La veis bien?” dijo señalando a la guillotina, “Esa es nuestra soberana. Ella nos librará de los traidores. Esta es la purga del pueblo. Primero, el traidor Luis Capeto. Después los forjadores de cadenas”. “No, no , no!” exclamó un hombre, y al volverse se hizo reconocer como el científico Lavoisier, padre de la Química. “¡El odio se volverá contra los inocentes!”. Pero ya la sangre fluía de la herida abierta de la nación pionera.

La guillotina cortaba las cabezas sin detenerse llevada del odio y del fanatismo. También se hallaban entre las víctimas muchos próceres de la libertad, mártires del pueblo al que sirvieron. Allí cayó el célebre Padre de la Química, que había alertado a los patriotas, el descubridor del Principio de la Conservación de la Materia, Lavoisier, junto con la mujer que luchó por el voto femenino, Olympe de Gouges; allí cayeron Danton y sus seguidores, Marat fue también una víctima indirecta; allí terminó por caer el promotor del movimiento fanático, el degradado Robespierre, y la sombra del Terror alertó a las naciones vecinas, que se protegieron de la llaga de París.

El Hombre del Futuro tenía dudas de si se encontraba en la Civilización o en el Infierno. Leyendo a Dante y comparándolo con lo que ocurría, hubiera creído estar en la región de las sombras. La Revolución Francesa, motivada a partir de la Revolución Industrial que había dignificado a la burguesía convirtiendo al súbdito en ciudadano, estaba en su fase violenta, y daba a luz un miedo bestial que hacía esconderse a todo ser racional, quien aguardaba el paso de aquella tormenta. La sonrisa ilustrada y su confianza en el progreso para vencer a la ignorancia por medio de la ciencia se convertía ahora en una incógnita: ¿Podía llamarse progreso a la locura? Galileo y Newton, heraldos de la Era de la Ciencia, se habían burlado de los errores de la Inquisición, pero en aquel instante el propio movimiento de impulso se anegaba a sí mismo. De no ser por las directrices que había recibido, el protagonista hubiese sido presa del pánico, imitando el entorno que lo rodeaba. Por eso se imaginó que estaba asistiendo a la representación de una pieza de Shakespeare, porque bien sabía cuál era su circunstancia en el teatro que solo sirve para expresar ideas, aunque a veces resulta difícil comprender para qué tanto aparente sufrimiento.

En efecto, el exceso pasional vertido en el pueblo desbocado pronto dio paso a una etapa más sensata. Los elegantes ministros del Directorio abolieron aquella tragedia al sustituir la guillotina por un diálogo y un pacto de estado cuando ya las provincias de la recién fundada república se levantaban contra el nuevo opresor interno. Pero resultaba triste presenciar el espectáculo del fin de aquella guerra entre el pueblo y sus verdugos, cuando en las calles se apilaban los cadáveres y la sangre fluía por los desagües mientras el sol alumbraba la naturaleza en calma.

Una pirámide de hombres, de sans-coulottes, se había formado frente al Palacio de las Tullerías, propulsor de las tendencias en el vestir y los estilos que llevaban el nombre de los reyes, y expresaba

con su esfuerzo humano el triunfo de la Voluntad General. El vértice de la pirámide humana lo formaba un hombre a medio vestir y teñido por completo de sangre, un hombre que escribía sobre las columnas de la fachada del palacio con la sangre que teñía sus manos una copia de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, documento que informaría la legislación de todos los países civilizados abriéndose camino entre la reacción de las tinieblas. "Aquí quedan escritos" decía el hombre con voz ronca, "los derechos y libertades de los ciudadanos del pueblo libre, para que quienes vengan detrás de nosotros sepan que ante la lucha de los déspotas fueron escritos con sangre". Terminado su trabajo, se derrumbó sobre sus compañeros y la pirámide humana se deshizo mientras la Ciudad de las Luces retomaba el orden.

Mientras entraban en escena los hombres del Directorio, un joven militar lleno de condecoraciones levantó la frente sobre su caballo con el aplomo de Julio César o el arrojo de Alejandro Magno. Todos agasajaban sus triunfos militares, querían convertirlo en el símbolo de la Revolución. Quisieron recuperar la grandeza de Roma, y le nombraron cónsul junto a dos de sus compañeros. Pero más tarde se oyó un clamor militar de trompetas y salvas de fusilería proclamando su elección como Emperador. El joven, lleno de entusiasmo, habló a la multitud renovada que se congregaba en torno al lugar de los hechos heroicos, y todos escucharon su bello discurso: "Me habéis elegido para llevar los principios de la Revolución Ciudadana a todos los rincones de Europa, embajadora de la Civilización, y yo prometo no defraudaros. Por mis venas no corre la sangre de los señores feudales que habéis derribado, soy un burgués como vosotros. Me habéis engrandecido, y yo tengo la misión de engrandecer a Francia y a Europa hasta iluminarlas con la luz que emana de vuestros derechos. No dudéis en encomendar esta noble tarea al general Napoleón Bonaparte".

La penetrante mirada del Hombre del Futuro se dirigió de pronto a un banco del bulevar en el que descansaba un hombre despeinado y envuelto en una capa negra que reflexionaba con melancolía. Cuando se preguntaba quién sería aquel pensador semejante al de Rodin, un desconocido que le dirigió la palabra de pronto vino a sacarlo de sus dudas. "Contemple al célebre Chateaubriand, perteneciente a la nobleza exiliada, autor del ensayo El genio del Cristianismo. Una vez llegado el Terror del Revolución que traería los Derechos tanto tiempo negados a los pueblos del mundo, este joven tuvo que exiliarse con su familia descendiente de los vencidos del Antiguo Régimen. Él afirmó que los Derechos de la Revolución que informan todas las constituciones políticas de las naciones liberales proceden de la moral cristiana, y esto resulta fácil de comprender si tenemos en cuenta que la doctrina cristiana ha sido el principal movimiento emancipador de los esclavos de guerra, en quienes se sostuvieron los imperios de la Antigüedad hasta la Nueva Era, que por eso mismo puede llamarse moderna. De modo que fueron los tiranos antiguos, más animales que humanos, quienes negaron lo que por naturaleza correspondía a todos los hombres apoyándose en la fuerza de las

armas, pero en la Nueva Era posterior a la venida de Cristo, los tiranos sería depuestos por seres humanos cada vez más racionales a medida que la humanidad abandonaba los dogmas y se regía por principios de pensamiento. Este célebre escritor, que trató la inocencia del indígena no civilizado en Atala, y la incertidumbre del falso progreso que desarraiga al ser humano moderno en René, sería el que iniciaría la conciliación en Francia entre nobles y burgueses con la redacción de su Carta Constitucional para el monarca de la transición Luis XVIII. Cuando el gran hombre que es el general Napoleón Bonaparte se corrompa para convertirse en un emperador déspota a usanza de sus predecesores, emparentando con casas reales y amenazando la autonomía de las naciones, cuando sea condenado en la Isla de Elba primero y después en Santa Elena, esta antorcha de los nuevos tiempos reunirá en un solo pueblo a todos los franceses, espejo del mundo civilizado posterior. De joven, cuando daba mis primeros pasos, quise parecerme al célebre Chateaubriand. No sé si lo logré aunque el espíritu de mi testimonio revela el milagro de la Nueva Época brotada de la verdad del Evangelio”.
Nada más dirigirse a él, pudo saber sin ninguna duda el protagonista de esta crónica que aquel que le hablaba era el más grande escritor de Francia, el mismo Victor Hugo. “Señor” dijo casi inclinándose, “¿Es usted el autor de Los miserables y de Nuestra Señora de París? ¿Es usted el poeta de La leyenda de los siglos y de Las Contemplaciones? ¿ Quién soy yo para que su profecía reveladora aclare mi confusión?. “Es usted el mensajero de los nuevos tiempos” se explicó mientras el Hombre del Futuro no salía de su asombro al reconocer la barba blanca y las facciones del maestro de la literatura, “y yo debo mostrarle el camino a seguir para que a su vez lo transmita a las generaciones siguientes desde la perspectiva en la que usted ha asumido su misión. Lo elevaré con el soplo de mi aliento en un ascensor maravilloso y podrá usted ver en un lienzo vivo la Era de los Derechos Civiles como los capítulos de una novela, para que pueda transmitir el argumento de su representación al mundo al que pertenece y al que vendrá después de usted, pues todos tenemos la misión que nuestras inclinaciones nos muestran, ya que nada en nosotros es vano, como reconoció Aristóteles, ni en la naturaleza lo es tampoco, puesto que sigue su fin racional”.
Dicho esto, expulsó su aliento por la boca como solo un creador puede hacer y en un instante guía y discípulo se elevaron sobre la vorágine del teatro humano a las alturas de la serenidad celeste, para desde allí ver a escala general los acontecimientos que se estaban produciendo. Desde las alturas se apreciaba mejor la proeza de los pioneros que abrían camino a los hombres que habían de venir. En el Campo de Marte se concentraban las tropas que habían vencido a los emperadores de Prusia y de Austria encabezadas por el genio militar de Napoleón. Los monumentos antiguos, la Catedral de Nuestra Señora, el santuario de Saint Denis erigido en honor del obispo decapitado en el Monte de los Mártires, el deslumbrante palacio de Versalles solo comparable a la Ciudad Vaticana y las innumerables plazas y avenidas de la Roma Ilustrada presenciaban el

comienzo de la era verdaderamente moderna que los siglos estaban aguardando. El Terror tenebroso de la Guillotina era sustituido por el nuevo Arco de Triunfo. En la perspectiva del espacio y del tiempo, la Ciudad de la Luz desarrollaba su Panteón dedicado a los héroes nacionales en tanto el progreso social sustituía las antorchas encendidas de las calles por faroles de gas primero y por alumbrado eléctrico después. La gloria de Napoleón daba paso a la Restauración de los Reyes, ya con Carta Constitucional, y esta a las sucesivas revoluciones que darían lugar al desarrollo legal de todos los derechos declarados en 1789. “Fíjese en ese hombre grueso que camina con una libreta en la mano: es el célebre Honorato de Balzac que escribe su Comedia Humana, registro de todas las transformaciones del siglo de la industria y de las libertades” le explicaba el gran vate a su interlocutor. “Esos otros son Stendhal, crítico del prejuicio social, junto con el gran Gustave Flaubert y el sarcástico Emilio Zola. Ese profeta maldito que deambula en el vicio de cabarets y orgías es el visionario Charles Baudelaire, quien ve en todo una correspondencia del cielo, y los poetas Paul Verlaine, Arthur Rimbaud y Stéphane Mallarmé. La libertad nacida de la ciencia ha convertido a París en la ciudad de las artes. Aquí estudian todos los pintores para sustituir a la Italia que visitaban durante el Renacimiento: David, el pintor de escenas romanas que compara con la nueva Roma Ilustrada, su discípulo Ingres con sus escenas orientales, el libertario Delacroix y también Géricault, con la Nueva Escuela Impresionista seguidora del gran Velázquez: Monet, Manet, Pisarro, Renoir, Degas, Sisley, el precursor del dibujo geométrico Cézanne, el iluminado Van Gogh, y los mensajeros del psiquismo moderno Matisse y Picasso- puesto que el canon del arte ha pasado de lo meramente físico a lo intelectual como ya anunciaban los genios Leonardo da Vinci y Miguel Ángel Buonarrotti y como se ha descubierto también en las apreciaciones de los artistas de las Pinturas Rupestres de la Prehistoria descubiertas por el antropólogo Sautuola en la era industrial, imagen de la capacidad espiritual del hombre cuando este se libera de los tabúes de sus dogmas”.
Su interlocutor vio la simbólica trinchera popular con la alegoría de la libertad portando la bandera tricolor y el burgués con el fusil sobre los caídos, icono y obra del inmortal Delacroix. En este lienzo que veía representado a sus pies podía resumirse el espíritu de la Revolución Francesa. “Este es un ejemplo para todos los tiempos. En las trincheras se forjan los Estados de Derecho. Ahí están los héroes del año treinta, restaurando los principios de la Revolución, pues, como formuló Montesquieu, toda Constitución Política de un Estado Liberal o libre en el que la soberanía o el poder reside en la Voluntad Popular ha de constar de una Declaración de Derechos y ha de establecer también la División de Poderes. El rey Carlos X de Francia, acusado de restringir derechos civiles, es obligado a abdicar en favor de su colateral Luis Felipe, de la rama de Orleans. Pero aún resta la definitiva conquista social: extender el voto a todo el pueblo. El sufragio universal se reconoce tras la Revolución de 1848, y la democracia representativa que el Parlamento de Inglaterra importa

al mundo resulta ejercida por cada uno de los ciudadanos a quienes la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano otorga personalidad jurídica. El estado no es ya una posesión de los reyes, pues los pueblos son libres y su naturaleza innata ha de ser también respetada por toda forma de poder humano. Aquí terminan las conquistas de la civilización, pues todo lo que vendrá después es un desarrollo a estos principios".
Con cierta curiosidad no exenta de preocupación, el Hombre del Futuro señaló un punto en el mapa social de la modernidad en el que se apreciaba algo insólito: un ciudadano republicano era elegido presidente de la nación y luego se apropiaba del atuendo del histórico Napoleón y ejercía como un déspota, aunque limitado por ciertos derechos ya asumidos por la conciencia social- en la reciente república. "¿Quién es ese impostor" quiere saber nuestro protagonista y heraldo, "que se apropia de méritos ajenos para ejercer como tirano entre el pueblo?". El Gran Vate suspiró profundamente. "Ese dictador ha sido la causa de mi exilio de Francia. Es el odioso actor que el pueblo, debido a sus apegos a la gloria terrena del general Napoleón- quien solo era un mensajero de los principios de la libertad civil- ha tolerado antes de terminar reconociendo la Declaración de Derechos al completo, sin ninguna restricción. Ya en Roma, los dictadores eran elegidos para tutelar a los estados cuando estos no reconocen suficientemente los Principios de Civilización que hacen posible el Progreso Humano. ¡Oh, ignorantes! Eligen como presidente a un pariente del gran Napoleón- quien ya ha cumplido su misión histórica- y luego aceptan su dictadura. Contra este engaño propio de un pueblo sin suficiente formación política- para todo se necesita un tiempo- me enfrento yo mismo escribiendo el libelo difamatorio Napoleon le Petit. Por causa de la censura soy condenado al exilio y después soy indultado, pero no acepto la venia del tirano, por lo cual regreso al tiempo de su caída, que se produce – como se produce la caída de todos los tiranos- a su debido tiempo, concretamente a partir de 1870, cuando se inicia la andadura de la Tercera República y se consolida el triunfo definitivo de la civilización sobre la barbarie". "Recuerdo esta fecha, señor" se explica el Hombre del Futuro, "porque en esta definitiva república para el reconocimiento del liberalismo democrático usted, maestro y preceptor, es elegido diputado y par de Francia. Ningún escritor en su época ha gozado de tantos méritos sociales bien merecidos por parte del vulgo ignorante que el tiempo transforma en pueblo, cuando ya en su tierna edad el rey Luis XVIII decidió protegerlo con su mecenazgo. La sabia providencia lo amparó para que llevase el resplandor de la verdad que nace de la razón y se magnifica en el amor a todas partes, atravesando las tinieblas del dogma sin mancharse con ellas. Este ciclo político es el mismo que recorren todos los estados hasta alcanzar la civilización definitiva o moderna, semejante a la de la antigua Roma salvo en lo referente a la abolición de la esclavitud que surge por motivos de guerra. Aquí alcanzamos la Paz Perpetua que profetizó el filósofo Inmanuel Kant".

“Cada estado, no obstante, se encuentra en una fase de este desarrollo” explicó el Gran Vate, “por eso existen todavía tiranos en aquellos regímenes en formación, y existirán siempre mientras exista la ignorancia humana contra la que ha de luchar el hombre sabio siguiendo el camino de la verdad. Ahora, noble viajero, ya conoce el Tesoro de la Libertad Civil, reflejo de la Libertad Humana, que le han encargado encontrar. Llévela a todas partes, como la rama de olivo que llevó la paloma al patriarca Noé”.
Todavía estaba terminando de hablar el inmortal Víctor Hugo, cuando el Hombre del Futuro sintió que descendía hasta posarse otra vez sobre el suelo común y cotidiano, y sin saber cómo, el soplo de aquel espíritu benefactor lo acercaba a las puertas del Hotel donde iba a descansar tras una larga jornada sin noche ni día en la plenitud del espacio-tiempo, como le estaba indicando su gran maestro al conducirlo hacia la recepción y al mostrarle el servicio que había de atenderlo hasta volver a verse ambos de nuevo en la próxima ocasión.

Nada más despertarse, el Hombre del Futuro miró el reloj y abrió la ventana de la habitación.
Le pareció que había dormido durante mucho tiempo. Cuando se volvió al extremo de la cama, vio a una mujer de pie, frente a él, con un rostro que conocía muy bien. Estaba vestida con el atuendo de las asistentas que limpian las habitaciones. Después de verla sonreír, la besó en los labios.
- Espero que hayas dormido bien- le dijo ella- Te he preparado el desayuno.
- ¿Cuántas horas he dormido, cariño?- le preguntó él, mirando de nuevo el reloj.
- No importa- le tranquilizó ella acercándole la bandeja- Ya sabes que el tiempo no pasa igual aquí. El tiempo aquí no tiene límites, porque estamos en una dimensión trascendente. Pase el tiempo que pase, el reloj siempre marcará la hora que corresponda a las necesidades de tu misión. Todo esto está escrito en el papel que te he dado, ¿es que no lo has leído?
- Claro que lo he leído- respondió él empezando a desayunar- pero aún así, necesito que tú me recuerdes las cosas.
Y le contó su visión de la jornada anterior en compañía del genial autor de Los miserables. Guardaba muy bien en la memoria lo que había presenciado, como si lo hubiera vivido.
Después de haberse besado un rato, ella lo abrazó, le dio un último beso en la boca y le dijo que volvería pronto. Él descolgó el teléfono para atender una llamada en la que le anunciaba una próxima visita, se vistió y bajó a recepción, mientras ella se quedaba atendiendo el servicio, interpretando de nuevo su papel.
Cuando llegó abajo se encontró con un visitante bien conocido, el genial escritor, que acompañaba a otro individuo de mirada profunda que le estrechó la mano con vigor.
- Le presento a un hombre que pertenece a otra región geográfica aunque a la misma región literaria universal- le informó después de

que hubiesen estrechado las manos- Conocerá sin duda la obra de Fedor Dostoyevski, escritor de la Santa Rusia.
- Desde luego que lo conozco- respondió su interlocutor- Es el mejor intérprete que conozco de la psiquis del hombre moderno. He leído Crimen y castigo en poco tiempo, y he encontrado en Los hermanos Karamazov el análisis más riguroso de la sociedad que camina entre el instinto y el progreso racional.
- Muchas gracias por el elogio- reconoció el visitante con voz firme- En compañía del Homero de la Era Contemporánea, le voy a hacer de guía por un pueblo que ha cambiado por fuera, pero cuyo interior sigue siendo el mismo: bárbaro e ignorante. Le voy a mostrar un Modelo de Tiranía Tecnológica que no se diferencia mucho del régimen de Genghis Khan, y lo haré junto con otro compañero que sin duda conocerá. Con este tendrá todas las piezas del rompecabezas social que precisa para expresar su idea de civilización, que es la misma que el sano juicio no puede menos que reconocer.
Salieron a la calle. París estaba lleno de gente que pertenecía a otra época distinta a la que había dejado atrás el día o la jornada anterior. Tomaron un transporte a motor y pusieron rumbo a la Madeleine. La reconocieron por su rígida fachada de estilo clásico grecorromano, y ante ella se detuvieron.
- Siempre he preferido el gótico, pero el estilo grecorromano no está nada mal tampoco para resumir el alma de los pueblos- reconoció el genial vate, y su acompañante se detuvo a admirar las proporciones simétricas del mármol cívico.
El Hombre del Futuro preguntó a Víctor Hugo:
- ¿Esperamos a alguien más?
- Ahora se subirá usted a un vehículo para realizar una ruta nueva en compañía del novelista Dostoyevski, y de otro acompañante más que pronto reconocerá- le explicó masticando unas hojas de menta fresca- ¿No es esa otro vehículo similar el que lo trajo hasta aquí desde otras coordenadas?
- Sí, desde luego- contestó su interlocutor- en esta dimensión en la que me muevo, protegido por el espíritu para realizar la misión que me corresponde, el mismo vehículo que atraviesa el espacio también lo hace en el tiempo. En mi vida anterior no podía hacer esto porque mi karma no me lo permitía, pero una vez que se sale de la caverna, solo hay una dimensión de eternidad más o menos perfecta dependiendo del estado de evolución espiritual en el que uno se encuentre.
- No diga usted que en su circunstancia anterior no ha salido de la caverna- lo corrigió el Gran Vate- Todo aquel que piensa puede entrar en la dimensión divina.
Alguien hizo sonar un claxon. Una limusina americana de color blanco brillante hizo su aparición, y de él salió un hombre grueso con sombrero y barba bifurcada acompañado del conductor.
- Resulta extraño que un automóvil americano lleve dentro a un escritor ruso- comentó Dostoyevski sonriendo- Pero ahí está mi brillante colaborador, el conde León Tólstoi.

El autor de Guerra y Paz salió a estrechar las manos de quienes lo esperaban.
- Aspiro el aire de esta ciudad como si la conociera de toda la vida- declaró exultante- Y no puede ser de otra manera cuando la novela francesa marca el inicio de la novela social rusa. Pero ahora debo reconocer que los voy a conducir, como Dante, por un infierno de desolación que les ofrecerá su preciada moraleja, la que ya anunció el aquí presente profeta de la modernidad cuando se refirió a los infiernos artificiales que el hombre a veces construye para destruirse a sí mismo.
Tras haberse saludado, el genial Víctor Hugo introdujo a los tres hombres en la amplia limusina que puso rumbo al Puente de Alejandro III. Iban a visitar la quimera de una revolución sin principios sólidos de convivencia, el polo opuesto de lo que acababan de conocer, esto es, la barbarie de una Esparta que carecía de ciencia para ser Atenas.
Antes de dejar atrás la última moldura del puente, el motor prodigioso los situó delante de la fachada del Palacio de Invierno de San Petersburgo, en los prolegómenos de la Revolución de Octubre, donde se simulaban otras Tullerías que camuflaban la tiranía horrenda que llegaría más adelante. Pero el coche avanzó más en el espacio y en el tiempo hasta alcanzar, más allá del Kremlin de Moscú, con su fortificación emuladora del medievo europeo, un territorio humano donde se purgaban los pecados del mundo, y que provocaría un escalofrío en nuestro protagonista de no ser por la frase tranquilizadora del autor de Los demonios:
- Recuerde que nada de lo que hay fuera le puede afectar. Atraviese la ilusión en busca de su destino y tenga en cuenta que esta representación solo tiene sentido en lo que respecta a la verdad que ha de comunicarle.
- ¿Qué lugar del infierno es este?- preguntó su interlocutor mirando a los esqueletos vivos que se desplazaban por aquel escenario de muerte y locura.
- Es un campo de concentración, un gulag- le contestó Dostoyevski- La civilización ha pasado por estas purgas para librarse de la barbarie, pero no se preocupe, todos los seres humanos que deambulan por estas tinieblas son actores que quieren mostrar a sus semejantes los efectos devastadores del odio y del instinto animal que les convierte en fieras destinadas a desaparecer.
- La Santa Rusia- explicó Tólstoi- ha sido un laboratorio social que llevó a la barbarie a revestirse de civilización, puesto que el mújik o campesino siervo a quien traté de ayudar sin éxito en mi vida se convirtió luego en un obrero constructor de cárceles para sus semejantes. Este fue el Gólgota que traté de evitar en mi circunstancia. Nada más llegar la Revolución Industrial, el tirano cambió de máscara y dejó de ser zar para convertirse en Jefe de Partido Único. Nicolás II fue depuesto, y Stalin fue entronizado. Al pueblo ruso lo condujo la ignorancia que no le permitió educarse para convertirse en burgués, sino en masa sin cabeza, manipulable por el falso ideario del desarrollo sin raíces. La tragedia de Ana

Karenina, como yo anuncié en su momento. Esto sucedió para mostrar al mundo que son las ideas las que hacen el progreso, y no los avances aparentes de un técnica inútil.
Seres humanos como subterráneas termitas eran precedidos por soldados desnaturalizados con brillantes fusiles que destellaban dentro de las alambradas.
El orden de la colonia penitenciaria, de organización kafkiana, era la inversión de la armonía política, un territorio donde el miedo era el único soberano. Había nieve sobre el campamento y las pisadas de los condenados marcaban el suelo implacable donde todo estaba fuera de lugar, porque la vida humana había perdido su sentido.
En efecto, cuando el coche se detuvo y el Hombre del Futuro se acercó para saludar a un desgraciado que le tenía la mano sonriendo desde su tristeza no pudo menos que derramar lágrimas involuntarias antes de que este lo tranquilizase tocándolo en el hombro y ofreciéndole un libro que sacó del interior de una bolsa que llevaba atada bajo la camisa.
- Espero que no perciba el frío que hace aquí- dijo con voz afónica y cavernosa- Su condición de explorador de los avatares humanos lo preserva del rigor de la naturaleza hostil a causa de los errores de los hombres. Este es un campo de concentración en Siberia, donde millones de inocentes crucificados reciben un martirio que han escogido para demostrar a los hijos de Dios la diferencia entre razón y locura, o entre civilización y barbarie. Yo soy Alexander Solzhenitsin, autor de Un día en la vida de Iván Denisóvich, testimonio de la represión inhumana que sirve de luz al mundo por venir. Y usted, en compañía de los profetas de mi pueblo, no llore inútilmente, porque todo esto es la representación de una verdad para el bien del mundo. Somos máscaras humanas que conocemos a dónde conducen las sendas del odio, aunque estas lleven a la luna y a los planetas. ¿Para qué has descubierto, Rusia, cómo se construyen los misiles, ni no sabes gobernarte a ti misma? Sin libertad civil, el pan es amargo y no sirve más que para alimentar a bestias sin uso de razón. A esto nos han traído los ingenieros de almas, este es el resultado de la manipulación, pues si la ciencia no sirve al hombre, ¿a quién sirve entonces?
- Yo diré a quién sirve- habló entonces el conductor del vehículo que los había llevado hasta aquel agujero del caos- A los demagogos que caerán de nuevo en la misma trampa. Si el pueblo ha sido ignorante, ¡ay de quienes lo pastorearon como a animales de carga! Sobre ellos, la razón pondrá su tribunal.
Un toque de silbato hizo apartarse al testigo de los tiempos. Comenzó el desfile oficial. Hombres que llevaban un número cosido al uniforme avanzaron hacia ninguna parte. Hombres reducidos a números aguardaron las órdenes de sus verdugos.
- ¿A dónde se dirigen?- preguntó el Hombre del Futuro.
- Van a honrar al Gran Camarada- lo informó Alexander Solzhenitsin mirando al vacío que ocupaba el interior de la alambrada.
Se escuchó un mensaje radiofónico a través de los altavoces.

- ¡Saludad, hormigas del pueblo, al Gran Camarada, al benefactor de todos vosotros, al que ha construido carreteras y pistas para aeronaves, al que os ha enviado a la escuela desde muy jóvenes para que fuéseis máquinas perfectas! ¡Todos estáis en sus manos, a él le otorgásteis el poder humano para que rigiese la Gran Fábrica del Progreso! Somos grandes productores, la población se multiplica, el Gran Camarada está contento. Ahora, hormigas incansables, honrad como debéis su imagen, rendid pleitesía a su estatua que os saluda desde su pedestal y que os dice que no hay otro lugar en el mundo como este, donde la satisfacción del líder es la prosperidad del pueblo!

Todos los prisioneros levantaron el puño, salvo Alexander Solzhenitsin, quien gozaba del privilegio que le otorgaba su misión en la revelación del verdadero progreso humano. Los manipulados escucharon todo tipo de mensajes por la megafonía, desde canciones a noticias de radiotelevisión. La estatua del Gran Camarada, gigantesca masa de acero, salió de un hueco del suelo activada por palancas y engranajes ocultos, y su mano derecha se agitó por el mismo principio mecánico saludando a los participantes que eran compelidos y jaleados por soldados que los dirigían.

Se escuchó una voz desde las entrañas de la estatua articulada. Era la voz del líder que hablaba desde sus treinta metros de altura.

- ¡Patriotas! ¡Masa obediente! ¡Escuchad la gran noticia! ¡Hemos terminado la nueva cárcel! ¡A su alrededor hemos dispuesto otros cientos de campos como el vuestro! ¡Somos los números uno en desarrollo tecnológico! ¡Hemos superado una desventaja de siglos! ¡Continuad moviéndoos sin descanso, sois todos camaradas, camaradas, camaradas!

- ¡Camaradas, camaradas, camaradas! ¡Camaradas, camaradas, camaradas! ¡Camaradas, camaradas, camaradas!- repitieron los prisioneros.

Alexander Solzhenitsin volvió la cara.

- Llaman Gran Camarada a su verdugo. Ellos mismos se llaman camaradas sin ver el número que llevan escrito en el uniforme. Tengo que volver la vista antes de que empiecen con las Pruebas de Doctrina.

El Hombre del Futuro recordó haber leído algo parecido a aquel triste desfile y a aquella educación para la servidumbre en George Orwell. Rebelión en la granja y 1984 eran sus mejores fábulas. Pero pronto descubrió que semejante condicionamiento psicológico podía estar presente en la vida de cualquiera. Cuando el falso desarrollo tecnológico servía a una mentira, el extremo que presenciaba era la terrible consecuencia.

- ¡Camaradas, atención!- gritó de pronto un oficial de aquel infierno con la gorra en la mano- ¡El Gran Camarada ha terminado su tarea y debe dedicarse a velar por el Sistema!- la estatua del déspota desapareció de pronto bajo el suelo- ¡Os toca a vosotros ahora demostrar que sois útiles para servirlo, porque de lo contrario no seréis útiles para nada y os apartarán de la senda del Progreso!

El autor de El cero y el infinito se tapó la cara antes de ver cómo el conductor del automóvil de los viajeros del espacio-tiempo escupía en el suelo mientras Dostoyevski miraba al cielo y Tólstoi leía tranquilamente una biblia.
- ¡Sí, sí, sí!- gritaron todos de una sola vez- ¡Queremos ser útiles al Sistema!
- Muy bien, que comiencen las pruebas- ordenó el oficial.
Los operarios abrieron una compuerta y se oyeron miles de ladridos que llenaron el campo.
- Son perros amaestrados, nuestras honorables herramientas- clamó el oficial- Son obedientes y veloces. Vosotros debéis ser como ellos. ¡Tocad la campana de Paulov!
Se oyó un ruido metálico y los perros partieron en todas direcciones dando vueltas sin tocarse alrededor del campo mientras cambiaban de dirección rápidamente al oír la voz de sus adiestradores. El oficial jefe sonreía. Acto seguido ordenó que se detuviesen y se quedaron formando en un rectángulo mientras jadeaban sin emitir un solo ladrido.
- Ahora os toca a vosotros, camaradas- ordenó el oficial- ¡Campana de Paulov!
Nada más oír el toque de queda, los prisioneros comenzaron a dar vueltas por el perímetro penitenciario un poco más lentamente que los perros, siguiendo la ruta de sus precedentes, mientras describían figuras geométricas de desconocida utilidad. Daba la impresión, al verlos, de que habían anulado sus personalidades a causa del intenso ejercicio y del cambio de dirección que le imponían las figuras.
A un nuevo toque de campana, los prisioneros se detuvieron para descansar.
- Bien, camaradas- habló el oficial, esta vez auxiliado de un micrófono- Está claro que todavía valéis para servir al Sistema- mientras hablaba, los guardias apartaron a aquellos que no habían podido soportar el ejercicio- Quiero presentaros a un camarada vuestro que ha realizado el récord de cavar zanjas para arsenales de armamento durante todo un día. Es un honor presentároslo. Es un hombre de mérito, un ejemplo a seguir por todos vosotros- y les presentó a un individuo alto vestido con un mono azul que saludó con una mano a la compañía- A él le he encargado la ceremonia de ajusticiamiento de rebeldes, que ejecutaréis vosotros sin falta. Aquellos que son un obstáculo para el Sistema, deben ser echados fuera. Vosotros mismos demostraréis vuestros méritos ejecutando con ellos la pena prevista, y el Gran Camarada comprobará que sois fieles a él. Estos insubordinados no han demostrado estar de parte de los planes del Gran Camarada, y son una amenaza para vuestras mujeres y para vuestros hijos. No merecen estar entre vosotros.
- Afortunados- murmuró en voz baja el Hombre del Futuro.
- ¡Que entren con los rebeldes!- gritó el oficial jefe.
A su orden, entraron soldados sujetando a unos treinta hombres con uniformes amarillos, tan macilentos que serán irreconocibles para sus propias familias. Uno de ellos, desasiéndose de sus guardias,

corrió hacia el centro del campo vacío entre la compañía y el oficial jefe y gritó:
- ¡Siervos de la mentira! ¡Quitaos la venda de los ojos! ¡Sois esclavos, no hombres libres! ¡El Gran Camarada es un tirano mayor que lo fueron los zares! ¡No habéis progresado nada! ¡Sois las máquinas de un enemigo de la humanidad! ¡Os han negado vuestra dignidad de personas, sois animales sin uso de razón!
No había terminado de hablar cuando varios soldados propinaron unos golpes con sus porras al supuesto escandalizador rebelde, pero cuando uno de los guardias alzó la mano para propinar otro golpe, un puñetazo lo derribó al suelo.
El guardia golpeado se levantó y miró fijamente a quien lo acababa de tirar al suelo. El conductor del vehículo en el que viajaban los tres exploradores del espacio-tiempo se encaró con los soldados.
- En nombre de la humanidad he hecho esto. Si he incumplido alguna norma, acepto lo que corresponda.
- ¡Usted no puede intervenir!- le gritó Dostoyevski cogiéndolo por los hombros- ¿No sabe que estamos en una misión científica? Acaba de interrumpir la representación necesaria para que nuestro testigo dé su versión de los hechos. Pensaba en todo momento que sería él, y no usted, quien cometiese algún error.
En lugar de enfrentarse a los recién llegados, los guardias del campo continuaron con su oficio sin prestar más atención a lo sucedido. El Hombre del Futuro preguntó:
- ¿Es que no les importamos nada? Es como si no nos viesen.
- Saben muy bien lo que tienen que hacer- le explicó Dostoyevski- Ya veremos si puede continuar en su puesto, señor Boris Pasternak. ¿Se cree que no me duele la escena lo mismo que a usted? ¡También es mi pueblo!
- Si lo he hecho mal, lo lamento- se disculpó el aludido mirando al suelo- Todavía está reciente en mi vida este holocausto. Yo he sido mi personaje, el Doctor Zhivago – resopló antes de proseguir- ¿Tengo que hacer algo?
- Sí- lo reprendió de nuevo Dostoyevski- Deje que el río corra por su cauce.
El Hombre del Futuro dirigió la mirada de nuevo al lugar de los hechos. Los prisioneros del campo estaban imponiendo las penas previstas a los rebeldes.
- Usted diría que son analfabetos, ¿no?- le dijo de pronto el conductor del coche al Hombre del Futuro- Pues sepa que su formación es universitaria. La mayoría son ingenieros, otros son físicos, otros son médicos, y otros, incluso, artistas.
- Alguien les ha hecho olvidar lo que aprendieron- reconoció el protagonista.
-Han sido hombres-herramienta, nunca ciudadanos- le explicó el conductor con ira- Por eso mi condena a este sistema represivo es aún mayor. Un régimen totalitario que solo sirve para ser condenado.
Transcurrida una media hora desde que el oficial jefe comenzase a dar la orden, él mismo indicó con la mano derecha levantada que se hacía un alto.

- Por ahora no se requieren más correctivos- ordenó en dirección a los prisioneros- Los rebeldes serán trasladados. A vosotros todavía os queda una oportunidad de reincorporaros a las filas obreras regulares del sistema, después de una educación en las bases de la Revolución Mayoritaria o Bolchevique. Supongo que sabéis de memoria las bases del programa del Soviet Supremo, así como los objetivos del Plan Quinquenal- los rebeldes fueron retirados por los guardias sin ninguna queja más por su parte- así que no voy a preguntároslos otra vez. Como buenos patriotas que sois, sabéis que estáis en este gulag porque en algún momento no fuisteis obedientes al Sistema, y él ha determinado enseñaros a serlo. En este momento ya os habéis incorporado, después de haberos purgado, al Sistema de nuevo, y para vuestra completa reincorporación debéis demostrar adhesión a los logros de la comunidad. Os comunico, para que aplaudáis con todas vuestras fuerzas, los nombres de los periodistas y profesionales de la información que han sido premiados con el Galardón de la Paz, también llamado Galardón Lenin, en honor de nuestro guía y noble camarada. Ellos, cada día, os preparan las noticias nacionales e internacionales que vosotros veis y escucháis, para que estéis en todo momento unidos a los logros de esta gran federación. También os daremos los nombres de los creadores que han contribuido a fortalecer la imagen del Sistema alabando siempre las virtudes de nuestro líder, el Gran Camarada Stalin.
- Cada mes hacen lo mismo- explicó Solzhenitsin- Le llamamos “La matraca”.
- Yo voy a irme, si es que ustedes no se van- anunció el conductor del coche transtemporal- Todo esto es una tortura para mí que no pienso padecer por más tiempo.
- Esta época no volverá- lo consoló Dostoyevski poniéndole de nuevo la mano sobre el hombro- Es como un sueño que revela una verdad. Pero la verdad no es un sueño.
- Yo me voy, de todas maneras- declaró el conductor desasiéndose de Dostoyevski- Y ustedes supongo que vendrán conmigo. Todavía nos queda la visita a la Estación de Metro, y ha transcurrido casi la mitad del plazo.
- No sé qué dirá usted- quiso saber Solzhenitsin mirando al Hombre del Futuro- Las pruebas de hoy están a punto de terminar.
- Me parece que ya estoy suficientemente ilustrado- confesó el protagonista mirándolos a todos- Es un régimen totalitario que no reconoce la dignidad de las personas. Todo esto ha servido para llegar a la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. Tengo que tener tiempo para asimilarlo. Si les parece, prosigamos nuestra ruta.
- Muy bien- dijo el conductor, y todos entraron de nuevo en el coche abandonando el campo de concentración.
Dentro del vehículo, dispuestos a atravesar Moscú, los cinco viajeros comenzaron a hablar. En la limusina había espacio para todos.
- Nuestro corresponsal se habrá sorprendido al reconocer en el conductor de este automóvil a mi más preciado discípulo y

contertulio, el escritor Boris Pasternak- declaró Tólstoi metiendo las gafas en el estuche.
- Tengo la suerte de estar acompañado por los mejores escritores de Rusia, como antes lo estuve en París por el de Francia- reconoció el protagonista ya más distendido- Solo faltarían aquí Pushkin y Gógol para tener la biblioteca completa.
- Nuestra función en este viaje tiene que ver con su misión civilizadora, no con nuestros méritos- confesó modestamente Tólstoi- Este pueblo, al contrario que el francés, no cuenta con una burguesía formada. La mayoría del pueblo está constituido por proletarios que han recibido una formación especializada orientada al desempeño de una profesión, pero carecen de formación humana plena para convertirse en ciudadanos libres y responsables. Por esa causa su historia ha sido diferente a la de los sans coulottes franceses- se hizo un silencio mientras el conductor suspiraba profundamente- Aunque hayan recibido un aprendizaje técnico, les falta criterio político. Yo creí ser mi personaje, el príncipe de Resurrección. Por eso quise establecer en mi feudo una imprenta y un periódico, pero el absolutismo zarista me lo impidió. No sabía la aristocracia inepta a la que pertenecía que la Revolución Industrial traería esos cambios. El mújik o campesino siervo lleva por fin zapatos, pero sigue siendo un siervo.
Las grandes avenidas de Moscú se abrieron a sus espectadores, la catedral de San Basilio con sus bulbos de colores y la fortaleza del Kremlin como un revival de la Edad Media.
- Esto no ha cambiado nada desde Iván el Terrible- bromeó Pasternak señalando las calles llenas de mendigos- No puede haber progreso exterior si no hay progreso interior. Pero si usted hubiese nacido aquí, y hubiese escuchado el mismo mensaje todos los días hubiese acabado por creérselo. La técnica sirve de base a la manipulación, de tal manera que resulta muy difícil pensar libremente. Durante mi exilio en Italia, donde pude publicar El Doctor Zhivago, reflexioné muchas veces sobre el privilegio de pensar libremente. Es algo innato a la condición humana y, sin embargo, era algo casi imposible en el entorno en el que vivía. ¿Cómo pensar libremente cuando nuestro inconsciente está tan condicionado por todo lo que ve y por todo lo que escucha, de manera que ya no puede percibir la naturaleza como el hombre primitivo, tal cual es, sin el eslogan de la convención social? Cuando todos los mensajes que uno escucha desde niño, todas las canciones- porque así han de hacerlo las generaciones que han nacido en este régimen-, por no referirme por supuesto al temario de las escuelas, están mediatizados, resulta una tarea heroica que la razón se abra camino por sí misma e identifique las mentiras aprendidas.
- Usted se exilió- explicó Solzhenitsin mirando el lento y casi congelado río Moscova discurriendo entre arquitecturas propagandísticas entre las cuales los hombres deambulaban como cucarachas- pero yo fui víctima del régimen. Por hablar mal del líder estuve en un campo de concentración. En este sistema un hombre no vale nada. Los hombres son herramientas del poder, animales de

carga, pero no personas. Dicen que Lenin educó al pueblo y le quitó el hambre, pero lo cierto es que lo único que hizo fue ampliarle la ración y cambiarle de cadenas. Supongo que en la época del Gran Khan harían lo mismo, o en la de Iván el Terrible. Incluso el culto religioso fue restringido, cuando el origen de Rusia como estado se debe a la conversión al cristianismo del rey Vladimiro. Esto no es en absoluto progreso humano, sino otra forma de barbarie.
- Recuerdo haber leído en su libro- intervino el Hombre del Futuro dirigiéndose a Solzhenitsin- que en el campo donde sirvió se daba una orden en la que ni los mismos mandos creían, y se hacía simplemente porque así estaba ordenado por unas autoridades que no se sabía dónde estaban y que daban órdenes que no tenían sentido. Algo así expresa Kafka en la fábula El Castillo. Todo sistema semejante termina por corromperse y por desaparecer.
- La burocracia está tan corrompida que el sistema solo se sostenía por el miedo hasta que finalmente cayó por su propio peso- declaró Pasternak mientras conducía- Pero dejó muchas víctimas, aunque ahora yo, que fui una de ellas y tuve que exiliarme, me considero afortunado porque puedo contarlo, y porque sé que los males que me impulsaron a renunciar al premio Nobel para poder regresar a mi país ya no me afectan. No obstante, hay cosas en este entorno que prefiero no ver.
En este instante de la conversación comenzó a nevar, y los copos cayeron sobre el pavimento de la Plaza Roja, que se veía a unos metros desde la carretera.
- Recuerdo que una vez, durante un ejercicio en el campo, comenzó a nevar- contó Solzhenitsin sonriendo- y nuestro oficial se puso a mirar al cielo con odio, porque estábamos cansados de sacar la nieve de los recintos mal drenados, y finalmente dijo: “La camarada nieve no se ha portado bien hoy, habrá que aplicarle un correctivo”. ¡Sería lo mismo que cuando el rey Jerjes mandó azotar el mar! Hasta tal punto llega la locura de los tiranos.
El Hombre del Futuro no cesaba de mirar los carteles donde se veían imágenes megalómanas de los líderes y las frases con letra casi tan ancha como la misma carretera, además de rostros sonrientes y propagandísticos de familias en un entorno idílico que contrastaba con la mendicidad que se apreciaba por todas partes.
- Se nos dijo que estaban construyendo una nueva ciudad para los deportistas con una enorme fábrica de acero al fondo y que quienes la diseñaron conforme a modelos del extranjero tuvieron que apartarse del proyecto por presiones políticas- continuó hablando Solzhenitsin- Bien es sabido que aquí solo hay presos políticos. Todos los miembros del Partido, salvo el líder, acaban por serlo. Carteles, anuncios, películas y demás propaganda, todo es falso y solo tiene por fin prolongar la tiranía para el pueblo. Cuando yo comenzaba a escribir, nos dijeron que habían edificado una ciudad para el escritor Máximo Gorki, que habló a favor del movimiento contra los zares, pero nos dijeron que por hablar una palabra contra algo de lo planeado por los jefes de partido, por los soviets o por otra de las

autoridades del régimen se experimentaba una represión como no vivieron tal vez en Europa desde la Edad Media.
- Y lo cierto es que en las tesis de Lenin se nos trata de convencer de que la revolución soviética es una revolución francesa perfeccionada- expresó Pasternak con ironía.
- Es una revolución francesa sin libertades- corroboró Tólstoi poniéndose a mirar por la ventanilla de un vehículo que no existía en su época- porque es una revolución sin burguesía, y la cultura de las masas no existe, o la cultura proletaria, como dejó dicho Trotski, el falso émulo de Danton. Resulta sencillo imponer un criterio a quien no lo tiene. Este pueblo ignorante recibió formación profesional pero no formación humana, como antes declaré, y se le impuso el criterio político del líder, es decir, obediencia ciega al régimen e infalibilidad de sus autoridades. Eso es lo único que sabe el pueblo y, por tanto, la manipulación está a la orden del día.
Podría establecerse una analogía entre ambos movimientos si se tiene en cuenta que el Palacio de Invierno construido por el zar Pedro el Grande es otro Versalles que, tratando de concentrar a la Corte en torno al soberano, terminó por convertirse en un elemento que lo distanció del pueblo y lo aisló de él. La caída de la Corte de San Petersburgo resulta análoga a la caída de la Corte de Versalles, pero aquí terminan todas las similitudes de ambos movimientos. Porque después de este tránsito, no ha habido en Rusia ninguna Declaración de Derechos del Hombre, sino una especie de documento denunciando los abusos del pueblo sin determinar ni establecer sus garantías y libertades, una Carta para los Obreros de las fábricas, pero no una Declaración para los Ciudadanos. A partir de esta fase, ese demagogo llamado Lenin se sirvió de este parecido inicial para tratar de justificar el régimen totalitario posterior que se impuso. La Revolución Industrial con sus nuevas máquinas permitió abolir la aristocracia pero dejó todo lo demás como estaba, al no contar con ninguna idea más que el fin del régimen anterior. Una vez más que cumplió lo que anuncié en Guerra y Paz, que el movimiento en Europa hacia Asia iniciado por Napoleón haría reaccionar un movimiento de Asia hacia la Cuna de la Civilización, de ahí se infieren los campos de concentración que se proyectaron en Alemania para detener a los proyectados aquí. La Civilización, bien apuntaron ustedes, y este régimen corrupto en su burocracia e incapaz de regir un sistema en el que se premiaba lo mismo a todos y no se premiaba a ninguno salvo a la jerarquía del Partido, terminaría por derrumbarse provocando la proclamación internacional de los Derechos del Hombre.
El Hombre del Futuro detuvo su mirada en las enormes construcciones con antenas que honraban el triunfo del materialismo sin base, rueda que giraba sin avanzar en ninguna dirección. “Trabajar, construir y no quejarse” decía el eslogan del gran cartel. Algunas esculturas de estilo abstracto constructivista, parecían decir :“moverse para producir, producir para moverse”.
- Si me paro a pensar en por qué triunfó esta revolución sin ideas- apuntó Solzhenitsin deliberando- llego a la conclusión de que fue

debido al abuso ejercido sobre los siervos mújiks, incrementado por el ritmo impuesto por las máquinas. ¡Cuánto espacio histórico ha tenido que recorrer el hombre para llegar a una verdad que ya proclamaban los Evangelios! Guerras, regímenes totalitarios, ¿para qué? El suelo humano es nuestro punto de apoyo. La libertad se abre camino y brota de las profundidades de la tierra.
De pronto, el coche se detuvo frente a un pórtico faraónico.
- Hemos llegado a la Estación de Metro de Moscú, la estación de metro más grande del mundo- anunció Boris Pasternak quitándose el cinturón mientras los pasajeros se preparaban para salir- Esta ha sido la parte visible del sistema para la comunidad internacional. La otra, la invisible, ya la conocen ustedes.
En tanto admiraban la entrada imponente de la Boca de Metro de mármol brillante, los cinco hombres avanzaron por los anchísimos andenes que daban a las vías por las que circulaban los trenes cargados de masa popular que iba y venía a través de la gran metrópolis de acero implacable, después de que el conductor hubiese aparcado la limusina en un lugar reservado para ella. Era fácil sentirse microscópico entre aquella grandeza desarrollista. El recién llegado evocaba los monumentos de las grandes civilizaciones de la Antigüedad- Egipto, Mesopotamia, Persia-. Este también era un emblema aparente de civilización, pero de una moderna y aparente civilización sin medida humana, la consecuencia de un cambio social sin cauce que se anulaba en su propio crecimiento. Más allá de la uniformada vigilancia se apercibía una verdad que todos trataban de ocultar: la mendicidad y la marginación de los vencidos que, como insectos subterráneos, pululaban por los subsuelos del Progreso Material buscando una migaja en el pavimento. ¡Ay de ellos! Para tales seres que formaban un grupo considerable de olvidados, el peso del sistema era una cruz difícil de llevar. Les faltaba su rinconcito de autonomía, eran la imagen modernizada de sus antepasados los mújiks. Nadie quería ver esa parte de la realidad siempre por descubrir, todos se esforzaban por esconder aquella basura. Había que camuflarse para sobrevivir.
El Hombre del Futuro se tropezó con una estudiante de ojos muy bonitos que le pidió ayuda.
- Necesito cincuenta rublos más, solo cincuenta rublos más y podré volver a la Ciudad Universitaria- rogó casi llorando- Allí tengo de todo. Ha sido un error marcharme de allí. No hay ningún sitio adónde ir. Todo es lo mismo. A cada uno le asignan un lugar, y a mí me han asignado este. No se puede salir del sitio que desde pequeña te adjudicaron. Todo está numerado y no hay nada nuevo para nadie.
La que hablaba era una doctora por el Conservatorio. Dostoyevski buscó en su bolsillo y le ofreció la cantidad que pedía.
- Es usted muy amable- le dijo ella creyendo haberse encontrado con alguien que se parecía a un santo a los que rezaba cada día. Cuando la miró a la cara, creyó reconocer a cierto personaje que había visto en uno de los muchos retratos de los centros de enseñanza y se ruborizó antes de volver a hablar- Se parece muchísimo a nuestro

autor Fedor Dostoyevski, camarada. Tiene usted mucha suerte. Le confundirán con él.
- Soy Fedor Dostoyevski- se identificó el aludido.
- ¿El autor de Pobres Gentes y de Humillados y Ofendidos?- exclamó la muchacha bromeando- ¡Imposible! Vivió en el siglo pasado.
- Acabo de llegar de otra época para llevar a cabo una misión- dijo el aludido- Pertenezco al reino de los Bienaventurados. El tiempo solo es un guión. Más allá está lo absolutamente cierto. También reconocerá a este hombre que me acompaña- y Dostoyevski señaló a Tólstoi- Una de sus primeras novelas se tituló Los cosacos. No tiene importancia este hecho para quien todo lo puede. Él la protegerá a usted en su circunstancia, como protege a toda la humanidad a la que ama. Pero nosotros hemos venido a ver esto para que este hombre que nos acompaña dé su testimonio sobre la injusticia de sus semejantes- y Dostoyevski señaló al Hombre del Futuro- Ahora, bella joven, prosiga su camino, que un porvenir mejor aguarda a todos.
Después de haberse despedido de los cinco muy educadamente, aunque sin creerse lo que le había pasado, la encantadora muchacha se perdió entre la multitud.
- No comprendo muy bien cuál es nuestra situación- les confesó el Hombre del Futuro a sus acompañantes- Por una parte interactuamos con el resto de la gente de forma normal, como cabría esperar, y por otra, ellos se comportan como actores con nosotros. Tiene que ser una ilusión todo esto.
- Así ha sido establecido por los administradores dentro del orden concertado por la Providencia- explicó Dostoyevski- Ya sabe usted que el plan de Dios es siempre bueno, y que nosotros solo comprendemos la parte que nos toca. En esta dimensión en la que nos movemos se mueven también seres inteligentes con un karma parecido al nuestro, y otros que no lo tienen. Nuestra misión se cumple tal como ha sido establecida para el fin adecuado. Aquí está el ejemplo que usted necesitaba ver sobre su régimen totalitario y sus consecuencias.
Se oyó el ruido de un tren que se detuvo. De él salieron muchos hombres armados y uniformados.
- Van a uno de los muchos desfiles que se celebran casi a diario- informó Pasternak mirando a los altos techos de la gran construcción pública soviética- Me imagino que no querrán recorrer toda la estación subiendo y bajando en sus ascensores y pasando el control de los operarios.
- Si pudiese asistir al Desfile en la Plaza Roja, este señor quedaría mucho mejor ilustrado sobre este sistema- comentó Solzhenitsin masticando un chicle para evitar el vicio de fumar a aquellas horas.
- ¿Le parece bien la propuesta?- preguntó Pasternak al Hombre del Futuro.
- Sí- respondió este- Ya saben que estoy a su disposición.
Regresaron al automóvil y tomaron rumbo a la Plaza Roja. El vehículo se movía por el circuito previsto y conducir no suponía ningún inconveniente para hablar e incluso para pensar.

- Una vez sufrí tortura- confesó Solzhenitsin mirando por la ventanilla- Incurrí en desobediencia dentro del campo de concentración y me impusieron un correctivo golpeándome mientras me insultaban. Comprendí lo indefenso que se siente uno delante de individuos armados que siempre tienen la razón de su parte. Como pueden suponer, el correctivo me lo impusieron por criticar delante de unos compañeros de pena la conducta de un oficial. En la Unión Soviética hasta los mandos y los miembros de la Policía del Partido tienen miedo de hablar en voz alta. Usan gestos y símbolos para referirse a cosas cotidianas de las que uno no puede hablar. Basta que alguien delate a alguien para que se imponga una pena a quien no sabe cómo funcionan las cosas. No se puede fiar uno de nadie, salvo de sí mismo y del que todo lo puede. Yo era amigo de un director de cine en el gulag, un hombre que al principio rodaba películas con ayuda del gobierno, y que cayó por querer ser demasiado riguroso con el tratamiento de los temas hasta terminar por salirse de la línea ideológica del poder. Aquí se pasa de la cima al fango en poco tiempo. No vemos más que lo que nos dejan ver. Si esta es la consecuencia de un falso desarrollo tecnológico, debemos aprender del Hombre de las Cavernas. En este régimen todo está deshumanizado, todo es falso y se mueve alrededor de una certeza que todos tratan de ocultar.
- Yo también sufrí las fatídicas consecuencias de este sistema- confesó a su vez Pasternak- El exilio. Cuando estaba fuera, en el cine se proyectaban películas que ensalzaban esta tiranía, parcialmente oculta por la censura de cada país, como El Acorazado Potemkin. El cine ha sido el arte más protegido por el régimen debido a su poder adoctrinador de masas. La generación de los músicos de San Petersburgo, como Mussorski o Tchaikovski, ha sido eclipsada en esta época por la Escuela de Moscú, con Rashmaninov o . También el primer astronauta, Yuri Gagarin, ha tenido el honor de ser ruso. Pero aunque los logros aparentes del régimen fuesen millones, siempre les faltaría algo para ser ciertos.
Estaban en la Plaza Roja. Frente a ellos se elevaba un cartel que cubría la fachada de un edificio entero con el retrato del dictador. Debajo, sobre una tribuna, estaba él mismo rodeado de los altos mandos del ejército, de los jefes de partido y demás oligarcas congregados para la ocasión. En el cielo estallaban fuegos artificiales, en el suelo desfilaba el ejército envolviendo la mentira que vivía el pueblo. Un cartel destacaba entre los demás. En él se leía: Sputnik 1959.
- Están conmemorando la emisión del primer satélite artificial, me resulta muy desagradable tener tan cerca al tirano- protestó Pasternak volviendo la cara- Cuando veía esta simbología a menudo, incluso por televisión, no podía soportarlo.
- Conmemoran la fecha en la que el hombre inicia la carrera espacial que llevará al hombre a la luna en 1969, de la mano de Estados Unidos- afirmó Tólstoi hablando de una época posterior a aquella en la que había vivido- De alguna manera, yo me imaginé que el pueblo llegaría a este desarrollo cuando las troikas arrastradas por caballos

cruzaban la estepa nevada en la que pronto desaparecían los caminos. Pero no quise que mi pueblo continuase siendo esclavo. A ese farsante al que llaman los ignorantes el padrecito de los pueblos como si fuese un gran emancipador como Abraham Lincoln o el zar Alejandro II, le han otorgado poder a causa de desconocer sus propios derechos. En lugar de estar conmemorando la hazaña del progreso sin el hombre, debieran estar lamentando sus cadenas. Son los mismos siervos de antes, pero no lo saben.
- No cabe un alma en esta plaza- dijo el Hombre del Futuro mirando los estandartes con emblemas que se sucedían para abarcar todas las miradas.
- Quien no esté ahí hoy, será porque es demasiado insignificante para ser tenido en cuenta por sus superiores- apuntó Solzhenitsin- de lo contrario, se considerará un reaccionario.
- ¡Qué imagen más triste!- exclamó Pasternak- Es horroroso. Ya hemos visto bastante.
- Supongo que ya hemos cumplido con nuestro propósito- musitó Dostoyevski acariciándose la barba y mirando al cielo- Lo que nos queda por ver de este régimen son los logros del Plan Quinquenal.
- Vamos, pues- dijo Pasternak, y arrancó su limusina en dirección a la extensa taiga del país más grande del mundo cuya panorámica podía admirarse por la mágica convergencia del espacio-tiempo en el lugar vital que ocupaban nuestros viajeros.
La colectivización e industrialización masivas, fuente de aquel extraordinario desarrollo primaveral de un nivel de vida que no llegaba a la masa de población del régimen planificado por la oligarquía tecnocrática se admiraban en las áreas gigantescas dedicadas a monocultivos y en los enormes centros industriales que elevaban las chimeneas de sus fábricas al cielo. Los daños al patrimonio natural y humano también podían apreciarse fácilmente. Zonas despobladas donde antaño habían existido grandes poblaciones y ahora dedicadas a la producción de una sola materia prima daban al viajero la impresión de hallarse en una estepa abandonada por animales y por hombres. En aquel territorio artificial se habían sacrificado los hábitats de muchas personas que habían tenido que irse a vivir a otro lugar forzadas por el soplo gélido del progreso industrial solo aparente que encubría una depredación del medio. El paisaje era tan uniforme que producía somnolencia. En determinados puntos estratégicos se veían las tristes comunas o koljós todos iguales donde los habitantes trabajaban como máquinas en una sola actividad que debía embotarles el entendimiento. Las carreteras se abrían a través de aquellos parajes para comodidad de las máquinas que arrastraban mercancías que solo salían de las comunas, pero nunca entraban en ellas, rumbo a otras fábricas y a otras comunas que se perdían en un circuito intrincado hasta satisfacer la demanda de los agentes propagandísticos del Partido Único.
No había diversidad en la que poner la mirada. Todo era igual: una enorme fábrica de metales y de cárceles.

- El Partido aconseja tener muchos hijos- explicó Solzhenitsin siempre sonriendo- pero yo preferiría no tener ninguno aquí. Este es el futuro que les espera.
- Si todo lo que veamos a partir de ahora será como lo que ya hemos visto- murmuró el autor de El idiota- ya podemos poner rumbo otra vez a París, hacia la civilización. Me parece que ya tiene algo nuevo escrito en su papel- dijo dirigiéndose al Hombre del Futuro.
La limusina americana dio la vuelta en un desvío de la autopista soviética y atravesó un túnel prodigioso que desembocó en el Puente de Alejandro III. Al protagonista le pareció que el tiempo no discurría en todas partes de la misma manera. En una hora estaban de nuevo en París.

PARTE SEGUNDA

- ¿Puede explicarme, maestro, por qué razón desconocida para mí el tiempo es una variable y no una constante durante el devenir de la misión que me ha sido encomendada?- preguntó el Hombre del Futuro a Víctor Hugo mientras paseaban juntos por Montmartre.
- Si tiene en cuenta la Teoría de la Relatividad de Einstein, será fácil de demostrar- declaró Víctor Hugo deteniéndose a apreciar la estructura sencilla, pero esencial, de la basílica de Saint Denis, en la que se guardaban las reliquias del obispo mártir- A velocidades próximas a la luz el tiempo no corre de la misma manera. Nos movemos en una dimensión superior en la que los fenómenos físicos transcurren a una velocidad diferente. Si prefiere entenderlo en el sentido espiritual, es el espíritu el que mueve la materia y le da la forma que quiere conforme al Plan de su Divina Inteligencia.
- El karma del que procedía no me permitía todo esto- reconoció el Hombre del Futuro deteniéndose frente a una vidriera coloreada en la que se representaban escenas bíblicas- Pero ahora he sido liberado de las trabas de mi condición anterior, por obra y gracia de la misericordia que rige la creación, y puedo caminar sin límites a través del espacio y del tiempo. La lógica asegura que la inteligencia se liberará en algún momento de sus cárceles, porque siempre va más allá de todo límite. He experimentado la parte más horrible del hombre: un falso progreso devastador que conduce a la ruina a los pueblos. La misión que tengo es la de salvar el futuro de todo mal, y para ello debo conocer el mal que existe en el hombre. Caín siempre queda atrás mientras Abel da comienzo al mundo nuevo. Esta es la dialéctica de la historia que describió Hegel.
- Todos contribuimos a la creación del mundo- aseguró el maestro mientras se detenía frente a la puerta principal de la basílica, fotografiada por los turistas- Somos con el creador cocreadores. Dígame usted, amigo, ¿qué ha aprendido hasta ahora?
En Hombre del futuro sonrió mirando a la basílica medieval.
- He aprendido que la libertad civil es un reflejo de la potestad que Dios le ha dado al hombre de regirse por sí mismo mediante la razón- explicó- Todo ha sido sometido a la inteligencia porque todo ha sido

hecho por ella. El amor es el vínculo que nos une a nuestra verdad. Pero al principio, el hombre era un animal más al que le fue otorgado el privilegio de la razón. En su devenir histórico, las naciones evolucionan del instinto a la razón y aprenden a ser libres y responsables.
- No obstante, la gracia divina siempre rescata al hombre de sus errores- completó el maestro- Eso hizo con la caída de Adán cuando envió a Cristo, su redentor. Cada hombre recorre por sí el mismo camino, y usted está muy avanzado.
- He tenido buenos ejemplos- confesó humildemente el Hombre del Futuro.
Ambos entraron en la basílica en la que la oscuridad resaltaba los colores iluminados de las vidrieras, obra de artesanos medievales, en la época en la que los bárbaros merovingios estaban aprendiendo a gobernar los primeros estados de Europa.
- La Edad Media es una época maravillosa, el resultado de la confluencia de la Filosofía Griega, del Derecho Romano y de la Religión Cristiana, pilares de la civilización universal- comentó Víctor Hugo observando el iluminado altar- Fue la época en la que bárbaros sin cultura pero con valor, germanos, aprendieron los rudimentos de las artes y de las ciencias que el pueblo latino les comunicó. La santidad de aquellos primeros misioneros cristianos sucesores de San Pablo llevó el evangelio por todos los rincones del imperio, y convirtió a reyes que solo sabían manejar la espada. El apóstol Santiago evangelizó España, San Remigio bautizó al franco Clodoveo emperador de nuestra nación, San Patricio y San Columbano llegaron a Inglaterra, San Bonifacio a Alemania, San Benito dio su regla a los monjes de Occidente, San Basilio a los de Oriente. Después de la construcción de las grandes abadías, San Bernardo reformó la orden del Císter antes de que San Francisco y Santo Domingo renovasen las órdenes religiosas con misioneros mendicantes. Fue la época en la que el papa dirigió a aquellos brutos germanos a una empresa común: la conquista de Jerusalén. Fue también la época de consolidación de las naciones europeas, una vez independizadas las provincias del Imperio Romano. La primera semilla del Progreso Humano moderno germinó en este ámbito, dando origen a la Ciencia del Renacimiento que culminaría en la Enciclopedia, término de la Revolución Científica que haría posible la Revolución Industrial.
- De no ser por los crímenes que se cometieron en esa época que usted ha tratado esencialmente en su novela Nuestra Señora de París, cualquiera desearía visitarla- reconoció su interlocutor.
- Y usted podría hacerlo, sin duda, desde un lugar privilegiado. La Santa Capilla de París, construida por el rey Luis IX de Francia, canonizado como San Luis- reveló el maestro, y volviendo a exhalar su aliento prodigioso, lo condujo desde lugar donde se encontraban hasta el interior de la Santa Capilla, situada en otro punto del Casco Histórico de la Ciudad.
Aquel relicario de piedra y vidrio que alojaba los restos de la corona de espinas de Cristo, que el rey Balduino de Jerusalén le había

regalado al rey Luis IX de Francia después de que Santa Helena, madre del primer emperador cristiano de Roma – Constantino- los encontrase en un viaje a Jerusalén, envolvía a los visitantes en un halo de recogimiento y oración. Las tracerías góticas parecían encajes de tela o brocados, todo era minucioso y cuidado hasta el detalle, y los sobredorados en la atmósfera multicolor donde nada dañaba los sentidos de los observadores, destellaban recreando la gloria del hombre redimido de sus pecados.
El maestro indicó a su acompañante el lugar escondido donde el rey presenciaba la misa y que daba a los aposentos de su palacio. Al mirar los pilares de columnas y capiteles coloridos, su discípulo se sintió como en un bosque acogedor.
- La Edad Media es un relicario igual que este donde se preserva la santidad de los primeros misioneros y civilizadores en mitad del claroscuro de los bárbaros de la estepa que terminarían por convertirse en caballeros- aseguró Víctor Hugo con esclarecedores enunciados- Como usted no ignora, el hecho histórico es el elemento que forma la memoria humana, lo que queda cuando transcurre la anécdota. Es la vivencia espiritual que nutre al alma y termina por elevarla a una dimensión superior. Una vez que el dolor y el karma transcurren, queda solo una forma de amor que es verdad y belleza, materia de nuestra patria futura.
- Ahora que he visto en esta oportunidad que me brinda esta misión- confesó el Hombre del Futuro en medio de la atmósfera fosforescente del cosmos arquitectónico de la capilla- el verdadero significado del progreso humano, quisiera visitar las épocas más oscuras en las que el ser humano vivía envuelto en tinieblas de ignorancia con unas pocas luces que hoy son estrellas del conocimiento. Maestro, haga posible que visite esa época para aprender el valor no solo de la justicia sino también de la caridad. Aunque yo soy imperfecto, sé que sanaré mis heridas con el agua de la verdad, de esa verdad que me falta para completar la que llevo dentro.
A la petición de su discípulo, su guía y maestro abrió las manos y la luz de las lámparas aumentó diez veces su intensidad, las paredes hermosas de la capilla se transformaron de pronto en un paisaje de montaña al atardecer, brillante de tanto colorido como la propia capilla. El Hombre del Futuro vio a unos metros a muchos segadores portando gavillas de cebada, centeno y trigo con ropas ceñidas de lana. Los hombres y mujeres llevaban la carga en sus cabalgaduras hacia una ciudad de piedra bien labrada que se veía a un kilómetro.
- Esa ciudad es Ruán- informó el maestro a su compañero- Estamos en la estación estival en la región francesa de Normandía, llamada así por estar ocupada por germanos normandos, que llegando a Inglaterra en época de Guillermo el Conquistador unificaron los reinos de los anglosajones fundando el estado que daría origen a la Revolución Industrial. Hemos venido no para asistir a la coronación de un rey, sino a un hecho posterior: la ejecución de la mujer que ayudando al rey de Francia a librarse de sus opresores ingleses- los que por motivos dinásticos le arrebataron injustamente el trono

legítimo- es luego condenada por la Inquisición a la hoguera, acusada de brujería. Tal acontecimiento que conduce a la Dama de Orleans, a Juana de Arco, que sería después canonizada por el clero de la Iglesia Católica, al martirio, representa todos los crímenes y atrocidades de la jerarquía clerical en la época teocrática en la que se confunde el poder temporal con el espiritual, y que arrastraría sus abusos y crímenes hasta la Revolución Francesa. ¡Estos fueron los abusos de los presuntos civilizadores que siguieron la regla no solo de no hacer lo que decían, sino de todo lo contrario, llevando esta injusticia a todas sus provincias gobernadas! No obstante, a pesar de los crímenes de muchos, la luz del evangelio alumbró un mundo nuevo- como no podía ser de otro modo- convirtiendo a animales violentos en hombres libres. Basta un átomo de verdad para acabar con todas las mentiras. Encuentre usted ese átomo aquí, y agréguelo a los otros dos que ya ha obtenido para formar la molécula del modelo que precisa para despertar el mundo futuro.

Cuando el protagonista miró a su derecha donde se alzaba un roble antiguo, vio bajo su sombra a un hombre que llevaba cubierta la cabeza. El maestro le indicó que se acercase a él.

- Reconozca en ese peregrino- le dijo- al primer civilizador de las Galias, el soldado panonio que convertido al cristianismo, evangelizó y fundó monasterios e iglesias donde antes había ídolos de guerra. Él promovió que Francia se cubriese con un piadoso manto de iglesias después de la Caída del Imperio Romano. Será su guía por estas coordenadas del espacio-tiempo el siempre glorioso e invocado San Martín de Tours, ante quien se despliega toda la crueldad posterior que la Inquisición ejerció contra el pueblo convertido hasta que este pudo al fin liberarse.

Mientras hablaba, el santo guía se aproximó a ambos interlocutores y, cuando estos quisieron honrarlo como se merecía, doblando la rodilla, él les indicó que se mantuvieran de pie.

- Soy un hombre que he vencido mi pecado, nada más- dijo- He venido para mostrarles una verdad, como ya saben.

Víctor Hugo indicó a su interlocutor que permaneciese con el nuevo guía, y luego se despidió de ambos. Estaba anocheciendo, pero San Martín aseguró a su compañero que no se haría de noche hasta que no llegasen a pie a Ruán. Atravesando el camino mal empedrado entraron en la ciudad amurallada que tenía las puertas abiertas y unos sombríos vigilantes custodiándolas. El Hombre del Futuro preguntó muchas cosas a San Martín, hasta que llegaron a la catedral.

- En la dimensión en la que vivo ya no hay dolor ni sensación de soledad, como en mi primer éxodo- explicó el santo- porque se vive en presencia del amor de Dios, sin más límites que la capacidad de amar de cada uno. Por eso abandone todos sus miedos porque quien se siente amado por Dios no debe tenerlos.

San Martín invitó a su compañero a que entrase con él en la Catedral de Ruán, en la que había muchos fieles que día y noche rezaban por sus males y por los del mundo. Frente al altar, gruesos sacerdotes vestidos con túnicas dobles de grana y púrpura oficiaban misa

solemne. San Martín invitó a su compañero a que se acercase a un confesionario y escuchase la confesión de un devoto por su permiso especial, limitado a su finalidad.
- No se preocupe- le aseguró a su discípulo- No puede vernos y el secreto de confesión no está siendo violado a causa de nuestra misión ecuménica. Ahora sabrá la injusticia que se cierne sobre el pueblo de Dios.
El Hombre del Futuro escuchó los balbuceos- casi no eran palabras articuladas- de un campesino ignorante que se esforzaba por pronunciar el latín, como le habían enseñado en catequesis. Frente a él, un sacerdote, como un dios pagano, lo interrogaba después de haberle amenazado con todas las penas del infierno.
- Ese es un gran pecado- decía con voz grave, que bastaría para asustar a cualquiera que confiase en su autoridad- Es un gran pecado incluso pensar en tal blasfemia. Necesitas convertirte pasando por la sacristía y entregando el objeto a tu párroco. ¿Cómo es que hacéis las cosas sin preguntarnos antes a nosotros? ¿Cómo no teméis a las llamas del Más Allá y al Tribunal de la Santa Inquisición, su heraldo en la tierra, que recomienda no hacer nada sin nuestro permiso? ¡Ay de vosotros, que no seguís las directrices de vuestros pastores! ¿Es que no teméis el castigo?
El confesor siguió amenazando al pobre devoto con expresiones amenazadoras, como si estuviese ante un ídolo cuya ira debía aplacar con ofrendas. Tal era el miedo de aquel desgraciado que a veces temblaba involuntariamente mientras se contraía su cuerpo famélico y otras voluntariamente se golpeaba el pecho. Casi se correspondían los gestos del pobre devoto con las amenazas verbales de su aparente consolador.
El Hombre del Futuro sintió que una ira irresistible lo recorría de pies a cabeza al ver cómo era maltratado aquel inocente por un malhechor disfrazado de sacerdote.
- Estos horrendos crímenes se cometen al amparo de la religión, por eso se dijo al pueblo que no se fiase de las apariencias y solo lo hiciese de las obras- explicó San Martín recordando el Evangelio a su compañero y ordenándole a su vez silencio- Así el poder manipula a quienes no pueden defenderse mientras Dios y sus enviados no lo remedian. Pero nos se preocupe, porque todo lo que ve ha sido preparado para que usted dé su testimonio al mundo por venir. Esta es la manipulación contra un pueblo ignorante. Es el pueblo que no se conoce a sí mismo ni a su naturaleza divina y que escucha a quienes lo maltratan. Todo eso vendrá encima de sus verdugos, pues son ellos quienes han sembrado esa mala semilla.
Dicho esto, el santo guía indicó a su interlocutor que mirase las imágenes que estaban en el ábside.
- Para esos desgraciados, ha de bastar el ver la imagen de su Redentor en la Cruz, ni tan siquiera precisarán entender la lectura del Evangelio, pues el mensaje cristiano es el más claro de todos los que puedan escucharse- continuó hablando San Martín, el evangelizador de la provincia más importante del Imperio Romano.

- Aunque quisieran entenderla tal y como se la explican- reconoció el Hombre del Futuro- no podrían, porque está escrita en un idioma incomprensible para ellos, y son sus opresores quienes conocen e interpretan el idioma en que está escrita, y aún lo hacen a través del miedo, como puede comprobarse en un tribunal inicuo donde no se respetan los derechos de las partes, superstición y criminal ordalía elevada a norma.
- Ahora le invito a que entremos ambos en la sacristía- le comentó San Martín al Hombre del Futuro- Ya sabe que no pueden vernos.
Este siguió a su interlocutor al sitio indicado. Dentro, un grupo de sacerdotes celebraban un cónclave en el que se examinaban a sí mismos acerca de un texto en el que se asignaban castigos corporales a quienes vulnerasen normas que su obispo había establecido en base a un código aprobado por un rey.
- El Papa se ha dado la mano con el Emperador- decían entre ellos- para extirpar las herejías de nuestros dominios. La alianza del Trono con el Altar acabará con quienes pretendan difundir doctrinas religiosas contrarias a la nuestra. Somos los intérpretes de la doctrina cristiana, y nadie puede leer el Evangelio sin preguntarnos antes a nosotros. Esto no lo estableció así la Escritura, en la que se dijo expresamente que la creencia religiosa solo podía aceptarse desde la libertad humana, que corresponde a la dignidad que Dios le ha dado como imagen suya. Gran pecado es este que cometemos con el resto de la humanidad, delito reprobado por nuestra conciencia, pero, ¿quién puede vernos? Los poderosos nos hemos puesto de acuerdo, así que lo demás no existe, ni Dios tampoco. Nosotros nunca hemos creído en lo que predicamos, de modo que no nos importa lo que suceda con los que lo creen. Somos los nuevos ídolos paganos vestidos a la nueva moda. ¡Celebremos nuestro Olimpo, bebamos porque a los desgraciados que sirven bajo nuestra tiranía no hay quien los libre de nosotros!
Dicho esto, los celebrantes se coronaron de hiedra y se emborracharon en una bacanal que el senado romano hubiese prohibido.
- El viento del espíritu soplará sobre esta cizaña y la arrebatará hasta destruirla- explicó San Martín a su interlocutor- pero por el momento permite esta circunstancia para que el hombre conozca sus errores y los condene delante de su verdad que nadie puede negar sin engañarse. Su misión es recoger este ejemplo de injusticia y compararlo con la caridad que Dios tiene hacia sus hijos para que sepamos valorar de qué culpas nos ha librado nuestro Señor Jesucristo al morir por nosotros en la cruz.
- No entiendo por qué la Divina Inteligencia permitió que esto hubiese sucedido- se quejó el Hombre del Futuro- ¿Qué ocurre con los oprimidos?
- Él sabe todo lo que sucede y puede entender lo que nosotros solo vemos en apariencia – siguió explicando San Martín- Los instintos del hombre pelean entre sí hasta llegar a la inteligencia de la sabiduría, la sustancia de su espíritu por el que todo fue hecho. Lo demás es transitorio y la historia de la humanidad puede resumirse en esta

historia de un solo hombre, como la Biblia lo hizo al hablar de Adán redimido por Cristo, el espíritu de Dios que lo salva encarnándose en su propia condición. Todo hombre que use correctamente su capacidad racional conquista la Sabiduría poco a poco, librándose de la tiranía de sus instintos pasajeros y serviles, hasta pasar de ser temporal a ser eterno, y no por ello pierde su identidad, más bien la eleva a su destino verdadero.
- ¿Qué vamos a presenciar en esta edad de hombres sujetos al pecado y al dolor de la ignorancia?- preguntó confuso el protagonista.
- Vamos a presenciar a la Sabiduría de Dios abriéndose camino como la luz entre las tinieblas, vamos a ver la belleza de los testimonios de la luz resplandeciendo como lámparas multicolores en el verdadero templo de la naturaleza- respondió el santo- porque sobre la ciudad del hombre se alza la ciudad de Dios, como dejó dicho el sublime Agustín de Hipona.
Ambos salieron de la Sacristía y del Templo mientras una procesión de seres humanos envilecidos como esperpentos valleinclanescos los rodeaba pidiendo limosna, ya ocupados en sus tareas que interrumpieron nada más caída la noche. Las murallas de la ciudad se cerraron y los vigilantes montaron guardia mientras ambos peregrinos se alojaban en una venta del camino sin que ni una sola paja hiriese la fina piel del Hombre del Futuro al acostarse, puesto que estaba protegido por la condición que le otorgaba su ministerio.
A la mañana siguiente, toques de campana mostraron un amanecer fulgurante en el que millares de soldados cubrían los montes cercando la ciudad que abrió sus puertas a los ejércitos.
- Son los soldados del reino de Inglaterra que ocupan las tierras de Normandía- le explicó San Martín al protagonista nada más salir de la posada- El rey de Inglaterra ha hecho la guerra al rey de Francia reclamando estos territorios por herencia dinástica y ha conquistado la mayor parte de este país. El legítimo rey de Francia Carlos VII, relegado a una provincia, no podría coronarse en la capital de no ser por la ayuda de una mujer, Juana de Arco, llamada La Dama de Orleans. Esta, escuchando la voz de la justicia del cielo, convenció al rey para que fuera a coronarse a la Corte, escoltándolo con un pequeño ejército. Desde allí, con un grupo de leales al reino, dio la célebre batalla en la que obtuvo la victoria sobre el enemigo, pero más tarde cayó frente a los ejércitos de Inglaterra y estos la entregaron a los verdugos de la Inquisición para que la condenasen a muerte, bajo la acusación falsa de brujería. En lugar de procurar la liberación de su benefactora, el rey que todo le debía la abandonó a su suerte, mientras hacía alianza con el Conde de Borgoña para unir sus ejércitos a los suyos, y así finalmente consiguió expulsar a los ingleses de Francia. Pero la verdadera salvadora de su patria perece sin que nadie la socorra, y ahora el pueblo se dispone a asistir al sacrificio de una mártir, con el salvoconducto de los presbíteros de la Iglesia. Gran crimen contra la humanidad es este, y la presunta Iglesia Apostólica lo ratifica y lo lleva a cabo. Por eso usted debe ser testigo de la tiranía eclesiástica, como antes lo fue de otras tiranías,

para que pueda demostrar hasta qué punto la ignorancia humana es fuente de pecado, cuando muchos siglos adelante un papa canonizará a esta mártir por su patria. Esta dinastía de reyes de Francia, la tercera desde la de Clodoveo y Carlomagno, es aquella que recibe el nombre de Capeta por proceder de un noble administrador de la abadía de San Martín, en la que se conserva el testimonio de la capa que partí en su día con un pobre cuando yo era soldado a las órdenes del Imperio Romano, que más tarde se convertiría, humanizándose para redimirse de su barbarie esclavista, a la fe cristiana que abrió una nueva era en el mundo.
Entre soldados con tambores y lanzas que asustaban a aquellos miserables que se asomaban a las puestas de sus chozas y casitas para presenciar el espectáculo, pasaron sendos protagonistas atravesando la escena sin tropezarse con sus intérpretes, pues sus cuerpos de otra dimensión no ocupaban el mismo lugar que los suyos, sino que los atravesaban sin tocarlos hasta abrirse paso entre la multitud que a su lado era una línea paralela a su plano geométrico. Habían llegado ya a la Plaza del Mercado, donde cada día tenían lugar las labores cotidianas del pueblo, aunque en el día presente todos eran testigos de una novedad: una ejecución pública iba a celebrarse.
Aquel pueblo inculto y maltratado tenía tales periódicos acontecimientos por un descanso en su dura rutina vital, y por ello los curiosos se agolpaban volcando su miedo y su angustia personal en una ira colectiva que en lugar de dirigirse a sus tiranos, se dirigía por el contrario a sus víctimas. Los verdugos habían alzado una pira en mitad de la plaza apilando troncos y ramas de robles y de pinos y colocando una estaca erguida en su centro a la que se estaba atando con gruesas cuerdas a una pobre condenada. Frente a ella, un inquisidor con el rostro alargado y descolorido la miraba como a un ser del infierno, mientras sonreía satisfecho. Detrás de él estaban los representantes de los dos países en guerra, reconciliados por la efeméride, la jerarquía eclesiástica presidida por su obispo con mitra y báculo y los miembros de ambos ejércitos, cuyos encargados apartaban a los curiosos que se subían incluso a los tejados de las casas para no perderse ni un detalle de la ejecución.
La pobre condenada llevaba el pelo corto e iba vestida con un jubón de lino bajo el cual vestía prendas de lana para no morirse de frío en el lugar de donde la habían traído. Parecía sonámbula e insensible.
Cuando el Hombre del Futuro avanzó un paso para gritar a los criminales, San Martín lo detuvo diciendo:
- Es voluntad de esta dama el hacer este sacrificio por los pecados del mundo. La Providencia la protege de una manera que usted no puede entender. Esta es su misión. Cúmplala siendo testigo de lo que ve sin intervenir en nada. Llevará su relevo a todas las épocas.
Se escuchó la voz del pregonero que desplegó su rollo para leer:
- En nombre del rey y de la Santa Iglesia se condena a Juana de Arco a la hoguera acusada de rebelión y de brujería, por haberse atrevido a interponerse en la guerra librada por las Coronas de Francia y de Inglaterra.

Terminado el pregón, se oyó un tumulto del pueblo congregado y de distinguió una frase entre el ruido popular:
- Cúmplase la justicia de Dios.
El Hombre del Futuro replicó a San Martín en voz alta:
- Cómo pueden llamar justicia de Dios a un crimen humano tan grave. Cómo es posible que el Hacedor de Todas las Cosas tolere semejante delito y pecado.
- Son ignorantes- explicó el santo sin admirarse, como es propio de los sabios- También condenó a Nuestro Señor y Redentor un jurado popular manipulado por el Sanedrín Judío, la autoridad religiosa de su tiempo. Es necesario que estos crímenes demuestren la ineficacia de la justicia humana que no se rige por los principios de la razón que viene de Dios, quien con su sabiduría atemporal ordena y mantiene todo. Los hombres invocan el nombre de Dios, pero lo desconocen, porque no saben verlo a través de su obra. Por amor, Dios puso en las manos del hombre la Creación para que la administrase y creciese en sabiduría hasta alcanzar el verdadero destino junto a él, pues la imagen del Hijo ha salido del Padre, y el espíritu que los une es la inteligencia. La humanidad es tentada y cae, pero Dios la redime por su amor. Este acto hará progresar la verdadera justicia, y esta condenada nada sufrirá, pues la Providencia Divina la protege en todo momento.
Mientras escuchaba hablar al santo en lógico argumento, el Hombre del Futuro descendió de nuevo a la ignorancia de las turbas confundidas por el poder, que gritaban con el mismo instinto con que aúllan los lobos o con el que rugen los tigres:
- ¡Quemad a esa bruja!
A una seña de sus superiores, los ejércitos armados ordenaron silencio. El Inquisidor General se disponía a tomar la palabra, hablando en estos términos:
- Autoridades religiosas y civiles, tenemos delante a una rebelde que ha reavivado una guerra entre dos naciones poderosas. Según sus confesiones iniciales, la condenada aseguró haber recibido de los santos patrones de Francia una revelación por la cual le ordenaban ser el instrumento para expulsar a las tropas de Inglaterra del reino de Francia, presentes en él desde la solicitud de candidatura al trono del rey de Inglaterra Eduardo III. Una vez capturada y hecha prisionera, esta rebelde que encabezó una rebelión en la región de Orleans causando daños al ejército de Inglaterra, se retractó y se declaró culpable después de haber sido sometida a indagatoria auxiliada por medios coactivos. Este Santo Tribunal instituido por el papa Gregorio IX para acabar con la herejía en los reinos cristianos, petición hecha por los propios reyes, ha acusado a esta condenada de rebelión contra el Estado y de herejía contra la Iglesia. Sus victorias militares han sido declaradas consecuencia de sus malas artes de brujería perseguida por nuestro tribunal. El propio rey de Francia ha lamentado mucho este incidente tras su coronación. Por tanto, delante del pueblo y de sus autoridades condeno a esta mujer a pena de muerte en la hoguera, pena destinada a todos los acusados de herejía que han de pasar por el fuego para ser redimidos.

- ¡Qué barbaridad!- gritó sin poder contenerse el Hombre del Futuro- ¡Qué crimen contra el hombre y contra Dios! ¡Acabemos con esta aberración que repudia nuestra conciencia!
- ¡Deténgase!- ordenó San Martín a su compañero cogiéndolo por los hombros- La santa condenada se propone realizar un milagro.
Pero el Hombre del Futuro no veía con claridad lo que estaba sucediendo. Después de que se hubiese encendido la pira, el santo le ordenó que mirase entre la gente a unos individuos que tenían el cabello resplandeciente. La propia condenada también lo tenía.
Las llamas no llegaron a alcanzar la punta de sus pies cuando uno de estos individuos descritos desató a la condenada sin que el pueblo ignorante lo percibiese. El Hombre del Futuro contempló asombrado cómo el cuerpo que se quemaba no pertenecía a la condenada, sino que esta salía de la hoguera caminando por el aire en compañía de aquellos sujetos del cabello resplandeciente. El observador comparó aquella división entre plano terrenal y celestial como la perspectiva de uno de los cuadros del Greco.
La masa popular agrupada en torno al horroroso patíbulo seguía vociferando poseída por el miedo y por la ira, como si quisiesen olvidar que aquella pena recaía sobre ellos. Mientras tanto, el Hombre del Futuro pudo contemplar cómo la condenada caminaba sobre sus cabezas acompañada de aquellos emisarios del cabello resplandeciente que paseaban junto a ella sin que los elementos ni la gravedad terrestre les afectasen. En medio de la masa que vociferaba había otros emisarios que estaban apercibidos de lo que ocurría, ocultos entre el pueblo ignorante.
- ¿Se da cuenta ahora qué naturaleza tiene la condenada?- le preguntó San Martín a su incrédulo compañero- Ha querido realizar este acto para demostrar la injusticia de los hombres. La justicia saldrá de las mismas piedras para que tales crímenes no vuelvan a producirse.
Después de caminar sobre las cabezas de los presentes sin tocarlos, la condenada se dispuso a hablar, pero no todos podían escucharla. Solo podían hacerlo quienes estaban preparados por el espíritu.
- He realizado este acto- comenzó a hablar con voz firme, en la que no había temor ni dolo- para demostrar cuán lejos se encuentran estos infelices de la verdad y de la justicia. Condenaron a quien venía a restablecer su reino. Tiempos vendrán en que este acto será recordado para instruir a quienes no saben. Como pueden apreciar todos los preparados para escuchar, a mí no me ha sucedido nada gracias al Rey de Reyes, que está sentado a la derecha de Dios. El reino dividido ha quedado unido de nuevo para que pueda llevar a cabo su noble fin: dar a la humanidad sabios principios de convivencia.
- El miedo y la ira se han quedado con estos ignorantes hasta que puedan alcanzar la iluminación necesaria para ser redimidos- continuó hablando uno de los emisarios de cabello resplandeciente que escoltaban a la santa oradora- Nadie ha de temer a los elementos del mundo, ni a la enfermedad ni a la muerte, cuando Dios lo protege. El espíritu santo de inteligencia es el promotor y el

ejecutor de la Historia, y los tiempos han sido establecidos por el Todopoderoso con la finalidad de que los hombres se salven. Él lavará los pecados del hombre y satisfará todas sus necesidades, y ningún pecado será obstáculo a que su amor lo haga plenamente feliz, pues de todas sus cadenas, dolores y padecimientos será librado a pesar de sus debilidades, para que su nombre sea glorioso entre toda inteligencia.
Tras haber hablado en estos términos, la doncella liberada y los ángeles que la protegían caminaron por el aire hasta aproximarse a San Martín y a su compañero navegante de los tiempos. Llegados a su altura, ella descendió por una escala invisible y saludó a ambos peregrinos como si los conociese de siempre.
- Habéis venido para presenciar este acto un santo y un misionero de las épocas- declaró sin titubear- Sabed que yo he realizado este acto por propia voluntad, como acabo de explicar, para contribuir al progreso de la justicia entre los hombres. He salvado el reino de Francia y he contribuido a la victoria del reino celeste, pues el reino de Francia dará leyes más justas a los pueblos estableciendo los derechos personales que ningún poder civil podrá vulnerar, en lugar de esclavitud y servidumbre feudal, las dos cadenas que nos atan a los abusos de los poderosos. La jerarquía social es una imagen de la jerarquía celestial precisa para que el conjunto funcione adecuadamente, pero cuando una parte no respeta a las demás, el conjunto se resiente. El hombre se hará cada vez más divino cuando reconozca la dignidad y el respeto de todas las personas, sin que esto sea obstáculo al orden que las jerarquías necesarias establezcan. Este es el sentido de mi acto, y quienes podemos entenderlo estamos de esta parte atemporal del plano de la creación, la parte que llaman celeste, y que es por tanto eterna.
San Martín indicó al Hombre del Futuro que manifestase su impresión ante lo que acababa de ocurrir. Había visto un milagro y se le había revelado su sentido. Esto contrastaba con las criminales ordalías que inducían al pueblo ignorante a la superstición y que lo ataban cada vez más al abuso y al conflicto. Habló un tanto confuso:
- Aunque la circunstancia de la que procedo no es del todo justa, pues el progreso humano es una tarea paulatina, he de reconocer que me ha costado ver a seres humanos en estas bestias vociferantes que consumaban un crimen condenando a muerte a quien los había salvado. Es un martirio secundado por el clero, lo que demuestra que la verdad y su ciencia están al alcance de cualquiera y el pecado afecta a toda la humanidad independientemente del hábito que se ponga. El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo habló para todas las épocas, y su sacrificio dura mientras duran los tiempos.
La santa doncella acompañada de su escolta celestial invitó a los dos peregrinos del espacio-tiempo a que la siguiesen hasta la Catedral de Reims, donde había sido coronado el rey legítimo de Francia por su intercesión, y mientras lo hacían, caminado por la calzada del aire sin cansarse, iban viendo a sus pies las regiones y comarcas del reino mundano.

Allá abajo quedaban Tours y la Turena cerca del París medieval al que se dirigían, Champaña con sus vinos y sus ferias, más allá Borgoña- la región entonces más rica de Francia-, todo ello estaba ocupado por señores feudales que se hacían la guerra entre sí enfrentando a los pueblos.
- La nobleza se ha aliado con el clero para impulsar la civilización, y en su lugar ha oprimido al pueblo hasta el punto de convertirse en señores feudales con casulla, mitra y báculo- comentó el Hombre del Futuro todavía impresionado por la escena que acababa de presenciar.
- Los principios de convivencia se establecen de esta manera- explicó San Martín sin mirar al suelo donde se elevaban los reinos del mundo- Primero se enfrentan los intereses entre ellos para luego dar lugar a la síntesis del principio. Nada vale todo lo que el hombre se ponga delante de la verdad que ha salido de Dios. Nadie delante de él está absolutamente libre de pecado, así que lo que importa es lo que cada uno hace y le aprueba su conciencia conforme a lo que nadie puede negar. Mi compañero está consternado por lo sucedido porque no conoce el camino histórico que llevó al hombre a redimirse por el progreso racional.
- Qué confusión debe haber en el ser humano para que se disfrace lo sagrado con este horrendo crimen- expresó impresionado el Hombre del Futuro- Pretender dominar la creencia de las personas, que es siempre una opción necesariamente libre, y atribuirle a la religión que ha venido para salvar la potestad de condenar a muerte a una persona, ¿cómo puede entenderse algo así?
- Yo le diré cómo puede entenderse- le respondió Santa Juana de Arco mientras avanzaban por un paso prodigioso entre las nubes de formas esculpidas por el viento mejor que pudiera hacerlo cualquier aeronave que la pericia humana hubiese construido- Puede entenderse de la misma forma que se entiende el milagro. Lo que acaba usted de ver, ¿podría explicarlo? Su sentido es la gracia de Dios, que salva al hombre de su pecado. Lo que usted puede ver y percibir es una parte de la realidad, la otra parte es obra de inteligencias ocultas que buscan la nueva liberación del hombre. A medida que nos libramos de la ignorancia adquirimos la sabiduría que nos da poder sobre lo que nos oprime. En cuanto al milagro que usted ha presenciado, se le ha permitido por un instante ver los dos planos de la realidad para que pueda comprender que el fin de la creación es bueno, cosa que su fe racional ya le demuestra.
- Siento vergüenza de haber presenciado este milagro desde mi pecado- confesó el Hombre del Futuro avistando desde arriba los viñedos y los labradores con sus animales de carga- Ahora me siento más pecador que antes, porque he visto mejor mis faltas.
- No sienta vergüenza ni temor, porque el Creador sabe cuáles son nuestras limitaciones y errores- lo consoló San Martín mientras le mostraba las agujas de los campanarios entre las sierras y los bosques- Es preciso reconocerse tal cual uno es sin pretender encubrirse. El amor nos ha creado, y es mucho más de lo que nosotros podamos entender de él. La persona está unida a aquello

que ama. Por eso, no tengamos miedo a nada, el mismo Señor de Todas las Cosas ha querido hacerse débil con nosotros enviando a su hijo al mundo, y cada día envía espíritu para renovar la tierra que crece hacia él.
Mientras los vientos silbaban a sus pies llevando lluvia y semillas de una a otra parte, el territorio rural de la Francia de la Edad Media se iba vistiendo de frutos tras haber sido vestido de flores. Resultaba difícil pensar que aquellos pequeños núcleos poblacionales darían lugar a las grandes ciudades del país: Burdeos, con su puerto atlántico, Calais al norte, Arras- célebre por sus tapices que luego eclipsaría el flamenco Amberes-, Rennes y Brest en Bretaña, Montpellier cerca de los Pirineos, Dijon en Borgoña, Lemosin en Limoges, Estrasburgo en Alsacia y Metz en Lorena – cuyo nombre rememora al hijo de Carlomagno, Lotario- y Besançon en el Franco Condado. Si ya en la época romana la Galia era la provincia más próspera del Imperio, ahora París relevaría a Roma como heraldo de la civilización o Ciudad de las Luces hasta la Revolución Francesa, con la novedad del descubrimiento del Nuevo Mundo cuyas noticias daría España. El Hombre del Futuro relacionaba aquella Europa rural con la que surgiría tras la Revolución Industrial con sus máquinas transformadoras que harían posible la emancipación efectiva de aquellos siervos, siempre y cuando se respetase el medio y el principio de civilización que las había hecho posibles. Todo, pues, procedía del mismo origen. San Martín había plantado aquella semilla.
A los pies de los caminantes del las alturas, que recorrían leguas como si fuesen metros, merced al soplo de la energía espiritual, los ciclos de la naturaleza terrestre se producían, pero en aquel plano dimensional- un tanto superior en armonía a aquel en el que el Hombre del Futuro realizaba su misión cotidiana- había serenidad, y podía contemplar todo en su justa medida. El santo guía evangelizador de Francia indicó a su compañero una constelación que podía distinguirse en el cielo astronómico y cuyas estrellas brillaban con plenitud y podía verse a aquella hora del día: se trataba de la constelación de Géminis.
- En estos instantes- le comunicó el santo- sobre esa constelación avistarían esta parte del mundo los viajeros Dante Alighieri y su bella guía, después de que el poeta hubiese atravesado el infierno y el purgatorio en compañía de su admirado Virgilio. El poeta florentino escribió su visión del Más Allá de acuerdo con la perspectiva humana y terrestre, representando con signos concretos cosas trascendentes para hacerlas inteligibles como las figuras de las fábulas. De este modo, puso un ejemplo de aquello que la razón intuye pero no ve claramente debido a la limitación sensorial de la dimensión en la que se encuentra. Detrás de las figuras de ese teatro hay certezas expresadas admirablemente conforme al lenguaje humano, que es siempre limitado. La Rosa Mística es el universo, donde todo converge hacia el amor, el destino final de las criaturas.
El Hombre del Futuro se esforzó en mirar a aquellas alturas iluminadas tratando de encontrar al poeta en algún punto, pero solo

vio su invisible camino trazado a través del símbolo mental. A una pregunta que le hizo a su guía de Tours, este respondió:
- Al igual que un niño ve el mismo mundo que un adulto, pero reducido a su capacidad de comprensión, el hombre comprende el resumen del mundo que le proporciona su razón, y este basta para guiarlo en su senda. Vanos son los hombres que creen en vanas fábulas despreciando el consejo de su razón, y sabios quienes las interpretan obteniendo lo que ellas tienen de verdadero. A menudo el hombre se ve tentado a querer ser lo que no es, y esto le lleva a confiar en tales mentiras. El que desprecia lo pequeño, también se distancia de lo grande, pues cada cosa tiene su justo valor y ese – y no el fingido- es el que debe dársele para no caer en el error.
Santa Juana de Arco hizo una señal para indicar un descenso al mundo sensorial que estaba bajo sus pies. Ella y sus ángeles, como llamas de luz más brillante que la del sol, se pusieron al frente del grupo que avanzaba y se fueron aproximando cada vez más al suelo hasta avistar las murallas de una próspera ciudad por la que entraban y salían carros de animales y de hombres.
- Es París- le indicó el Santo de Tours a su compañero- Mucho ha prosperado desde mi primera visita, y mucho ha de prosperar hasta dar al mundo su legado civil.
A una pregunta de su compañero, Santa Juana respondió:
- No nos detendremos aquí. Lo haremos un poco más lejos, en Reims.
La prodigiosa perspectiva del grupo les permitió avistar al sur la Provenza Francesa con sus ciudades romanas Nimes y Arlés. Puesto que las distancias se acortaban extraordinariamente en aquella dimensión, en menos de un cuarto de hora- eso le pareció al viajero- llegaron a ver la fachada gótica de la gran basílica, descendieron hasta posarse sobre uno de los arbotantes que salían del ábside, y luego llegaban hasta el suelo, dieron la vuelta al edificio hasta encontrar la puerta principal que daba a Occidente, entraron y hallaron una gran procesión de guerreros rudos vestidos con lorigas y cotas de malla. Al frente de ellos, escoltado por nobles armados y adornados con filigranas de metal sobredorado iba un hombre alto con la barba muy larga atada con un cordón de oro. Frente a él, un presbítero con mitra lo aguardaba desde el altar que podía verse desde fuera.
- Este es el caudillo Clodoveo, príncipe de los francos- explicó Santa Juana de Arco señalando al guerrero que parecía recién salido de un combate a campo abierto- Acaba de convertirse al cristianismo, y se dispone a bautizarse en esta basílica. El obispo que lo aguarda en el altar es San Remigio, del que lleva nombre este templo. Su conversión traerá consigo la configuración de las naciones de Europa tras la caída del Imperio Romano. Todos los reyes posteriores, por tradición, vendrán a coronarse aquí.
El grupo se aproximó sin ser visto, mientras Santa Juana les señalaba un lugar donde sentarse para presenciar la ceremonia. El obispo San Remigio salió afuera, donde una enorme pila bautismal de mármol estaba llena de agua. El caudillo se desnudó de espalda para arriba mientras el arzobispo lo rociaba por la cabeza y le decía:

“Conviértete a la religión, oh bárbaro. Adora lo que quemaste y quema lo que adoraste”. Acto seguido le pusieron sus vestiduras y lo situaron de nuevo a la cabeza de su séquito, donde todos comenzaron a rezar el credo.
- Este hecho histórico ha sucedido mucho antes de la época en la que estamos- susurró el Hombre del Futuro a su mentor.
- Nos movemos en una dimensión atemporal- explicó San Martín sin dejar de mirar adelante- Mucho antes yo vine a evangelizar estas tierras, y después llegaron otros muchos: San Columbano, San Germán, Santa Genoveva. Clodoveo es el primer caudillo bárbaro convertido al catolicismo tras la caída del Imperio Romano. Este príncipe franco se convertirá en el primer civilizador de Europa, y esta dividirá en naciones y estados las antiguas provincias del Imperio. De él saldrá la primera dinastía de reyes de Francia, llamada merovingia por su padre Meroveo, después vendrá la Carolingia descendiente de Carlomagno- en la época del descubrimiento del sepulcro del Apóstol Santiago en España-, y por último la Capeta, que debe su denominación a la abadía consagrada a mi nombre.
Después de haber sido rociado con el agua bautismal, el caudillo y su séquito avanzaron hacia el interior de la catedral, donde, ya habilitado para entrar conforme a las costumbres eclesiales de la época, se disponía a asistir a la misa. Tras el séquito de los francos, otro pequeño séquito de guerreros de espadas más cortas siguió al primero. Parecían soldados romanos, pero sus lorigas y escudos, aparte de los yelmos que llevaban en la cabeza, los diferenciaban.
- Se trata del ejército de los godos- informó San Martín a su compañero absorto en la escena- Ellos fueron los primeros bárbaros romanizados, aliados del imperio desde tiempos del emperador Aureliano. Cuando el emperador Constantino se convirtió al Cristianismo, fueron convertidos a la religión cristiana, pero no a la doctrina católica, puesto que el obispo Arrio- su evangelizador- los convirtió a una herejía en la que no se reconoce la igualdad entre las personas de la Trinidad – el arrianismo-, confundiendo a los creyentes con una vana fábula. Estos fundaron el primer reino de España antes de que este cayera en manos de los musulmanes de Mahoma – el Moisés de las tribus árabes- y que después sería reconquistado por los reyes que saldrían de la dinastía fundada por el noble godo Pelayo. Asimismo, en Italia los godos fundaron otro reino, y de este modo este pueblo venido de Escandinavia se dividió – ya desde su emplazamiento en el Danubio- en godos del este u ostrogodos y godos del oeste o visigodos. En la época del reino visigodo de España floreció el docto San Isidoro de Sevilla, quien escribió la primera enciclopedia conocida: las Etimologías. No obstante, a pesar de haber sido evangelizados antes, los godos- tal vez influenciados por su herejía- no fundaron dinastías estables debido a la escasa autoridad del rey sobre sus nobles, y de este modo sus reinos no siguieron la sucesión pacífica de los francos, quienes llegaron a legar a Europa su primer derecho internacional.

A medida que el santo guía le informaba a su compañero de todo lo que veía, el grupo precedido por Juana de Arco y sus ángeles custodios se iba introduciendo en la Catedral y tomaba asiento en uno de sus bancos del fondo. Llegados a la homilía tras las lecturas, San Remigio impartió un sermón en latín describiendo la victoria de la religión lógica sobre la mitología pagana, expresando que los mitos de nuestra ciencia siempre son limitados frente a una lógica racional que nuestros sentidos no pueden abarcar por completo y que solo por medio de la verdad esencial que conoce nuestra razón puede demostrarse. Nuestros mitos nos muestran una parte de la realidad, pero nuestra razón nos prueba la existencia de un mundo superior al este imperfecto, que es su reflejo. Por fe sabemos que llegaremos a conocer lo que ahora nuestros sentidos nos muestran solo parcialmente, según revela- si bien por intuición se puede llegar a lo mismo- el Apóstol Pablo, primer evangelizador de los pueblos gentiles.

En la segunda parte de su sermón, San Remigio aludió a los hechos históricos contemporáneos a este acto, la transformación del Imperio Romano en un mosaico de naciones dispersas unidas por los tres pilares de la civilización: la ciencia griega, el derecho romano y la religión cristiana, la más próxima a la lógica natural que entiende el amor como valor absoluto. Explicó que la llegada de Atila el Huno con su ejército había desplazado a los pueblos bárbaros hacia el interior del Imperio cuya función histórica ya estaba consumada, y que estos habían ido ocupando por medio de tratados los territorios que darían lugar a las nuevas naciones. Prosiguió con que más tarde, Atila, derrotado por una coalición de romanos y de bárbaros federados, se había propuesto atacar Roma con los restos de su ejército, pero que el papa León III lo había detenido a las puertas de Rávena, y había acordado con él su retirada en paz.

Escuchando la homilía, el Hombre del Futuro se sorprendió varias veces de que aquel clero honesto y responsable en sus funciones pudiera haberse corrompido tanto siglos más tarde, hasta el punto de haber consumado crímenes al amparo de la Inquisición. Quería preguntarle a Santa Juana de Arco cómo podía asistir a la misa sin ningún recelo. No obstante, aguardó a que se celebrase la eucaristía en la que todos comulgaron para preguntar algo. Aquellos militares bárbaros y rudos eran los fundadores de Europa. Su conversión a la religión lógica y su asunción del derecho romano ponían la primera piedra de lo que más adelante se llamaría civilización mundial, y cuyos frutos serían la justicia social y el progreso humano. Se imaginó la Antigüedad, con las grandes civilizaciones que estudiaba la Arqueología – la Egipcia y Babilónica, donde había nacido la escritura y la historia social, la griega y la romana después para integrar los conocimientos de las anteriores- como un camino allanado hasta la era moderna en la cual la religión cristiana había traído consigo una transformación ideológica en la cual los pueblos ya no serían tribus con sus clanes familiares, sino los miembros de una gran familia de naciones que colaborarían en la construcción de un futuro común.

- He percibido su turbación durante la misa- dijo San Martín a su compañero- y he entendido la causa. Sepa que el ser humano es un ser imperfecto que tropieza muchas veces, pero que termina por hacer su camino. Dice el salmo bíblico que las generaciones son como hojas de hierba y que su gloria es como flor del hierba; las hojas se secan y las flores se marchitan, pero la gloria de Dios dura por siempre. Nuestro mérito es hacer lo que podemos con nuestras debilidades. Cómo entendió el mensaje evangélico el pueblo imperfecto, y cómo a través de esas imperfecciones se fue abriendo camino el progreso humano es la historia moderna. Constantino, emperador romano, se convirtió al cristianismo, fundó en Bizancio la nueva ciudad de Constantinopla y transformó el primer edificio civil en la basílica de San Juan de Letrán, sede del primer papado, además de edificar iglesias en los Santos Lugares donde habían muerto apóstoles y mártires. Teodosio, sucesor suyo, asumió la moral cristiana y prohibió los inhumanos espectáculos del anfiteatro de gladiadores que ideara Julio César para distraer al pueblo. Tras la caída del Imperio Romano, las naciones que aquí están representadas gobernaron Europa Occidental, cuando en la oriental todavía el Imperio subsistió por algún tiempo. Ya a partir del siglo XI, en la Baja Edad Media, el Papa desplazó el conflicto entre naciones hacia las Cruzadas para ocupar los Santos Lugares de la Jerusalén terrena que habían sido invadidos por los musulmanes. Religión y política se confundieron y el Papa pasó a ser un soberano igual que el Emperador y sus reyes. Entonces el trono y el altar se aliaron, y los enemigos políticos fueron combatidos tanto por el rey como por la Inquisición. Durante los siglos posteriores, esta confusión llevó a exigir una reforma del clero secular fundado por los monjes de San Benito, y este se hizo posible con las órdenes mendicantes de San Francisco y de Santo Domingo, misioneros de las tierras conquistadas por el poder político. En el siglo XIV – me provoca risa decirlo- la elección de dos papas al mismo tiempo produjo un cisma en la Iglesia Civil, que las recién fundadas universidades no supieron resolver sin realizar tantos concilios que a los soberanos les resultaba difícil asistir a ellos. Esta fue la Iglesia Civil que instituyeron los hombres en base a la Iglesia Ecuménica o Universal a la cual se pertenece por creencia y no por celebración de un rito. Pero aún así, el mensaje fue transformando la sociedad hasta volverla más racional y organizada, más humana en definitiva.
Al Hombre del Futuro seguía pareciéndole complicado el ver en aquellos brutos soldados que hablaban con dificultad el latín a los primeros europeos con cultura que luego habían llevado al Nuevo Mundo y a los continentes recién descubiertos el mejor modo de convivencia. Las espadas siempre le habían parecido algo escabroso, ahora comprendía que su técnica constituía el principio del desarrollo civil. La civilización había comenzado por ser un imperio militar para convertirse en el imperio de las leyes. Sin que dijese una palabra, Juana de Arco se dirigió a él con estas palabras:
- Todavía se encuentra conmocionado por lo que ha visto antes, se lo noto en la mirada. Sin el apoyo de los ángeles y de sus santos, este

mundo no podría mantenerse. Los hombres se enfrentarían entre sí hasta destruirse. Pero usted sabe que la Providencia lo ha dispuesto todo para buen fin. Estos pecadores se han convertido, y ahora un horizonte nuevo tendrán por delante. El camino es paulatino. Yo he adelantado un gran tramo para bien del porvenir. ¡Cuántos inocentes jan sufrido los abusos de los tiranos manipuladores! Por ellos he realizado ese milagro. Igual que Dios sopló sobre el barro para hacer al hombre, el espíritu sopla sobre la materia conduciéndola a su destino. Después de haber visto la conversión de Clodoveo, le mostraré las buenas obras del rey santo de Francia: Luis IX. Así sabrá que todo evoluciona hacia el bien a pesar de todo.

El Hombre del Futuro agradeció aquellas palabras que lo consolaron de sus dudas, cuando desde su en ocasiones manifiesta fragilidad emocional le costaba entender ciertas cosas. Sin que nadie los viera, los miembros del grupo salieron de la Catedral de Reims una vez terminada la misa, y se dirigieron hacia el París medieval de siglos más tarde.

Reinaba entonces en Francia el hijo de Doña Blanca de Castilla, el rey Luis IX, que luego sería canonizado como San Luis. Mientras caminaban por las calles de la ciudad de Reims, debido al efecto maravilloso del poder de los santos que lo acompañaban, quienes podían acercar todo aquello que precisaban, las campiñas de Turena con sus bellas abadías se desplegaron de pronto ante su vista. Pero al viajero del espacio-tiempo no le agradaba, a pesar de la magnificencia de los paisajes naturales salvajes y cultivados, el ver un paisaje humano de campesinos cargados de fardos y sometidos por los abusos, por las dolencias y por las culpas sociales, por las heridas y por las ignorancias. A lo lejos, sobre montes y collados, campeaban castillos y fortificaciones donde se escuchaba de vez en cuando tocar una trompeta o un cuerno, mientras la escena popular se desarrollaba en el llano. Mirando al horizonte, el viajero vio a un séquito de caballeros, escuderos y peones que pudieran evocar al Gran Roldán o a alguno de los Pares de Francia quienes, junto con otros legendarios personajes, formaban parte de romances y de relatos populares desde el Grial hasta el Quijote. El sonido del paso de los caballos, el tintineo de arreos y cencerros, la paz del lugar, lo transportaban a un idilio bucólico.

No recordaba el Hombre del Futuro por qué camino empedrado caminaban, cuando el tumulto vocinglero de una feria en la que se vendían desde telas de lujo hasta comestibles lo detuvo en su evocación. El grupo atravesó los puestos donde se hacinaban vendedores y clientes de toda clase: judíos con monedas volcadas sobre mesas, mercaderes de sedas y lanas rodeados de damas de la nobleza que acudían a mirar los paños, con perros de raza ladrando por doquier. Cuando el viajero empezó a sentirse un tanto fatigado en aquel despliegue de ruido y colorido, notó que atravesaban la puerta de la muralla de un gran ciudad.

- ¿Qué ciudad es esta?- preguntó a su guía de Tours, tras haber dejado atrás el tumulto humano de la feria de consumibles y también de vanidades.

- Es París- respondió su mentor.
- ¿París?- preguntó de nuevo- Me parece muy pequeño.
Antes de la Revolución Indutrial, París era menos que su vigésima parte. La muralla que rodeaba la ciudad, obra de Felipe Augusto y de la que se había burlado Rabelais en su Gargantúa, encerraba en su interior los barrios de Montmartre, Saint Germain y Saint Denis que constituían lo más representativo de la capital. Aún así, eran una gran ciudad para su momento. El Sena discurría en torno a la Ile de France, donde arquitectos, maestros de obra y canteros daban forma a las piedras con que se construían las enormes catedrales, obra maestra de la artesanía y del arte. Las calles estaban en su mayoría sin empedrar, y la falta de higiene de las clases bajas se dejaba ver en los rincones donde levantaban sus cabañas con techo de paja. A poco que entraron en el casco urbano, escucharon voces de pregón y ruido de instrumentos musicales:
- ¡Abran paso al Rey de Francia! ¡El Rey de Francia acaba de llegar de las Cruzadas!
Un enorme desfile recorrió de un extremo a otro la calle principal del distrito de Saint Denis. Al frente del cortejo iba un hombre de aspecto humilde, con el rostro despejado y alegre que llevaba la vara de la justicia en la mano derecha.
- Es el rey de Francia Luis IX, conocido después por San Luis- informó San Martín a su compañero.
El rey dijo unas palabras a un emisario que acababa de llegar. Acto seguido, entraron unos siniestros guardias que llevaban un contingente de presos cargados de cadenas. El rey apuntó con la vara de la justicia a los presos.
- Liberadlos- ordenó.
Su mandato fue cumplido y los presos fueron despojados de su cadenas, para inmediatamente después venir todos juntos a postrarse a los pies del caballo de su soberano.
- Hombres que sufrieron la injusticia de sus opresores y que fueron condenados por el abuso, no por la equidad, merecen ser liberados.
Varios de aquellos desgraciados indultados por la gracia del rey tenían el cuerpo pegado al suelo y otros tocaban los cascos de los caballos como si se tratase de reliquias adoradas de ese modo por la superstición popular. El rey ordenó seguir adelante mientras su pueblo aclamaba:
- ¡Gloria al rey de Francia, que libera a los oprimidos!
- Vamos a seguir al séquito un poco más adelante- declaró Juana de Arco mientras avanzaba.
El Hombre del Futuro se sentía cansado. Su guía le mostró unos caballos blancos atados a su palenque. Se subieron a ellos y prosiguieron la marcha siguiendo al séquito del rey sin que nadie advirtiese su presencia debido a su especial naturaleza. Todo cooperaba adecuadamente para que la misión del grupo pudiera ser realizada.
- Estamos demasiado alejados de la cabeza- reconoció la guía de Orleans volviéndose a sus compañeros- Deberíamos adelantarnos para poder presenciar la escena que hemos venido a ver.

- ¿Y cómo hacerlo?- preguntó el Hombre del Futuro mirando a todas partes- Una enorme multitud nos rodea.
Uno de los ángeles custodios de Santa Juana sonrió mirando al viajero del espacio-tiempo.
- Todavía no conoce la dimensión en la que se encuentra- declaró- Es el espíritu el que ordena la materia.
Después de decir esto, varias caballerías de la fila se retiraron para dejar paso al grupo. El pueblo amontonado en la calle también se retiró obedeciendo a un estímulo invisible. Al Hombre del Futuro le pareció el fenómeno natural de la marea al apartarse del litoral por efecto de la gravedad lunar.
A poco que se movieron, los miembros del grupo de misioneros del espacio-tiempo se situaron justo detrás de los guardias del rey. Al final de una de aquellas sórdidas calles de supervivientes entre harapos que darían lástima al ser humano más depravado había un edificio medio en ruinas, en el que se escuchaban gemidos de enfermos y marginados. Eran lamentos tan tristes que el Hombre del Futuro derramó lágrimas involuntarias. Pero antes de tener tiempo de conmoverse ante el horror de aquella miseria, pudo ver que el rey se había apeado y sus servidores le habían despojado de su armadura brillante para ornarlo con una vestidura de saco con cíngulo en la que el viajero reconoció el hábito franciscano. Después, él y sus servidores entraron en el edificio cuyas letras labradas en el friso formaban el rótulo: Hospital de la Caridad. San Martín y Santa Juana atravesaron las puertas con sus ángeles y extendiendo la mano aumentaron la fuerza corporal del Hombre del Futuro como si este acabase de comer copiosamente. Dentro del edificio un enorme refectorio lleno de pobres y de enfermos sentados a la mesa pudo presenciar el espectáculo de ver a un rey vestido de fraile repartiendo platos abundantes de comida. Tanta hambre tenían algunos, que tragaban la sopa volcando el plato sobre sus pechos.
Al terminar el banquete de los pobres, el rey habló así para sus súbditos:
- La religión y la humanidad me motivan a alimentar a estos pobres como Nuestro Señor hizo cuando vino a redimir al mundo. Tiempos vendrán en que sus descendientes gozarán de derechos y de libertades. Tales deberes son primordiales para los soberanos, el asistir y ayudar a su pueblo, especialmente a los más necesitados. Ningún otro mandamiento moral tiene prioridad sobres este. Son los miembros lastimados de nuestro cuerpo, los que hacen que todo él se resienta de dolor. Estas son las hazañas que engrandecen los reinos, no el enfrentamiento ni la guerra. Este es mi legado para los tronos del porvenir.
Una gran aclamación siguió a este sencillo discurso.
- Tales reyes son una bendición para su pueblo- se oyó una voz que habló en nombre de todos.
Después de abandonar el Hospital, el grupo de misioneros siguió al séquito del rey en dirección a su palacio donde lo aguardaban soberanos de toda Europa que acudían a pedirle consejo. Una trompeta seguida de la voz del pregonero anunció la llegada del

Emperador de Alemania. En la Edad Media y tras el tránsito de Carlomagno, e árbitro de las jóvenes naciones que iniciaban en solitario la tarea civilizadora era el llamado – aunque en otras circunstancias- sucesor de los emperadores romanos, y cuyo título correspondía al emperador germano, el soberano más poderoso de Occidente. Francia Alemania, la una centralista y la otra federada, se unían para contribuir a la construcción de Europa, cuyos principios de organización social se extenderían por el resto del mundo, en especial a partir del descubrimiento de América por parte del almirante Cristóbal Colón. De las escuelas catedralicias surgían las universidades, la más antigua de las cuales- la de Bolonia- había nacido para estudiar un libro recién descubierto, el código en el que se recopilaba todo el Derecho Romano conocido, obra del emperador de Constantinopla Justiniano. Los valores culturales que hacían posible la civilización occidental – y también la futura civilización mundial- formada por la convergencia de las tres aportaciones de Grecia, de Roma y de Judea estaban haciendo posible el desarrollo humano posterior: el humanismo que elevaría la dignidad de la persona a derecho inherente a todo ser humano, para que la ciencia y la técnica se desarrollasen en pro de la convivencia, la base de todo avance consiguiente.

Modesto entonces era el palacio del rey, hermoso, pero no ostentoso, un fuerte en cuyas proximidades estaban edificando una capilla. El Hombre del Futuro no pudo registrar en su memoria los lugares por los que pasaban. Se encontraba en un estado de ensoñación en el que le costaría distinguir entre la vigilia y el sueño, pues era la primera vez que transitaba en compañía de aquellos santos acompañados de sus ángeles. No obstante, era consciente de todo, como es propio en aquellos que saben lo esencial.

El Emperador de Alemania, a caballo y en compañía de su gran ejército reducido para entrar en la ciudad, aguardaba al rey de Francia a las puertas de su palacio mientras admiraba la construcción de la nueva iglesia. El protocolo de Corte hizo que los dos soberanos se saludasen enarbolando sus banderas para acto seguido intercambiarse regalos. No era de extrañar que un soberano tan poderoso como el Emperador de Alemania hubiese sido nombrado por el papa sucesor de Carlomagno y de los Emperadores Romanos, y sus dominios llamados con el genérico título de Sacro Imperio Romano-Germánico. Tampoco resultaba difícil de entender la facilidad con la cual este emperador y el Papa, confundidos los poderes temporal y espiritual- esto es, civil y eclesiástico- desde la donación de Constantino del primer territorio pontificio al papa, hubiesen iniciado un conflicto político que duraría toda la Baja Edad Media, que condenaría al papa Gregorio VII al destierro y que solo se mitigaría con la colaboración conjunta de ambos soberanos en la tarea presuntamente civilizadora de las Cruzadas. Este conflicto, llamado Querella de las Investiduras, era consecuencia de la transformación del clero en un grupo político y en un estamento social análogo al de los señores feudales. Si esta confusión puede entenderse por labor civilizadora, solo se explica porque finalmente

llega a tener este resultado a pesar de los errores de quienes la llevan a cabo, porque la Cruzada acaba por convertirse en el recurso para llevar los principios de la civilización a las nuevas tierras que se descubrirán y se colonizarán más adelante, algunas de las cuales no fueron conocidas por los antiguos, y que son designadas como Nuevo Mundo. Estas tierras nuevas serán evangelizadas por primera vez a partir de un permiso eclesiástico denominado la Bula de la Cruzada. Portugal abrirá una ruta comercial con la India, y España lo hará con América, y los indígenas de ambas tierras recibirán los principios de la convivencia. A pesar de todas estas imperfecciones y errores del hombre, el progreso humano se irá fraguando entre grandes conflictos de intereses.

Envuelto en la circunstancia, al Hombre del Futuro le costaba distinguir aquel templo que se estaba construyendo, cuando un emisario con armadura vino a iluminarlo.

- Señor- dijo dirigiéndose al rey de Francia, después de haber hecho una reverencia a ambos soberanos- El rey Balduino de Jerusalén, que todo le debe a vuestra majestad el rey de Francia, ordena donar a vuestra corona la reliquia más importante de las que existen. Se trata de los restos de la Corona de Espinas de Nuestro Señor Jesucristo, Redentor del Hombre, que Santa Helena, madre del Emperador Romano Constantino, custodió celosamente y que pertenece al patrimonio de todos los pueblos, a quienes fue dirigido su mensaje. A vos ha ordenado entregarla, no ya porque Francia haya sido la primera en conquistar el territorio a los infieles que promueven contiendas inútiles de la mano del maestre Godofredo de Bouillón, ascendiente del rey actual, sino por las virtudes personales del presente rey de Francia, hombre piadoso y consejero de reyes, quien ha colaborado mucho en la conquista de Tierra Santa con su misma persona, siendo el soberano que más ha hecho por esta causa desde la proclamación de la Bula de la Cruzada por el Romano Pontífice.

El rey Luis IX recibió de manos del emisario un cofre de madera de cedro con filigrana de oro que contenía los restos de la Corona de Espinas. A continuación, tomó la palabra y dijo:

- Mucho agradezco al rey de Jerusalén este tan valioso presente que no puede compararse con ningún otro. Si todo lo que tiene valor en sí es el bien espiritual, como dejó dicho Nuestro Señor, el bien temporal que a él se remite es su símbolo para los pueblos. Por eso este símbolo será custodiado por la nación francesa en este relicario de vidrio y piedra que he ordenado construir y que se llamará la Santa Capilla de París. Patrimonio es de todos los hombres esta reliquia, y esta nación allanadora de caminos de concordia es la encargada de custodiarlo.

Después de haber escuchado esto, el Hombre del Futuro recordó que el sonido de yunques y martillos de los obreros de la capilla se confundía en su cabeza con el sonido de las palabras que San Martín pronunció a su oído.

- El mensaje del amor triunfa sobre este mundo imperfecto y lo conduce a su destino humano. Nada temas, hombre que has venido a

presenciar el testimonio de los tiempos. El pecado y su mentira no triunfará sobre ti, alcanzarás la felicidad, tu tierra prometida. Aunque el rencor, el miedo y la ira se adueñen por momentos de tu debilidad animal, el soplo de inteligencia que hay en ti no te dejará caer. Dios puede limpiar todos tus pecados. Solo tienes que creer. Has presenciado el misterio de caridad de Santa Juana de Arco y has visto su milagro. Has conocido también la virtud de un rey santo promotor de los valores de cultura que dan lugar a los principios de convivencia que impulsan el progreso humano o civilización. Ya ves cómo el amor de Dios nunca abandona al hombre. Asperge me, domine, et mundabor / Lavabis me, et super nivem dealbabor. No te avergüences de ser un pecador y comprende el significado de las palabras de este salmo. ¿Acaso no quieres ser feliz? Todo lo que nos daña es ignorancia. Si no has encontrado tu plenitud, ten por cierto que la hallarás, pues su semilla la llevas contigo. No temas nunca, y espera siempre en la verdad. Este es el único consejo que te doy. Cuídate, aprende y sé feliz.
Dicho esto, el Hombre del Futuro sintió sueño y se tendió sobre una superficie mullida como una cama, después visualizó el interior de la Santa Capilla y a su maestro Víctor Hugo como en el momento de haber dejado atrás su época, luego alguien que conocía muy bien lo besó en la boca, y así permaneció descansando un tiempo hasta que se despertó.

PARTE TERCERA

La galera caminaba sobre el mar. Toda una selva de aparejos emergía de las aguas ondulantes. Pero el hombre que viajaba en la capitana era qun ien estaba de pie sostenido por su destino. La tripulación que iba a bordo podía resumirse en el marinero que enseñaba a leer el evangelio a un indio y a su familia que descansaban sobre un barco de cubierta. Los heraldos negros, como los había llamado César Vallejo, escondían las espadas detrás de sus biblias. Los civilizadores de los pueblos de ultramar eran tan bárbaros como los recién descubiertos indígenas.
Alguien había en cubierta que andaba como quien lo hace sobre el mismo mar. Iba vestido de otra manera a como lo hacían los miembros de la tripulación de aquella cáscara de nuez calafateada con brea y sacudida por los impactos bruscos del viento contra el velamen. Lo acompañaba un fraile con la cabeza tonsurada que indicaba con la mano los cuatro puntos cardinales:
- Los dos descubridores de la Edad Moderna, en la que se encuentra ahora, han sido el Almirante Cristóbal Colón y el defensor de los derechos de los indios, el padre Bartolomé de las Casas. Esos dos faroles alumbran el mar de los límites superados por la ciencia del hombre en búsqueda de la sabiduría de Dios. Atrás queda la Edad Media y su símbolo seminal, y este es el desarrollo de su planta. En la pinacoteca del periodo clásico que aquí se se inaugura se expresan todas estas ideas en el empirismo y en el idealismo que representan

los lienzos de Rubens y Rembrandt, respectivamente, en las dos Holandas Alta y Baja; de Velázquez y de El Greco, en España; de Caravaggio y de Rafael, en Italia; de La Tour y de Poussin, en Francia; de los dos Holbein y de El Bosco, en Alemania, como ejemplos más notables que expresan los referentes entre el idealismo de Miguel Ángel y el empirismo de Leonardo Da Vinci.¡El empirismo y el idealismo, esas dos fuentes para ver el mundo, la primera partiendo del a inducción de los sentidos y la segunda de la deducción del intelecto, ya manifiesta en los principios de la filosofía clásica como la disputa entre Aristóteles y Platón, que en el fondo representan lo mismo visto desde la doble dimensión humana física y metafísica. Mozart y Beethoven serán sus dos referentes en composición musical más tarde. ¡Las ideas se abren camino entre las ignorancias de los hombres! Este límite físico de los mares está siendo superado, pero, ¿las pasiones humanas que sirven de máscaras de teatro - como puede apreciarse en Shakespeare-, no superan tantas veces a los animales racionales? ¡Estos se han olvidado de su misión! Como para confirmar sus palabras, su interlocutor miró a unos oficiales que daban instrucciones a unos miembros rudos de la tripulación acerca de unos esclavos negros que permanecían atados con cadenas. Eran conducidos hacia las Indias Occidentales.

- ¿No son esos hombres también?- preguntó el viajero caracerístico al fraile.

- Son las manos y los pies del Nuevo Mundo, quienes permitirán que sus heraldos lleven la noticia- respondió escuetamente el fraile ensimismado.

- ¿Esclavos?- se sorprendió el viajero- ¿Otra vez bajo el cristianismo de la Era Moderna? ¿Qué ha aprendido la humanidad entonces?

- La humanidad aprende despacio- le contestó su interlocutor mirando a proa- Pero la sabia providencia se sirve de sus errores para llevarlos a la verdad, como podemos leer en la historia de redención de los hijos de Adán por media de la obra de Cristo.

Al viajero le parecía que aquella caverna cinematográfica se volvía tenebrosa por las culpas de los hombres, como un cuadro barroco, pero era solo al verla de cerca. Si conseguía despegar sus sentidos del fenómeno social, le parecía atravesar otra región más del tiempo que lo conduciría a su destino. Estaba aquí para percibir una manifestación más de aquel tesoro que tenía que llevar al futuro.

El fraile mostró un rostro que le parecía semejante a la estampa que había visto impresa en un libro. España mostraba entonces su Siglo de Oro a las naciones, como aquel al que Virgilio se había referido en su Cuarta Bucólica, hablando del esplendor del legado de Roma. Se habían abierto las rutas de los mares a los pueblos separados por sus tierras distantes en el espacio, y el papa había dividido el orbe entre dos naciones europeas, entre España y Portugal, para que por medio de su bula el mundo fuese evangelizado. Era un papel en el ciclo social, nada más, el desarrollo de un principio de pensamiento. Los misioneros de todas las órdenes religiosas, en particular franciscanos y dominicos, y también jesuitas, serían quienes llevarían a cabo este

heroico relevo. El papado era una institución cada vez más poderosa desde que el emperador romano Constantino le asignara al sucesor de San Pedro la basílica de San Juan de Letrán en Roma, y ya en la Edad Media había alcanzado características de Estado arbitral cuando el germano Pipino le había conquistado en Italia los primeros Estados Pontificios. En el siglo XIV, la lucha por el poder había provocado el Cisma de Occidente enfrentando a tres papas elegidos por concilios diferentes, y ahora Alejandro VI demostraba su corrupción frente a los principios de conducta de sus antepasados mártires, como San Dámaso o San Gregorio Magno, al pretender fundar un imperio en Italia por medio de su hijo natural César Borgia. En este contexto, no era de extrañar que surgiesen voces de protesta frente a quien concedía indulgencias a cambio de donativos comerciando con la religión, las voces de Lutero y de Calvino, promulgadores de la de la docrina cristiana protestante frente al interesado dogma católico. Las naciones del norte de Europa empezaban a emanciparse al escuchar estas voces, preludiando un desarrollo posterior como motores de la Revolución Industrial. Esto preocupaba a reyes y a emperadores, en especial al más poderoso de ellos, Carlos I de España y V de Alemania, quien veía desmembrarse su imperio en el que no se ponía el sol. Los estados europeos, surgidos a partir de la desintegración del Imperio Romano a comienzos de la Edad Media,competían entre ellos por dominar su entorno, sin apercibirse de que su verdadera labor histórica era construir un puente para el desarrollo de las libertades humanas, o lo que es lo mismo, para extender a todos los pueblos oprimidos por la ignorancia los principios de la civilización. Los Reyes Católicos Isabel y Fernando de España- que habían unido en sus enlaces los reinos de Castilla y de Aragón- habían creado un estado fuerte, terminando con la opresión de la nobleza y terminando la labor de la Reconquista con la toma de Granada a los musulmanes. El papa les había concedido el título de católicos para que llevasen la Reconquista Cristiana más allá de España, al Nuevo Mundo que el Almirante Cristóbal Colón había descubierto en 1492.

El Descubrimiento de una región geográfica desconocida para los estudiosos de la Antigüedad había despertado el humanismo en las naciones de Europa y se había convertido en el acontecimiento más importante, que cambiaría la faz de la tierra y haría posible el desarrollo de la civilización por medio de los metales preciosos y de las nuevas especies animales y vegetales que permitían el milagro de la revolución científica, del pensamiento crítico de la Ilustración Enciclopédica y de la Revolución Industrial. Todo ello era el desarrollo de un pequeño principio lógico: la medida racional del mundo es la misma en todas sus partes y el mensaje de la redención del hombre por medio de sus acciones es la misma para todo el género humano.

Ya Marco Polo, en el siglo XIII, había abierto a Europa la Ruta de la Seda con China, monopolizada hasta entonces por los musulmanes, y a principios del siglo XV, los navegantes portugueses habían explorado y desarrollado la Ruta de las Especias hasta llegar a la

India bordeando África en 1494, hazaña que narraban "Los Lusíadas" de Camoens. Ahora, la nueva ruta de los metales desarrollaría en poco tiempo aquellas jóvenes naciones que en el 476 se habían escindido del Imperio Romano. Las hazañas del Cid Campeador traspasaban fronteras, los caballeros de la Reconquista llevaban a las civilizaciones antiguas que todavía realizaban sacrificios humanos el mensaje universal del amor, promulgado por el Redentor de la Humanidad. Hernán Cortés conquistaba el Imperio de México, y Pizarro el Imperio de Perú. El Emperador Carlos I de España y V de Alemania condensaba la labor de muchas generaciones de monarcas, desde que Don Pelayo, aquel noble godo, se atreviese a resistir a las tropas musulmanas con unos cuantos valientes en la sierra de Covadonga. El nieto de Fernando el Católico- el modelo del rey prudente de Maquiavelo- engrandecía el imperio terreno para la expansión de la civilización en las tinieblas, mientras un Siglo de Oro surgía incluso en la decadencia que sucedió a su grandeza, provocada por la anulación de los malos ministros. La cultura alcanzaba su mejor época con las plumas de Cervantes, de Luis de Góngora, de Lope de Vega, de Quevedo,de Calderón de la Barca,de sus precursores Garcilaso de la Vega y Fray Luis de León, introductores de los metros italianos del Renacimiento que emplearon Dante, Petrarca y Bocaccio. Nuevos misioneros y santos continuaban las huellas de Francisco de Asís y de Domingo de Guzmán, como Ignacio de Loyola, fundador de la Orden de la Compañía de Jesús, los místicos poetas Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, reformadores de la orden carmelita, o San Francisco de Borja, quien renunció a la nobleza para dedicarse a propagar el mensaje cristiano entre los gentiles.

Pero la religión, ¿podía admitir guerras? Moros y cristianos se habían enfrentado primero, y ahora lo hacían católicos y protestantes. Eran los intereses los que luchaban, como en todas las fases de la Historia, hasta que el ideal terminase venciendo para allanar el camino a la manifestación ignota de la verdad. Los acontecimientos se proyectan desde el futuro, siguiendo la frase de Goethe, porque el futuro es el espíritu del pasado sin la confusión del presente, es la tierra prometida para la inteligencia humana.

El espacio ya no era un límite...

- El hombre que pintó la Capilla Sixtina, o su bóveda principal, me refiero a Miguel Ángel- continuó hablando el elocuente hombre de su época mientras ambos caminaban por cubierta- condensó los principios del humanismo que se enuncian en la doctrina cristiana: "Habrá un solo rebaño y un solo pastor". Paganismo y judaísmo convergen en la Religión del Amor. En la bóveda está pintada la creación del mundo, y su culminación, la creación del hombre, animal racional destinado a unirse a la inteligencia de Dios. A ambos lados del tema central, los profetas del judaísmo y las sibilas del paganismo profetizan la finalidad de los tiempos, evidente destino bueno presente en la sabiduría de su creación. De frente, en el ábside, el juicio del Pantocrátor que ha de ser redención para nosotros aparece con la grandeza de su majestad, el Verbo

Encarnado Rey del Universo, rodeado de ángeles y de santos, cuyos cuerpos vigorosos simbolizan el vigor de sus almas. La redención por medio de la inteligencia del amor es para todos los hombres. ¿Por qué, entonces, se toleran las guerras de religión? ¿Qué confesión religiosa es la verdadera y dentro de cada confesión, qué rama es la que se debe seguir? ¿Es preferible una mezquita o una catedral? Yo se lo diré con el evangelio en la mano: "el hombre es un templo del espíritu". Todas las religiones hablan de lo mismo, pero no todos los cultos son igual de aceptables. Aquellos que respetan la dignidad humana en todas sus formas, prevalecen sobre aquellos que consagran el abuso de sus sacerdotes. La religión abre el camino de la filosofía, y la filosofía abre el camino del derecho. De este modo luchan entre sí los principios y solo prevalecen aquellos que se sostienen en la verdad.
- ¿Quiere decir que la religión musulmana, que en la Edad Media amenazó con invadir Europa, pierde puestos en la Edad Moderna frente al cristianismo, que ocupa las plazas en el mundo que antes ocupaban los musulmanes?- hizo la pregunta el interlocutor de otra época, sin temblar ante los vaivenes de la nave zarandeada por el viento.
- Compruebe usted- continuó su elocuente contertulio- si los hechos históricos demuestran o no este principio. La Ruta de la Seda, itinerario por tierra que trazó Alejandro Magno en su conquista de Asia, era hasta el viaje de Marco Polo exclusivo monopolio de los musulmanes de Mahoma- el Moisés de los árabes monoteístas-. De ahí llegaron el papel y la seda, por ejemplo, a tierras europeas, y ahora los mares se han abierto, de manera que los europeos de la Edad Moderna superan en comercio a los musulmanes. Los mahometanos se han replegado a Turquía, conquistando el Imperio Romano de Oriente o Bizantino, y cambiando el nombre de su capital, Constantinopla, por Estambul, quedándose con un dominio parcial del Mediterráneo, que durará hasta que el emir Solimán el Magnífico sea vencido en Malta por los Caballeros Hospitalarios. La ciudad fundada por Constantino es tomada en 1453, marcando el comienzo de la Era Moderna - así lo recoge el historiador ilustrado Cristóbal Celarius- y la ciencia tendrá mayor peso en las jóvenes naciones europeas.
Los descendientes de Ismael, hijo ilegítimo de Abraham, unieron sus tribus en el siglo VII mediante su líder civil y religioso pretendiendo imitar la unión de tribus de Israel, descendientes de Isaac, el hijo legítimo del patriarca. Esta situación sirvió para unir a las jóvenes naciones europeas nacidas de la escisión del Imperio Romano de Occidente en una empresa común. Primero, los musulmanes fijarán su capital en Medina, la ciudad en la que predicó Mahoma, después se trasladarán a Damasco con el califato Omeya, más tarde a Bagdad con el califato Abasí, con los Selyúcidas continuará en Bagdad y finalmente llegará hasta Estambul con la dinastía Otomana, hasta que el poder musulmán, cuyo líder espiritual es también su líder civil- costumbre en religiones primitivas- vaya declinando y se divida en sistemas locales que amparen hábitos aislados. La cristiandad se

irá fortaleciendo entonces, cuando la ruta del desierto sea reemplazada por la ruta de los mares, pues las naciones de Europa no podrían unirse en esta época sin la influencia de la unidad musulmana. Las cruzadas medievales serán ahora cruzadas de evangelización en el Nuevo Mundo.
- ¡Y cuánto abuso se producirá entonces, como se produjo en las cruzadas!- exclamó el hombre de otra época señalando la vela mayor con un bastón de roble- Recuerdo lo que hizo Ricardo Corazón de León en Jerusalén con los presuntos infieles, que no eran musulmanes sino judíos. Guerras horribles, horribles crímenes. ¿Qué pasará ahora en América con los indios? ¿Serán los Alvarados, Sotos, Corteses, Coronados, Pizarros, Almagros, mejores de lo que fueron los Luises y los Ricardos?
- Primero se producirán todas esas cosas para contrarrestar las que se venían produciendo hasta entonces por civilizaciones aún demasiado bárbaras que realizaban sacrificios humanos. Después todo alcanzará su meta cuando por efecto de las reivindicaciones del padre Bartolomé de las Casas se proclamen los Derechos de los Indios, con las Constituciones de Francisco de Victoria, normas de Derecho Canónico promulgadas desde la Universidad de Salamanca. Ahora llegarán los conquistadores, castellanos rudos que mostrarán la espada antes que la Biblia, que someterán a las naciones bárbaras bajo un yugo bélico. Instituirán las Encomiendas para la educación y evangelización de los indios, pero estos se convertirán en feudos que ampararán toda clase de abusos en ausencia de los ministros de la Corona. La lumbrera de la religión, el autor de "Brevísima relación de la destrucción de las Indias" enviarán sus crónicas al emperador Carlos I de España y V de Alemania, hasta que finalmente el soberano decida la abolición de tales instituciones. Después de que los navegantes reconozcan el territorio, los nuevos ejércitos de Roma pondrán nombre a las tierras (me refiero a las armadas y huestes acaudilladas por los españoles, herederos del legado de civilizado de Roma, a pesar de su leyenda negra, heraldos de aquellos principios). Hernán Cortés conquistará el Imperio de Moctezuma en México, y Pizarro el del Inca en Perú. Cabeza de Vaca explorará el Golfo de México en el territorio de los futuros Estados Unidos, Hernando del Soto descubrirá el Mississipi en el mismo territorio, Coronado llegará a California, Almagro a Chile, Alvarado a América Central, Pedro de Mendoza al Río de la Plata. También Portugal descubrirá el Brasil con el almirante Álvarez Cabral, ya que no solo será el primero reconocido en bordear el continente africano para llegar a las Indias Orientales.
- Según la Bula de la Cruzada para los Descubrimientos- apuntó su interlocutor observando una masa de niebla que ocultaba parcialmente la arboladura del barco- mitad de los descubrimientos ultramarinos del globo se adjudican a España y otra mitad al resto de Europa. No obstante, Portugal firmará con España un tratado- el Tratado de Tordesillas- en 1494, que correrá la línea de demarcación de los descubrimientos 370 leguas al Oeste de la isla de Cabo Verde y hará que Portugal ocupe la zona de influencia opuesta a España y

reservada al resto de Europa. Francia saldrá luego a escena con aquella demanda de Francisco I invocando el supuesto Testamento de Adán en la que se podría informar más justamente del primer reparto del mundo hecho por el primer hombre. Consituirá un impulso para el resto de las naciones europeas, las cuales llevarán los derechos a los pueblos indígenas. La religión cristiana es la primera en condenar la esclavitud, puesto que durante el Imperio Romano se reconocía, como durante toda la Antigüedad, que la división fundamental entre los seres humanos consistía en que unos eran libres y los otros esclavos. Todos los conquistadores llevarán estos principios, a pesar de todo, en su propio lenguaje y hasta en la suela de sus zapatos.

- ¡Viajeros, deben abandonar la cubierta, estamos maniobrando con mucha niebla, pueden vuestras mercedes observar desde el Castillo de Popa, si lo desean, pero aquí no pueden estar, no alcanza el espacio para las faenas de los marineros!- les anunció a los interlocutores el contramaestre de la nao, un oficial con gorra y casaca azules.

El mar estaba en calma y el viento apenas soplaba, la nave se había detenido en el espacio y la niebla obligaba a la tripulación a emplear faroles en cubierta. Ambos contertulios se refugiaron en el lugar indicado. Una mujer bien vestida, con su dama acompañante, estaba sentada en un banco del fondo. Su rostro era hermoso y sus ojos claros. Parecía la esposa de un oficial. Estaba leyendo un libro, tal vez un breviario, mientras un religioso con el hábito franciscano le repetía en voz alta las letanías de la Virgen.

Los dos contertulios prosiguieron la conversación interrumpida ajenos a su entorno, como si procediesen de una dimensión distinta.

- Debemos estar a pocas leguas del Puerto de la Vera Cruz- le informó el contertulio a la moda de su época al otro que parecía proceder de otra posterior- En estos barcos suceden estas cosas, pero no se preocupe, su sitio está destinado, y esta gran nave equivale a un decorado de teatro en la dimensión en la que nos movemos... Repasando el espíritu de esta Edad Moderna, piramidal de sombras con sentido- lo digo evocando cierta expresión de los versos de Sor Juana Inés de la Cruz, primera poetisa mexicana y digna alumna de Góngora- continuó con estos valientes exploradores, con estos nuevos Escipiones que a veces serán bárbaros como lo fueron sus imperfectos educadores, porque si el viaje de Colón tenía el propósito de llegar a las Indias Orientales de Japón y de China bordeando el globo- error que le llevó a pensar, al llegar a tierras antillanas, que se entrevistaría con el Kan de China, el mismo con el que se entrevistó Marco Polo-, también el de los europeos que siguieron sus pasos deseaba hallar esa ruta, y por ello los franceses Cartier y Champlain llegaron a Canadá, y inglés Henry Hudson dio nombre al río que desemboca en Nueva York y a la bahía que también lleva su nombre, haciendo posible que siglos más tarde las colonias de los futuros Estados Unidos hablasen inglés.

En época de Jacobo I de Inglaterra,arribaron los Pilgrim Fathers, puritanos exiliados, al puerto de Plymouth en Massachussets, dando

lugar a la primera colonia inglesa en el territorio que será estadounidense. Si ya en el siglo X el vikingo Leif Eriksson, coronando la obra de su antecesor Erik el Rojo- el descubridor de Groenlandia- llegó a las Costas de Terranova,a las que llamó "Tierra de Viñas", no fue su hazaña tan útil a la civilización puesto que no llegó a colonizar efectivamente esas tierras. Después de los conquistadores vendrían los misioneros. San Francisco Javier evangelizaría la China Imperial- el Egipto de Oriente- que había tenido contacto con el cristianismo en el siglo VII - por haber albergado a los herejes cristianos de la doctrina nestoriana, que junto con la arriana y la monofisista dominaron los primeros tiempos del Cristianismo-, el jesuita Mateo Ricci -traductor de las máximas de Confucio- llegaría a vivir en el palacio del Emperador. Las últimas dinastías de las veintidós que tuvo la China Imperial hasta la - proclamación de la República comienzos del siglo XX, tendrían contacto con el Cristianismo, como antes lo habían tenido con el Budismo- más que religión, filosofía ascética- y a este lo llamaron por la semejanza de sus preceptos humanísticos y ecuménicos, "el Budismo de Occidente".
- Todo esto debió de suceder también para que ahora nosotros nos hubiéramos encontrado en el presente simbólico de la Cultura Universal, virtud procedente del pasado y yo del futuro, sobre este barco que es, con toda su complejidad, el escenario del progreso del espíritu humano- confesó el hombre de la americana y el pantalón al hombre de la casaca y los calzones- Podría continuar con el Capitán Cook en el siglo XVIII y su descubrimiento y colonización del hemisferio austral oceánico, o con Vitus Bering, descubridor del estrecho del mismo nombre, o con Tasman en el sur de Oceanía, o con Barents en el ártico, o con Wilkes en la Antártida, por no hablar de las misiones del Dr. Livingstone en la África del nacimiento del Nilo, evangelizador este último de los condenados a esclavitud por las tribus árabes, el mismo que hablaba de la esclavitud como "la herida abierta del mundo". La verdadera civilización se basa en la expansión de unos principios de libertad y seguridad entre todos los hombres. Para ese fin sirve la técnica y todo lo que sale de ella. Es ese el sentido de la ingeniería social.
- Salve Regina, Mater misericordiae - rezaba en voz alta la dama del breviario guiada por la voz del fraile.
- Se está desencadenando una tormenta, por eso rezan la dama y el hermano- dijo casi murmurando un oficial de la tripulación que había entrado en ese momento en el Castillo de Popa- Vuestras mercedes debieran hacerlo también en lugar de estar ahí platicando de esas tonterías- anunció dirigiéndose con cierta descortesía a los dos contertulios.
El hombre de las calzas le hizo una seña al hombre de otra época, indicándole que no debía tener en cuenta lo que decía aquel ignorante. En efecto, los marineros se habían refugiado en bodegas, y algunos de los oficiales empezaban a entrar en el Castillo de Popa, mientras destellaban los relámpagos en el cielo, iluminando de pronto los objetos y haciendo retumbar el cielo con sus truenos.

- Interesante espectáculo- declaró el contertulio de las calzas mientras sonreía.
- Le parecerá a vuestra merced interesante- replicó el oficial que antes había hablado, esta vez delante del Capitán- Pronto empezará a inundarse la cubierta, el barco zozobra como una cáscara de nuez movida por una cuchara en el agua, puede que se rompan varios mástiles, por no decir que se rasguen las velas mayores, e incluso puede ocurrir que se inunden los compartimentos y que vayamos a pique.
- Puede que vuestra merced se equivoque- lo corrigió el contertulio de las calzas- Puede que no conozca la matriz de providencia en la que nos movemos y que esto es solo un efecto, además provocado en este caso.
- Sí, debiera vuestra merced, señor vigía, dedicarse a no hacer pronósticos sobre lo que no conoce- lo acompañó en su opinión el Capitán, un veterano versado en tan dura ciencia como lo es la navegación- He visto muchas tormentas como esta, y me hago idea de su alcance. Opine mejor sobre lo que sabe, y no haga juicios sobre lo que ignora.
- Como vuestra merced diga- reconoció con enojo reprimido el oficial- Vuestra merced es el Capitán. Yo no hago más que informar, y si he de callarme, lo haré, aunque no siempre esté equivocado.

Nada más había terminado de disculparse el oficial aleccionado, cuando se oyó un tumulto bajo el barco, y apareció en cubierta el contramaestre con varios mandos que llevaban aherrojados a cinco hombres mientras otros transportaban en camilla a un individuo macilento que vestía una ropa manchada de sangre.
- Deprisa, un médico- ordenó el oficial- Ha habido una pelea en bodega. Estos recibirán el correctivo indicado por el Capitán.
- Cien latigazos para cada uno y vigilancia continua en calabozo- ordenó el Capitán desde el Castillo de Popa- ¿Cómo se atreven a amotinarse aprovechando la tormenta? En seguida, ¡traigan al médico!
Introdujeron la camilla en el Castillo de Popa, donde los oficiales ya habían desalojado a la dama y al fraile enviándolos a sus camarotes, y allí mismo apareció el facultativo, un hombre enjuto y seco que declaró nada más ver al enfermo:
- Está grave.
Se oyó otro tumulto de pronto en cubierta, donde ya la tormenta había arrancado de cuajo las velas mayor y de mesana.
- ¿Qué ocurre?- gritó el Capitán sacando el sable y haciendo una seña a los oficiales- ¡Tripulación a sus puestos!
- ¡Un motín! ¡Un motín!- gritaron los contramaestres - ¡Al arma, al arma, deprisa!
Como fieras salvajes aparecieron varios marineros que sujetaron a varios oficiales, pero los amotinados eran muchos y lograron sujetar a los contramaestres y alcanzar el timón del barco, obligando al timonel a navegar a sus órdenes.

- ¡Piloto, dirección noroeste, hacia las Islas de Barlovento! ¡Cambiamos la ruta!- anunció uno de los amotinados, con la cara ensangrentada.
- ¡Oficiales, oficiales, al arma!- gritaba el Capitán acorralado en cubierta, donde se había agarrado como pudo al palo del trinquete.
En unos minutos, los amotinados habían tomado el control del barco.
- ¡No hay nada que hacer, ríndanse!- ordenó uno de los amotinados desde el Castillo de Popa, que ya había sido tomado.
- Es una locura ir a Barlovento- declaró el Capitán apresado por los amotinados- Con esta tormenta no llegarán más que al fondo del mar.
Los nuevos dueños de la situación parecieron dudar un instante.
- No podemos ir a Veracruz así que...- declaró el jefe de la banda- así que dando bordadas,iremos en esa dirección. Compraremos esclavos en donde sea y los incorporaremos a la tripulación. Esta es ahora la finalidad del progreso.
Mientras estos rápidos acontecimientos sucedían, uno de los contertulios introductores de la escena se reía en voz alta, hasta el punto de que su otro compañero se empezó a molestar, a pesar de que todo aquello ocurría en otra dimensión a la de ambos.
- No le veo la gracia a esto- declaró al fin dirigiéndose a él- No sé qué gracia le ha encontrado usted.
- Espere un momento, y lo comprobará- le confesó- El teatro es así. No sucede todo al mismo tiempo, pero usted ya sabe que el sentido de todo esto es el propósito que le ha traído hasta aquí. Vamos a conocer el espíritu de la Era Moderna. y su finalidad última: el anuncio de los derechos y de las libertades a los hombres, el respeto a la persona por encima de todo, y la inutilidad de toda forma de progreso sin estos principios. Todavía no ha aparecido el Mago,y si no me equivoco, va a aparecer muy pronto.
- ¡Fuego, fuego!- gritó al instante un grumete.
- ¡Es el Fuego de San Telmo!- le sucedió otra voz.
En el palo mayor se enroscaba una llama como una serpiente de luz, pero era una llama inocua, un prodigio para los no iniciados a quienes podría parecerle la llama que había visto Moisés ardiendo en la zarza, pero que solo era un efecto óptico producido por la electricidad de la tormenta que polarizaba los mástiles y ocasionaba tal resplandor, una ilusión óptica de fuego. Otro prodigio no se hizo esperar: se vio aparecer a un individuo caminando sobre la borda del barco sin caerse.
- ¡Todo esto puedo hacerlo yo, y mucho más!- se escuchó una voz que parecía venir del cielo, pero que venía de un sujeto que estaba encaramado en la gavia. De un salto aterrizó en cubierta.
- ¡Soy el Hombre de la Caverna, el Uno y Trino!¡Todo lo puedo, todo lo hago, aquí y allá, fíjense!
Al mover su mano derecha, el fuego de San Telmo se movió también, como en un espectáculo de circo, acto seguido se vio proyectada la sombra de una anaconda que subía por una maroma, pero a una voz desapareció y en su lugar se dejó ver un gato que corrió a escondese en su sombrero. El contertulio de otra época, quien en un golpe de

vista fue identificado como el Hombre del Futuro, creyó haber leído un mito de la Antigüedad, recogido en las Metamorfosis de Ovidio, una escena semejante en un barco atribuida al ídolo Baco, que no era más que la representación de una idea sobre la embriaguez y su poder sobre los sentidos.
- ¿Cuál es su truco?- preguntó su interlocutor tan bien caracterizado.
- Ahora lo verá- declaró su acompañante señalando el escenario de cubierta.
Allí campeaba el émulo del gran Mefistófeles, el diablo que llevó a Fausto a través de los tiempos para que descubriese la verdad y la belleza y que alcanzó en la versión de Goethe la época en la que sucedió la Guerra de Troya para apoderarse de Helena en lugar del adúltero Paris. De pronto, cayó de su sombrero algo parecido a un reloj, pero que no era tal, sin un aparato digital de una época que el Hombre del Futuro conocía muy bien. El dispositivo, como si tratase de independizarse de su dueño, dio varios saltos como un sapo sobre cubierta mientras el preocupado ilusionista se afanaba por recuperarlo. Y mientras gritaba al desaparecido objeto, algo aún más insólito sucedió en el escenario: el enfermo que hacía una media hora estaba en la camilla convaleciente, se levantó de ella cual Lázaro en las Sagradas Escrituras y avanzó hasta tomar el aparato con sus manos.
- Devuélvamelo rápido- le rogó el Mago con preocupación- De lo contrario, el barco se hundiría. Esto es lo que mueve todo.
- Vete de vuelta a tu mundo, nada tienes que hacer aquí, y llévate contigo el programa- le ordenó, y como forcejeara con él para quitárselo, lo sujetó por el cuello de la levita y lo mantuvo en el aire mientras pataleaba igual que un batracio sujeto por las axilas, siendo aquel detalle un contraste con su anterior papel de dios pagano- El Gran Botón te ha traicionado. Estás reservado para otra circunstancia, tirano de la Era de Masas.
El hombrecillo asustado pulsó algo en su dispositivo y desapareció. La tormenta se serenó a continuación a un gesto del enfermo milagrosamente curado.
- Este barco irá a su destino, para que la familia humana crezca en inteligencia hasta llegar a vencer su pecado.
Dicho esto, el enfermo repuesto alzó las manos al cielo y las cadenas de los oficiales se rompieron, los rebeldes se encontraron de pronto entontecidos, alienados, y cayeron en manos de sus mandos, quienes los apresaron para ponerlos a disposición de las autoridades. El enfermo recién curado vestía una capa y una valona, y tenía la camisa manchada de sangre. Llevaba en la solapa la concha de una vieira, y solo le faltaba un bordón para ser reconocido como peregrino.
- ¡Escuchadme bien, tripulación!- declaró- Soy el Apóstol Santiago, el evangelizador de España. El descubrimiento de mis reliquias en Compostela en el siglo IX hicieron posible el desarrollo de la Reconquista del territorio que había caído en poder de los musulmanes tras la traición de los reyes godos. Yo animé la labor de siete siglos para que los trabajos de tantos reyes, como Fernando III

el Santo o Alfonso X el Sabio, sirviesen, para impulsar la evangelización del mundo , sin la cual resulta imposible su civilización. Después de la toma de Granada en 1492 por los llamados Reyes Católicos, estaba reservado el milagro del Descubrimiento del Nuevo Mundo por la nación qeu abriría las puertas de Europa al resto del orbe. Todas estas figuras de barro que acabo de nombrar son ejecutores de los designios del espíritu de los tiempos, y sus almas ya redimidas no fueron más grandes que las de los santos qeu con su vida contemplativa abrieron los cauces a la redención de la familia humana por medio de la enseñanza de las épocas. Ahora que ha de llegar este mensaje a los indios dominados por la tiranía, es preciso decir que serán hombres de guerra quienes abran la senda, pero serán hombres de paz los que siembren la semilla. Docen plor he sentido a consecuencia de los violentos actos que habrá entre caciques y conquistadores, como el que hubo en su tiempo entre moros y cristianos, pero al fin será el bien el que construya la casa, pues todo ha sido hecho para romper las cadenas de los siervos de la ignorancia.

No sin asombro por su parte, los miembros de la tripulación incluido su Capitán ya liberado se arrodillaron delante del Patrón de las Españas,cuya identidad había sido revelada. Del mismo modo que sus compañeros, mostró el Hombre del Futuro admiración ante la presencia del Apóstol que había llegado a Galicia en época anterior a la de los grandes viajes de San Pablo, y que ahora estaba en el mismo barco simbólico - pues todo objeto sensible es también un símbolo para la inteligencia que sobrepasa su contexto inmediato- en el que navegaban. Siglos más tarde, aquellos enormes barcos de vela se convertirían en máquinas industriales semejantes a autobuses de los mares, pero era en esta época en la que el hombre alcanzaba todavía un incipiente desarrollo científico cuando la semilla de la cultura se sembraría para crecer, sosegadamente, a lo largo de los siglos para dar lugar al germen de la unión de muchos pueblos distintos bajo la bandera del idioma y de una historia compartida y engrandecida. Asimismo, el Hombre del Futuro tuvo curiosidad por saber quién era el mago que había desaparecido a una orden del Apóstol, y así se lo preguntó a su contertulio inicial, que daba muestra de llevar dentro algo mucho mayor que lo que aparentemente mostraba de sí mismo.

- Vuestra Merced pensará que semejante personaje era el diablo- le informó este con una media sonrisa- pero lo cierto es que se trata de un pobre diablo de una época tecnológicamente más avanzada que esta. Lo que ha sido capaz de urdir antes de la llegada del Apóstol es científicamente posible y fácil en la época dei la que procede, y usted se encontrará con ese tirano en otra misión. El hecho de que se hallase aquí en este preciso instante se debe a que se encuentre usted en el mismo sitio. Ha tratado de confundirlo sin éxito para que Vuestra Merced dé un testimonio de este tiempo que no es el verdadero. Pero al igual que en su época no logrará su propósito, tampoco lo hará en esta. El legado de las generaciones es el mismo en todo momento: actuar para hacer que el conocimiento de la

libertad permita vencer las tinieblas del miedo y de este modo llegar a la comprensión del amor universal.
- ¿Un tirano?- preguntó el Hombre del Futuro- ¿Qué clase de tirano?
- Un tirano tecnológico, un tecnócrata- le informó su contertulio- Existen dos clases de personas: los héroes y los tiranos, o los héroes en potencia y los tiranos en potencia. Unos emplean el conocimiento para abrir caminos al progreso espiritual, los otros lo hacen para servir naturalmente a sus inclinaciones. ¿Ha comprobado que en esta época existen quienes abusan? También lo habrá en otras, pero un ser humano siempre tiene la oportunidad de redimirse. La ley de la verdad es inquebrantable, y así se manifiesta en la naturaleza íntima de la razón. Quienes van en contra de ella, van en contra de sí mismos, pero sirven para que otros se iluminen, y ellos también pueden hacerlo. Este, en fin, será redimido, pero en otra circunstancia distinta.
Mientras estaba hablando, otro hecho extraordinario estaba sucediendo al mismo tiempo: la nao parecía navegar no al impulso del viento, sino movida por una energía distinta. Desde la punta del bauprés se podía apreciar que el peso del barco estaba siendo remolcado por una cuerda, y el cabo de ella estaba siendo sujetado por nada menos que por un solo hombre, y ese solo hombre que caminaba sobre el agua no era otro que el propio Apóstol Santiago. La nao estaba avanzando varias leguas en unos minutos, mientras el Capitán y los marineros rezaban arrodillados sobre cubierta. Desde el palo mayor, el gaviero anunció tierra sin necesidad de usar el catalejo. El esplendoroso litoral mejicano se proyectaba al final de la perspectiva, se engrandecía a medida que se empequeñecía el mar, y una población grandiosa aunque modestamente indígena aparecía a la vista: la villa en la que había desembarcado Hernán Cortés el día de Viernes Santo, antes de alcanzar a conquistar el imperio de Moctezuma con su enorme capital Tenochtitlán.
Nada más haber tocado tierra, el Apóstol hizo una seña a los marineros y se perdió entre la gente que deambulaba por el puerto. No tenían tiempo los marineros de agradecer el don obrado, cuando ya comenzaban a darse muestras, en el atuendo y complexión de los indígenas, de la crueldad del trato que habían usado con ellos los conquistadores, haciendo ciertas las acusaciones del obispo de Chiapa,el padre Las Casas.De todas maneras, se habían abolido los horrores bárbaros de los cruentos sacrificios, y los teocalis o pirámides escalonadas que se podían ver a lo lejos permanecían emancipadas de sus cruentas funciones.
Ya habían desembarcado los oficiales, y detrás de ellos los marineros, y todos a una se arrodillaron al pisar tierra, principalmente los oficiales y el Capitán, agradeciendo a Dios la llegada y también a su siervo el Apóstol Santiago, pero este último ya se había diluido entre la multitud una vez terminada su hazaña.
- Y ahora- dijo el acompañante del viajero del tiempo- es conveniente que me presente otra vez a usted, porque aparte de ser su compañero de viaje, y un hombre de mi siglo y guardián de su misión, soy el dramaturgo Pedro Calderón de la Barca.

- Suponía que Vuestra Merced era alguien más importante que de lo que lo es un mero guardián de mi persona- reconoció alegre el Hombre del Futuro en aquel reino florido qeu se abría ante sus ojos.
- Su mentor Victor Hugo me encomendó su custodia- le siguió declarando- En mi obra "La vida es sueño" habrá tenido la ocasión de apreciar que entre tantas falsas ilusiones como se compone la vida terrena, hay una verdad que se mantiene sobre el teatro de máscaras que tan acertadamente definió San Pablo, el Apóstol de los Gentiles: el amor racional que lo gobierna todo. Para eso sirven los imperios del mundo: para llegar a la libertad y a la remisión de sus ciudadanos. Todo lo demás es un carnaval grotesco. Ahora le mostraré el tortuoso avance del progreso humano en la tierra que descubrió el Almirante Colón, y también le mostraré la virtud de la inocencia de quienes, a pesar de desconocer una parte de los principios de la civilización y de la política de los hombres, muestran mayor obervancia de los principios éticos que dan lugar a los primeros. Muy pronto gran parte de los heraldos de la cultura civil van a copiar los vicios de sus conquistados, pero se mantendrá -como siempre ocurre para que el mundo avance en comprensión- un germen que dará lugar a la evolución del animal en hombre, pues el hombre es un animal progresivamente racional destinado a participar directamente en la inteligencia divina.
El Hombre del Futuro admiraba a la vez el discurso de su guía y el esplendor d ela villa a cuyo puerto arribaban naos de gran calado, el movimiento entre aquellos brutos bien vestidos que se creían superiores y la población local de facciones semejantes a las de la tierra de la que venían, desnudos y sobrecargados de trabajo, que se abrían camino como podían en un mundo que ya no era el suyo.
- Voy a ser testigo una vez más- dijo el Hombre del Futuro- de la injusticia entre los hombres.
- Le ayudaré a ver la luz entre las sombras- le aseguró su guía mientras caminaban.
En el trazado cuadrangular de la villa - herencia romana- dos calles principales se cruzaban, y en el centro del plano - donde en las ciudades romanas había un foro-, se levantaban ahora los edificios del ayuntamiento y de la iglesia catedral. El pavimento era de tierra y por ella circulaban carruajes de caballos así como arrieros con sus bestias de carga. Hacía calor, y los dos viajeros lo percibían como algo agradable. Por numerosas calles se internaron hasta llegar a la finca de un colono, en la que trabajaban numerosos indios. Sin embargo, se sorprendió de que, caminando por la hacienda, una pareja de indígenas - parecían una madre y un hijo- paseaban por el lugar mientras hablaban con unos vigilantes españoles.
- Son ellos quienes nos informarán del mensaje que ha venido a recibir- le dijo casi al oído Calderón al Viajero de los Tiempos.
La curiosidad del Hombre del Futuro acerca de la situación pronto fue satisfecha por la propia conversación de ambos.
- Mi madre y yo vinimos a esta encomienda, la cual está a cargo del señor Francisco Somoza de Soto- les confesó el muchacho ante el esplendoroso sol que ya declinaba por el horizonte- quien nos ha

instruido en el catecismo de la religión cristiana. Nuestra lengua era la nahuatl, pero hemos aprendido a hablar también la castellana.Antes de que llegaran los conquistadores españoles era yo el prometido de la hija de un cacique de esta ciudad. Después de que se ordenase la villa de acuerdo al conocimiento de los sucesores de los romanos, hemos sido recogidos en esta hacienda y somos muy bien tratados por proceder de una clase social nobiliaria, y nos dedicamos a supervisar junto con los encargados las tareas de los indios así como de instruirlos también en religión y ciencia. El señor me ha prometido que me casaría bien y que viviría como hombre libre, por ser instruido además de noble de linaje. Antes de que encontrásemos en el camino a este señor, nos preocupaba la situación de nuestra tierra a causa de los abusos cometidos por los caballeros de Hernán Cortés, el gobernador entonces de México. Este conquistador fue grande en el campo de batalla, pero un déspota como gobernante. Ahora ha sido nombrado Marqués de Oaxaca, y su antiguo cargo de gobernador lo detenta otro. Al principio una agresividad y violencia contenidas reinaba en el ambiente, nosotros estábamos juntos protegiéndonos el uno al otro, pero teníamos precaución de nuestro entorno cuando los déspotas andaban sueltos. Cuando comenzó esta situación, nos aseguraron que nuestra condición no cambiaría después de la conquista, pero nosotros veíamos día a día vulneraciones y abusos de todo tipo contra nuestros compatriotas, y sentíamos miedo de aquellos extraños cambios en el ambiente que parecían proceder de quienes usaban más la fuerza que la razón. Yo hice llegar una carta al Gobernador para que cesasen tales abusos conforme al requerimiento qeu nos hicieron formalmente- el cual es nada menos que nuestra ley actual-, y aunque no recibí respuesta, noté cómo cambiaban las cosas una vez enviada la misiva. Por suerte sé escribir, algo que no saben la mayor parte de la gente de nuestro pueblo, pues la formación que han recibido por parte de las escuelas de misión es muy precaria a causa del interés que tienen los colonos en que los indios se pongan a su disposición en sus encomiendas. Nosotros disponemos de una pequeña propiedad donde vivimos, algo qeu no es habitual entre los indios, que han venido a ocupar el lugar que tenían los siervos del régimen feudal en las tierras de donde proceden quienes nos han instruido para ser súbditos del Emperador y bautizados en la fe cristiana. Sí así gustan, les ruego que nos acompañen a nuestra casa, donde comeremos con ustedes, porque deben estar fatigados por el viaje. ¿Son vuestras mercedes militares u hombres de iglesia?

- Somos misioneros- le comunicó el genial Calderón al muchacho- aunque no llevamos el hábito a la vista. Yo soy jesuita, y este que me acompaña pertenece a una orden que aquí no ha llegado todavía.

- Imaginaba que eran como aparentan hombres instruidos, y de eso nos alegramos, porque muchos de quienes llegan a estas tierras no lo son- confesó sinceramente el muchacho.

Era la casa de aquellos indígenas muy similar a la de los españoles que vivían en el Nuevo Mundo: una construcción bien cimentada con

tejado de paja dura a dos aguas, que daba a un pequeño huerto por la parte que no daba a la calle. En este huerto, los indígenas les mostraron a los recién llegados los cultivos autóctonos: patatas y maíz. Después, con cierta vergüenza por su parte, en el lugar reservado para otras muchas especies, como el cacao y la vainilla, les enseñaron tan solo un cultivo de tomates.
- Antes de la llegada de los españoles, plantábamos toda clase de hortalizas, pero ahora las condiciones sociales derivadas del tráfico de los mercados ha ido desplazando muchos de nuestros cultivos. Este es el que en esta circunstancia nos sirve para alimentarnos, y el que todavía se demanda. El resto es asunto de la Casa de Contratación, la cual fija los mercados desde la metrópoli.
En un aparte, el Hombre del Futuro comentó a Calderón:
- Son más educados y están más instruidos que quienes ahora los gobiernan.
- Son los antepasados de los criollos que un día darán la libertad a sus naciones- le informó este sonriendo- La clase media serán ellos, la misma burguesía que se revelará contra el abusos del feudalismo en Francia y en Europa, la que hará posible la Independencia de la nación más poderosa que internacionalizará los derechos humanos en todo el mundo tras un periodo bélico: los Estados Unidos de América del Norte. Estos serán los que abrirán la senda de Manuela Beltrán y de los Comuneros del Socorro en Colombia,del cura Miguel Hidalgo y de José María Morelos aquí en México, del gran Simón Bolívar en Venezuela y en la Gran Colombia que después se forme agrupando los estados de Venezuela, Colombia y Ecuador, quienes harán posible la independencia de la América Española a causa de las violaciones de derechos provocadas por su metrópolis. Y aunque no serán estos semejantes a sus colegas anglosajones, pues la clase media de los nacientes EEUU no podrá compararse en formación política a esta que entiende más de espadas que de letras (y por esa razón no logrará Simón Bolívar ser un igual al general George Washington), sí harán posible que los derechos civiles lleguen a estas prósperas tierras. Por desgracia para ellos, caerán presa de otra clase de abuso colonial similar al primero, el de aquel que ejercerán las grandes multinacionales - en especial las estadounidenses por proximidad geográfica y estrategia política- sobre los gobiernos débiles de estos hermosos países, los cuales claudicarán ante el poder descontrolado de estas fuerzas e intereses, fenómeno social conocido por neocolonialismo. No obstante, el progreso humano se abrirá camino entre estas tinieblas, pues, como he dejado escrito en mi drama "El Alcalde de Zalamea", "el honor es patrimonio del alma, y el alma solo es de Dios", entendiéndose por honor aquello inherente e inseparable del hombre por naturaleza: sus derechos y libertades naturales que ha de conservar al constituir - así lo apuntan Rousseau y Locke- cualquier forma de estado social.
Una vez más, el Hombre del Futuro se puso a considerar el alcance de aquellas palabras mientras comía a la mesa de aquellos buenos e inocentes hombres, hechos de la misma pasta de aquel Antonio Nariño que publicó en su día la Declaración de Derechos del Hombre

y del Ciudadano a las naciones de Iberoamérica. "La revolución industrial tiene un reto pendiente" pensó, "el de proteger todas las formas de vida humanas, más allá del campo de batalla de sus empresas en un mundo apenas controlado".
- Me gustaría saber- preguntó el muchacho mientras comía con ellos en un salón alfombrado con hojas de numerosos árboles- qué estarán haciendo en este momento las poderosas naciones europeas, de donde nos ha llegado la luz de la fe cristiana, la filosofía griega y el derecho de Roma.
- Se están peleando por el poder- les contestó casi en el acto Calderón- Se ha iniciado una disputa entre católicos y protestantes, lo que es en el fondo una lucha entre el predominio de las naciones germánicas del norte de Europa, que se combaten por su emancipación del arbitraje del Papa, y las del sur, que lo hacen por el triunfo de su hegemonía. Es necesario que las naciones germánicas se liberen para abrir caminos a la investigación científica que hará posible que la clase media instaure los Derechos del Hombre en el mundo, porque tenga por seguro que el fin de todos los conflictos serán la paz y la justicia. Y además oficiaré de profeta ante ustedes, pues el espíritu de los tiempos me ha revelado que la Casa de Habsburgo, que en la persona del emperador Carlos I de España y V de Alemania habrá de reconocer la religión protestante en las naciones germánicas, así como el nacimiento de nuevos estados como Holanda, firmará una paz en Westfalia en 1648 que permitirá que las naciones se desarrollen hasta llegar a hacer posible mucho más tarde este principio. Los Derechos del Hombre irán germinando en la Historia a medida que la instrucción de los pueblos aumente, pues ellos son el resultado de la unión entre el espíritu cristiano, las máximas de la filosofía griega y las leyes del Imperio Romano, como vuestra merced ha apuntado hace un momento.
- Resulta increíble que esos derechos futuros que vuestra merced nombra nos puedan emancipar de quienes tanto han abusado de nosotros, desde los caciques antiguos hasta los modernos conquistadores- reconoció el muchacho muy admirado- En la leyenda de nuestro pueblo se dice que llegará una Edad de Oro cuando regrese el espíritu de Quetzalcoatl a su pueblo, que es lo mismo que la civilización verdadera que anuncia esos derechos a los que alude vuestra merced, porque ahora solo hay luchas e intereses. Lo que los conquistadores llaman Edad de Oro es expolio y abuso, pero me alegro si esto sirve para un fin futuro semejante.
El viajero del espacio-tiempo creyó encontrarse, mientras comía y bebía relajadamente con los inocentes habitantes de aquella Edad de Oro de la que estaban hablando en aquel instante, en la que existía esa fraternidad que había desaparecido en la Edad de Masas de la que procedía. Mientras esto consideraba, notó que una pelota que se movía le rozaba bajo la mesa. Cuando levantó el mantel para ver lo que era, descubrió un armadillo de tres bandas convertido en una esfera a sus pies.

- Disculpe vuestra merced- se excusó la madre del muchacho- Es un animal de compañía que, además de alimentarse de hormigas, viene a curiosear bajo las mesas.
Dicho esto, cogió la esfera en la que se había convertido el mamífero y la llevó afuera.
- Esta hospitalidad que nos muestran- declaró el Hombre del Futuro un tanto emocionado- la quisieran para sí los países más desarrollados del mundo futuro del que vengo.
- ¿Viene vuestra merced de un mundo futuro?- preguntó el muchacho demasiado sorprendido cuando ya el viajero del tiempo se había arrepentido de hablar a la ligera- ¡No puedo creerlo! ¿Es vuestra merced un ángel por ventura?
- No, no soy tal cosa- respondió él avergonzado- Solo un hombre que está llevando a cabo una misión por la Humanidad. Este que me acompaña sí lo es. No se sorprenda, porque todos, unos y otros, somos hijos del mismo Dios, y llevamos a cabo misiones diferentes para redimir a los hombres, quienes han sido llamados a participar de la inteligencia divina por medio de sus acciones.
Quisiera el viajero del tiempo no haber hablado, para no impresionar demasiado a quienes consideraba de méritos superiores a los suyos, y trató de desviar la conversación hacia la hermosa costumbre que se conservaría a través de los siglos en las naciones circunvecinas, de tratar a las personas siempre usando la tercera persona en señal de cortesía, y el vuestra merced que se convertiría en usted con la llegada de la Revolución Industrial, costumbre que procedía de la época de Julio César en Roma, según la tradición afirmaba. No obstante, ahora ellos, en especial el muchacho, les hacían preguntas más personales a las que ellos respondían con llaneza.
Recordó la dura y exacta condena que el genial Pablo Neruda hizo de las violaciones tiránicas que habían soportado los pueblos tan virtuosos del Nuevo Mundo, los cuales, entre el esplendor maravilloso de la naturaleza exhuberante en la que vivían, apenas podían sacudirse el yugo de las garrapatas que los malgobernaban. Tanto Pablo Neruda en su "Canto General" como Rubén Darío en su "Canto Errante" aludía a la misma cuestión. "El progreso cultural llevará a estos pueblos a la concordia", pensó el viajero del tiempo, y así lo manifestó en su sobremesa.
Terminada la comida, el escritor de autos sacramentales inventor de la zarzuela - la ópera española-, le comunicó a su acompañante:
- Es necesario que tenga una visión más amplia de este hermoso continente en el tiempo y en el espacio, y para ello, lo aproximaré a una altura maravillosa que resumirá su condición de milagrosa esperanza.
Iba a preguntarle el Hombre del Futuro cómo haría semejante acto, cuando avanzando unos pasos hacia el centro de Veracruz -ya se había despedido de los agradables anfitriones del incipiente mundo criollo- se encontraron con un tercer sujeto que surgió del fondo de la calle con mitra y báculo.
- Se lo presentaré- dijo Calderón tocando la empuñadura de su báculo- Es el obispo Diego de Landa, el primer traductor de la

escritura maya. Haría falta llegar al siglo XIX para que François Champollion llegue a traducir los jeroglíficos egipcios, con lo cual las civilizaciones de la Antigüedad que estudia la arqueología clásica -de los mundos nuevo y viejo- se conocerán con la profundidad que requieren los tiempos modernos. Resulta necesario conocer el pasado para interpretar el futuro.
- Es un placer estar con Vuestras Mercedes- declaró el obispo un tanto impresionado del atuendo del Hombre del Futuro- Ya sabrán que estas grandes civilizaciones de México y de Perú solo se han sometido políticamente a los principios venidos de España y de Europa gracias debidas a que nuestra nación les ha traído un mensaje de concordia que desconocían. En todo lo demás, me atrevería a decir que aventajan a la nuestra, como lo hicieron la Egipcia y la Babilonia. No hay más que ver las enormes pirámides para darse cuenta de lo que afirmo. Vuestra Merced sabe que nos hemos encontrado en el guión de los tiempos- pues estos hechos ya suceden en la eternidad de la memoria para el bien de las nuevas generaciones- con el fin de formar interiormente al ser humano, de educarlo como animal racional que es, hasta que pueda vencer su condición pasajera y entrar a formar parte del espíritu de verdad que informa el tiempo y el espacio, las dos coordenadas en que se mueve toda criatura. Deberíamos, en nuestra dimensión actual, acercar un poco las cosas para que no nos resulte difícil llegar a ellas.
Dicho esto,a golpeó el suelo con el pie y apareció una calzada de piedra blanca que iba a parar a una ciudad monumental que el Hombre del Futuro identificó con Teotihuacán. El complejo se alzaba a lo lejos, geométrico y majestuoso, y mientras caminaban, se aproximaba a él por un camino desconocido.
- Habrá más de cien leguas desde el sitio en el que nos encontramos hasta esta ciudad que ya conocieron abandonada los aztecas que fundaron Tenochtitlán sobre el lago de Texcoco- comentó el obispo mientras caminaba ayudándose a ella desde una dimensión espiritual superior, moldeando el espacio y el tiempo a la medida de nuestra labor universal y atemporal. En el estado en el qeu se vence el karma o pecado original, ni el sol ni la luna nos pueden dañar, como dice el salmo, porque hemos vencido- así lo afirma el Señor de Todo- el yugo que el mal impuso sobre nosotros.
Apenas había recorrido un kilómetro de distancia cuando a su vista apareció la enorme ciudad precolombina que asombró a los primeros mexicas, y no menos a los europeos que trajeron de esas tierras los recursos necesarios para iniciar la Revolución Científica que los sacaría de la ignorancia de la espada temible. Entre las dos mayores pirámides -la del Sol y la de la Luna- se extendía la mal llamada Avenida de los Muertos - este nombre le habían dado equívocamente los llegados de Aztlán a causa de la impresión que produjeron en ellos las pequeñas construcciones que confundieron con tumbas y que eran por el contrario templos- y por ella caminaron los viajeros del cosmos hasta la base de la Pirámide del Sol.
- Ahora no me dirán vuestras mercedes que no se atreven a subir la escalinata hasta la cella ritual de la cima, donde podrán gozar de una

vista esplendorosa de esta parte del Nuevo Mundo- bromeó con ellos el obispo arqueólogo- Allí se encontrarán no con un sacerdote pagano que lleva a cabo cruentos sacrificios, sino con un sacerdote cristiano que les hablará de los sacrificios de los miembros del cuerpo de Cristo, esto es, de los abusos que se cometen contra quienes están sometidos a los tiranos de este mundo, y de su redención por medio del amor.
- Suba vuestra merced primero, nosotros le seguiremos - declaró el genial escritor de autos sacramentales en tanto contemplaba un enjambre de mariposas monarca que emigraban de un lugar a otro siguiendo la dirección del viento.
Sin apenas esfuerzo por su parte a causa de su especial situación, llegaron a coronar la montaña artificial en la que la arquitectura se fundía con la naturaleza complementándola sin dañarla, y allí hallaron al hombre que le habían anunciado al comienzo. Iba vestido con una cogulla de color verde y llevaba un bonete en la cabeza. Habiéndose saludado, el Hombre del Futuro advirtió su energía sobrenatural que parecía envolver todo lo que tocaba.
- Este, que no lleva mitra como yo aunque es obispo, es el clérigo más célebre por su compromiso de todos los que han pisado América. Es la candela que todo lo enciende, la antorcha de la libertad fulgurando en los pueblos indígenas de toda la tierra, es el padre Bartolomé de las Casas, ofreciendo una oración por el maravilloso continente que descubrió Cristóbal Colón y que nombró por primera vez Américo Vespuccio. En su situación actual, tiene ante él todos los tiempos, y contempla el sufrimiento que han tenido y que tienen hoy todos los pueblos indígenas, quienes ante el avance abusivo de los presuntos heraldos de la civilización fueron torturados, masacrados y tratados como seres humanos inferiores, como si algún ser humano fuese inferior a otro y como si estos ni hubiesen sido los guardianes de la naturaleza salvaje y los mediadores entre ella y quienes construían la calzada del progreso para que la libertad llegase a todos.
- No soy más que un hombre que ha cumplido con su deber- declaró rotundamente el verdadero evangelizador de América, con una voz que al viajero de los tiempos le pareció la voz de una roca, o de una cordillera en caso de que esta pudiese decir la verdad en el lenguaje de los seres humanos - y he hecho lo que debieran haber hecho todos los conquistadores que llegaron aquí para ofrecer el sacrificio por ellos en nombre del Sacerdote Eterno, del verdadero mediador entre Dios y el Hombre, quien con un solo sacrificio espiritual perfeccionó los imperfectas ofrendas de las religiones antiguas.
Cuando el dramaturgo iluminado quiso hacerle una reverencia, él le dijo:
- Levántese vuestra merced, intérprete de la vida, y reverencie al espíritu y no a la materia.
El Hombre del Futuro, emocionado por el paisaje y la altura, le dijo a su vez:
- Hemos venido hasta aquí para ver en usted al mayor heraldo de la civilización no solo en el Nuevo Mundo, sino en todas las

comunidades indígenas del orbe, de las que salieron quienes encendieron la antorcha de la libertad, el único progreso posible.
- Me alegro de que el futuro haya conocido y enmendado una pequeña parte de lo que yo narré- constestó el Apóstol de América- y de que vuestra merced se disponga a dar su testimonio sobre este encuentro. Los males de las comunidades indígenas continúan, como la semilla de Caín, a través de los tiempos, pero el Mesías redimirá el campo de cruces qeu se extiende desde una parte a otra de los océanos, y lo hará a través de su palabra. Yo traje, como San Pablo, la luz que había visto a estas gentes y dije: "Seré su voz, como la voz que grita en el desierto,la del profeta". De estas colonias salen repúblicas criollas que no pueden convertir a sus miembros en ciudadanos a causa de su falta de formación política. Se venden a los cruentos intereses de las grandes multinacionales, las sucesoras de la explotación de los conquistadores bárbaros y depravados a los que alude continuamente en mi crónica. La espada del abuso ha abierto heridas sobre el territorio al que el Almirante comparó con el Paraíso Terrenal. Todas estas repúblicas tienen una historia común: de aquí salen los libertadores en todas las direcciones para emancipar unas tierras que por su importancia en el ecosistema del globo pudieran declararse tras la para mí futura Revolución Industrial patrimonio de la humanidad y zona protegida para el bien del género humano. Si fracasa el proyecto de Simón Bolívar, el Emancipador, de convertir estas repúblicas en un solo estado a imagen de los Estados Unidos anglosajones se debe a la ignorancia y a la incultura de quienes elevan a títeres y a demagogos sobre las que se han llegado a llamar "repúblicas bananeras". No, mientras la formación no exista, continuarán siendo colonias y campo de batalla de los nuevos sacerdotes paganos que siguen llevando a cabo sacrificios entre la población desnococedora de los Derechos Humanos y que no podría volver a horripilar a Alvarado, de encontrarse de nuevo ante esta pirámide social. La importancia natural de estos estados exige su protección, no solo de la cuenca del Amazonas, pulmón de la tierra, sino del cabo de Hornos al golfo de México, y la importancia social del indígena y del criollo exigen asimismo una protección por parte de quienes pretenden gobernar el mundo con máquinas y no con ideas, cometiendo nuevos abusos en la mayoría de estas repúblicas futuras, las cuales, pese a declararse liberales y demócratas, no podrán garantizar la libertad ni la seguridad de sus habitantes cuando su población no conoce el alcance de estas palabras.
Veo que Roma ha hecho un buen papel en la Historia. Solo faltaba el mensaje cristiano para darle sentido humano a tales instituciones, como Cristo dio dimensión social a las máximas de Sócrates. Después llegaron los ingenios humanos a desarrollarse, y las naciones, emancipadas de la superstición y del miedo, avanzaron en ciencia hasta dominar el medio en el que vivían, pero no lo han hecho para la devastación. Los ecosistemas naturales y sociales equivalen al cuerpo entre los hombres, como dice la Sagrada Escritura que el cuerpo es templo del espíritu, así el entorno ha de ser cuidado como un templo, y no devastado, sino humanizado. Si así

no fuera, en nada se diferenciaría la civilización de la barbarie, y quienes realizan sacrificios humanos para honrar al sol, serían semejantes a quienes lo hacen para honrar a la codicia. Estas millones de especies de flora y fauna, que representan en esta franja la mitad de las totales del mundo, y que darán lugar a que el científico Darwin en el siglo del desarrollo industrial, formule su teoría sobre la evolución de las especies, requieren una protección mucho mayor que la que implica proteger solo esta tierra, sino también la forma de vida de sus habitantes, saludable y beneficiosa para todos los hombres. Por esta causa me dispongo a ofrecer un sacrificio simbólico en honor de las comunidades indígenas del mundo, y puesto que tengo aquí a un compañero oficiante instituido por la Iglesia Católica, que es la primera, aunque no la única de las confesiones cristianas, y también a unos buenos acólitos que le acompañan, me dispongo a oficiar misa solemne para pedir por el cuerpo de Cristo en este continente que ha abierto los ojos a Europa. La Virgen de Guadalupe, patrona de México y de Iberoamérica, asista a mi flaqueza y también Santa Rosa del Perú, primera canonizada del Nuevo Mundo, y San Martín de Porres, y los santos de estas tierras, me ayuden a ofrecer este sacrificio.
Pensaba el Hombre del Futuro, mientras hablaba el gran evangelizador, en el poema de Heredia que aludía a la visión de la tierra desde un teocali como aquel, no menos impresionante que la visión a la que se refería en su "Oda al Niágara", porque la belleza y sublimidad del lugar invitaban a ver en perspectiva nuestros pequeños temores y errores, difuminados por la amplitud firme del paisaje.
Tan admirado estaba como en aquella misa que había oído junto a Santa Juana de Arco, oficiada por nada menos que por los fundadores de Europa. El motivo de la primera había sido consagrar a los civilizadores, ahora se disponía a pedir por la protección de los indígenas ya civilizados, para que se respetasen sus costumbres y se amparase su medio, en nombre de toda la Humanidad.
El Hombre del Futuro se dispuso, pues, a escuchar aquella misa,pero esta vez no solo era oyente sino que además participaba activamente en su celebración. Todo estaba preparado para la ocasión: el cáliz del vino y el pan consagrado, símbolo del cuerpo y la sangre de Cristo, víctima de reconciliación para todos los hombres, las velas que fueron encendidas por él, y la Biblia que resumía la historia de la fe, abierta en el pasaje que decía: "Te he hecho luz de las gentes para que lleves la buena noticia hasta los confines de la tierra".
No podía haber un Apóstol de los Gentiles más comprometido que el oficiante, a no ser el propio San Pablo. Después del introito y del salmo, en la homilía recogió las hazañas de santos españoles como San Pedro Claver, quien tanto bien había hecho a las comunidades de afroamericanos que habían sido llevadas como esclavas al Nuevo Mundo por orden de Isabel la Católica, para levantar el Imperio que haría posible el nacimiento de tantas naciones, pero que habían sufrido el abuso de los bárbaros conquistadores. Estos asimismo habían hecho olvidar que habían venido a traer la civilización a los

pueblos que no conocían los principios de convivencia. Acto seguido se refirió a los libertadores, a San Martín y a Sucre, al gran Bolívar, a Miranda y a Artigas, a Morazán, a O'Higgins, y a tantos otros que habían liberado al pueblo externamente, pero que no habían podido instruirlos interiormente para que hiciesen posible la libertad civil efectiva en todas las dimensiones de su naturaleza ciudadana. Todo esto lo conocía el Apóstol de las Indias gracias a su nueva situación espiritual en la dimensión eterna, que sabiamente se había integrado en la Historia para que el Hombre del Futuro pudiese llevar a todas las épocas posteriores este testimonio. También hizo referencia en su homilía al poema de José Hernández "El gaucho Martín Fierro". En esta composición se recogía la historia del gaucho argentino - un prototipo del indígena americano- que había sido obligado a abandonar sus costumbres a causa de las imposiciones de los colonos, pero no para favorecer al pueblo ni a la naturaleza, sin respetar sus derechos como individuos y comunidades que ahora se invocaban no solo como sagrados para la religión, sino como sacrosantos para el orden civil. Se refirió asimismo al Sendero de las Lágrimas, el éxodo así llamado por los indios norteamericanos que habían tenido que verse reducidos a reservas después de duras luchas contra la intolerancia de los colonos que con el pretexto de haber construido el ferrocarril, habían hecho reducir el medio a sus intereses.

Los misioneros habían tenido que cerrar las heridas que habían hecho los conquistadores en el mundo indígena. La orden franciscana había fundado en California la gran ciudad de San Francisco, y los jesuitas habían desarrollado la agricultura de Paraguay con sus reducciones. Nuevos misioneros, con la fuerza interior de San Francisco Javier en China, eran necesarios en la era del desarrollo industrial futuro, para que en los países en vías de desarrollo no suficientemente protegidos se respetasen los derechos humanos en todas sus dimensiones, que incluían la protección de la naturaleza.

El Hombre del Futuro no podía seguir escuchando al celebrante, porque un conjunto de aves de toda pluma se había situado alrededor de la cella piramidal y no dejaban escuchar al orador con sus múltiples gorgeos y trinos, como si quisiesen dar aprobación a un discurso tan necesario. Entre ellos identificó a miembros de todas las especies que conocía, y a algunos más que no podía identificar. Había sobre diez especies de palomas, tucanes de pico largo, sinsontes, tordos y otros paseriformes, abejarucos, grullas, guacamayos, cotorras, loros, y todos ellos se habían situado ordenada y armónicamente alrededor de la cella, y algunos se habían atrevido a entrar cerca del ábside. No obstante, su ruido no era tan ensordecedor como para no escuchar al oficiante, aunque sí para distraer la atención de cualquiera ante aquel regalo espectacular de la selva cercana.

Para perfeccionar aquella homilía, fueron alzados el pan y el vino de la eucaristía en lugar de la sangre ritual que vertía el sacerdote pagano y que pertenecía a los vencidos en combate. Todos

comulgaron en silencio, considerando la dificultad de instruir a los pueblos indígenas en el conocimiento y uso adecuado de sus derechos para el bien de toda la Humanidad.
- Cuando vaya a las naciones en las que surgió la Revolución Industrial- le dijo Calderón al viajero del tiempo- acuérdese de considerar la importancia que tiene proteger aquello que somos y de lo que venimos, porque todos los hombres son indígenas de este peregrinaje hacia el Reino Eterno, y también todos los hombres son ciudadanos del planeta, o de esta parte del universo, de modo que es responsabilidad de todos los seres humanos de hoy y de mañana el asegurar el cumplimiento de estos principios de convivencia en cualquier circunstancia.
- Tenga por seguro que recogeré todas estas cosas que he visto y que he escuchado para que sean tenidas en cuenta en todo momento- dijo el Hombre del Futuro, y su mirada se extendió a la meseta de Anahuac hasta las montañas volcánicas, y en el verde suelo se encontró con un grupo de hasta cien personas que desde la base de la pirámide parecían escuchar la misa que se celebraba arriba. Al reparar en ellos, notó que eran indígenas, sacó sus gemelos para verlos mejor desde aquella altura, y se encontró con los mismos hombres con los que se habían encontrado los conquistadores, con la diferencia de que aquellos no eran seres belicosos, sino personas que vivían integradas en su medio respetando las tradiciones de sus mayores desde hacía siglos, liberados ya del yugo esclavista de las guerras entre hermanos, indios civilizados que demostraban que usando las más básicas herramientas de la naturaleza se podía educar a quienes pretendían ser superiores solo a causa de una superioridad técnica.
No eran ya clanes con su tótem y sus prejuicios raciales, eran por el contrario seres humanos libres que velaban por el respeto a la tierra que daba sus frutos para la libertad de los pueblos y de los hombres. Eran individuos iguales a los industriales de las grandes metrópolis, o incluso a menudo menos bárbaros que ellos. Todos organizados en grupo, hombres mujeres y niños, escuchaban el discurso de su verdadero evangelizador, y el viajero del tiempo sintió que aquella visión de concordia era la misma que llevaba en su alma.
Las aves acurrucadas en torno al altar del centro parecían haberse puesto de acuerdo para hacer silencio, pero era la proximidad de la noche adivinada en el ocaso la que las había inducido a guardar mayor reposo.
- Hemos terminado la celebración en nombre de las Comunidades Indígenas de todo el mundo- concluyó el Apóstol elevando las manos- Yo he sido testigo en mi época anterior al estado de bienaventurado de los crímenes que aquí se cometieron por los descubridores, y los conozco tan bien que podría escribir una historia mucho más amplia que la que narré con todas las circunstancias de las que tuve noticia. Este es el punto de partida de la Proclamación de los Derechos en el Mundo Indígena, los cuales reconocen aquello que la naturaleza le ha otorgado al hombre, dándole inteligencia para distinguir el bien del mal.

Ya terminada la celebración, el ocaso extendía una bellísima aureola de rojo, azul y dorado sobre el vasto horizonte de las tierras vírgenes, y los cuatro celebrantes descendieron la escalinata de la pirámide sin sentir hambre ni sed,incluido el viajero en misión especial, porque el espíritu les había otorgado aquella capacidad. En la base de la pirámide -escalonada como el Purgatorio de Dante- les esperaba una gran muchedumbre que los recibió con sencillas felicitaciones, hombres y mujeres vestidos prácticamente como Adán y Eva, perfectamente identificados con la selva cálida de la que venían. Estaban ansiosos de escuchar aquella palabra después de las duras órdenes que habían recibido de los conquistadores.
- En vuestra tierra habéis sido maltratados, habéis sido violentados por quienes creían ser superiores por haber recibido con anterioridad un mensaje destinado a todos los hombres sin distinción de raza, costumbres o creencias- predicaba un sujeto vestido con el atuendo de un europeo de la época, aunque por el color de su piel y la forma de sus facciones se identificaba como precedente de la raza india.
- Ese individuo al que escuchan hablar- dijo el padre Bartolomé de las Casas, rodeado de indígenas que le besaban los pies- es la gloria del mundo indígena americano, el inca Garcilaso de la Vega. En la circunstancia actual, está predicando a los pobladores de México, como podría hacerlo ante cualquier haabitante endémico de estas o de otras tierras. Los primitivos españoles ya no recuerdan, al igual que el resto de los europeos, la época en la que fueron sometidos al Imperio Romano, y las luchas que mantuvieron con sus poco considerados opresores, como sucedió en el caso de Numancia, o en el episodio de Viriato. Tampoco quisieron comprender que habían venido en función de evangelizadores por orden de las autoridades civiles y religiosas, y no como expoliadores. Este gran historiador, autor de los "Comentarios Reales" y de la historia de estas tierras, es el germen de muchas generaciones que en silencio soportaron todo tipo de abusos, es la voz de su pueblo.
- Tal cual así lo parece- comentó el obispo Diego de Landa- Toda forma de cultura nos enseña a entender mejor la civilización, sin cuyo criterio, del que han salido los valores morales, esta no tiene sentido.
El grupo se aproximó al orador, quien interrumpió su discurso para besarle el anillo a ambos obispos, y para enaltecer la ayuda inestimable del Apóstol de los Pueblos Indígenas. También se preocupó por saber quién era aquel hombre vestido a la moda de la futura revolución industrial, porque aunque se encontraba en la dimensión dichosa, no conocía todo lo que sucedía en ella porque no le había sido revelado.
- Este hombre ha venido de los tiempos futuros para dar testimonio de esta época- le informó el padre Bartolomé al historiador- Su misión es recoger la esencia divina de los Derechos del Hombre en su memoria, para que los animales racionales de todas las épocas puedan convivir como personas.

El historiador de Indias se acercó al Hombre del Futuro, lo saludó con una reverencia y confesó:
- Muchas cosas he visto en mi vida primera, pero esta resulta milagrosa. Hace poco que me encuentro en esta dimensión, pero imagino que si es posible viajar por el espacio, también lo será viajar por el tiempo. Los ángeles y los santos lo han hecho, y aquellos a quienes el Señor de Todas las Cosas se lo concede.
El Hombre del Futuro se sintió obligado a responder:
- La misión que tengo es explicar el camino para que los seres humanos se conviertan en personas, siendo estos hechos a imagen y semejanza del Ser Supremo, porque las almas no han sido creadas, sino que son el soplo del espíritu divino, y por tanto son inteligentes y eternas.Todo lo que es inteligente debe ser gobernado con inteligencia porque participa de la naturaleza espiritual que rige la materia en todas sus formas, y no con instinto, pues esto es propio de los seres irracionales. Por esa causa el hombre empieza siendo un animal con una partícula de inteligencia que crece como una semilla dentro de él, hasta convertirse en persona, cuando su inteligencia logra vencer a su instinto. Lo mismo sucede en el gobierno de los hombres, el cual es la imagen ampliada del gobierno interior del individuo humano. El hombre vive en sociedad paa mejorar su seguridad, pero la vida en sociedad no tiene sentido si no es para hacer posible su libertad, su misma naturaleza inteligente. La libertad comienza por el respeto a uno mismo y a los demás, y se manifiesta en los derechos de la civitas o ciudad humana: derechos individuales, derechos con los grupos de los que forma parte, derechos políticos y socioeconómicos. ¿Qué sentido tendrá la seguridad sin la libertad? Ninguno, porque no seríamos personas. Este es el sentido de los imperios militares: acercar a los hombres para que todos ellos puedan llegar a ser personas racionales, independientemente de cualquier situación o costumbre externa o ley impuesta, porque están los derechos sobre todo ello como está la razón sobre el instinto. Les acabo de revelar claramente el sentido de la misión que tengo: llevar a todos los tiempos un mensaje que abolirá toda forma de tiranía.
- ¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!- gritó la voz de un hombre que llevaba una toquilla de plumas, repitiendo los versos de Rubén Darío.
- Quisiera ser capaz de comprender mejor los tiempos futuros- se explicó Garcilaso delante de su profeta de tiempos venideros, y la elegancia y caballerosidad de sus modales le hicieron pensar a este en los de su tocayo el poeta Garcilaso de la Vega.
- ¿Quiénes son los indígenas que evocan la epopeya de la Hispanidad?- preguntó el Hombre del Futuro, dudando a quién dirigirse.
- Son los caudillos que se rebelaron contra el yugo de los conquistadores, quienes ahora comprenden el significado de la conquista, porque la cultura y la palabra darían origen a estas naciones surgidas como un milagro del océano- explicó Diego de Landa- Los conquistadores no son más que quienes, a pesar de sus

errores, trajeron a estas tierras la semilla de la civilización, lo mismo que los romanos la llevaron a Europa. Aquí están los caciques Caupolicán y Lautaro de Chile, Cuauhtémoc de México, Nicarao de Nicaragua, Bogotá y Tunja de Colombia, en definitiva los numantinos del Nuevo Mundo. Todos ellos se encuentran en este lugar y en este estado por virtud de la Providencia, que los ha traído aquí para dar testimonio delante de vuestra merced de su nuevo estado de bienaventurados ya emancipados de su karma, pues ahora comprenden el sentido de la conquista de su pueblo y celebran el esplendor futuro de sus naciones y de su cultura integrada en el árbol de la civilización, el cual, como el árbol de Jesé en la Biblia, une a todos los pueblos de costumbres diversas en una sola familia, para así salvarlos de todo mal y concederles una dimensión espiritual que les permita desarrollar sus libertades en la seguridad de un orden racional que haga posible la convivencia pacífica.
- Por eso de una logia con el nombre de Lautaro surgirá en el futuro el libertador Francisco de Miranda, precursor de Simón Bolívar- explicó Bartolomé de las Casas desde su nueva perspectiva espacio-temporal- España abrió la puerta de los océanos y el resto de Europa continuó su labor. Hicieron falta muchos siglos para que el el presidente de EEUU JF Kennedy- reconociese los derechos de los indios norteamericanos, pero esto comienza aquí para que la civilización se convierta en protectora de la naturaleza y del hombre indígena, que forman la cultura de la que procede su desarrollo. ¡Oh, qué alegría siento al ver el ocaso de la violencia y de la dominación para que un nuevo día de libertad y dignidad se haga posible entre estos pueblos y todos los de la tierra! ¡Cuánto deseé ver este momento! ¡Que las luces de Rubén Darío, de Pablo Neruda, de Amado Nervo, de José María de Heredia, de José Martí, de Alejo Carpentier, de José Hernández, de Jorge Luis Borges, de Leopoldo Lugones, de Julio Cortázar, de Echeverría, de Andrés Bello, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Juan Rulfo, de Horacio Quiroga, de Alcides Arguedas, de García Márquez, de Alfonso Reyes, de Mariano Azuela, de Eustasio Rivera, de Sor Juana Inés de la Cruz, de Octavio Paz, de Jorge Amado, de Rómulo Gallegos y de tantos otros iluminen a estos pueblos y los guíen a través del progreso de la Historia! ¡Y que sus luces se unan a las del visionario Edgar Allan Poe, a Faulkner, a Pound o a Hemingway, a Tenesee Williams, a Dos Passos, a Henry James, a Arthur y Henry Miller, a William Carlos Williams, a Walt Whitman, a Emily Dickinson, a Jack London, a Scott Fitzgerald, a Frost y a Emerson, entre otros muchos, para que la América anglosajona ilumine asimismo a los pueblos indígenas de todo el mundo, que esperan su despertar cultural, como lo hizo en su día el bengalí Rabindranath Tagore!
El Hombre del Futuro notó que la noche se cernía sobre el bello paisaje de la Nueva España, y después de contemplar la hermosura incomparable del paraíso natural que grabó para siempre en su mente, consideró la frase bíblica que afirmaba que los imperios pasan de un pueblo a otro a causa de la justicia entre los hombres. El mismo Herodoto, historiador clásico, había caído en la cuenta de

esta verdad. Recordó el nevado Orizaba en Veracruz y se dijo: "Cuando España pierda la hegemonía de Europa a causa de la Reforma Protestante, Francia tomará el relevo con la Ilustración y el Enciclopedismo, que darán origen a la proclamación de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. En Gran Bretaña, cuna de la Revolución Científica protagonizada por Isaac Newton, la Revolución Industrial acercará estos derechos entre los hombres, pero hasta que estos derechos se pongan en práctica y se internacionalicen habrá que vencer una nueva barbarie, la falta de educación y de criterio que dará lugar a grandes enfrentamientos. Los pueblos serán tutelados políticamente hasta que logren comprender esta certeza. Es una tarea progresiva, el pacto entre cultura y civilización, ya que es la cultura la que lleva a ella.
- Anochece, y su guía lo esperará cuando se despierte- le dijo Calderón mientras con gran placer contemplaba la danza de los indígenas.

PARTE CUARTA

El protagonista recordó haberse despertado en su habitación de hotel en presencia de un copioso almuerzo servido por su compañera. Sintió el calor de su boca y la humedad de su lengua besándolo.
- ¿Vas a servirme el desayuno?- preguntó él.
- Voy a servirte la comida- le respondió ella sonriendo- Ya es hora de comer.
Con la mano derecha le mostró el despertador que marcaba las dos de la tarde. Él no tenía mucho apetito al principio, pero después notó un vacío en el estómago. Mientras comía la ensalada y el asado que ella le sirvió comenzó a hablar y a retomar el hilo del tiempo que había vivido antes de recordarlo.
- Después de haber abandonado con Víctor Hugo la Santa Capilla de París- le recordó ella contando su historia- tomaste un barco por el Sena y te encargaste de una nueva misión en otras coordenadas del espacio-tiempo. Fuiste a Londres, pero no al Londres de hoy, sino al Londres del siglo XIX. Acudiste allí para conocer los inicios de la Revolución Industrial junto con tu guía, porque allí te esperaba otro escritor en un barrio obrero de Hampstead.
- ¿Qué escritor?- preguntó él.
- Charles Dickens- respondió ella al instante- Con él visitaste las primeras fábricas insalubres movidas con energía hidráulica y las minas de carbón de las que se extrae el combustible para la máquina de vapor. En las minas viste a niños trabajar.
- ¿Niños?- preguntó él contrariado.
- Sí- le recordó ella- Fueron la mano de obra más empleada en la Primera Revolución Industrial, en la que no existían todavía derechos para los obreros de las grandes fábricas industriales cuyas máquinas lograron aumentar la población el triple y transformar la faz de la

tierra hasta llegar a exigir la necesidad de proteger el medio ambiente natural. Las máquinas permitieron que en un siglo la sociedad se desarrollase llevando la civilización a todas partes.
- Cuéntame lo que me sucedió, pues apenas recuerdo algo- dijo él besándola en la boca.
- Primero el barco por el Sena te llevó junto con tu maestro a un transbordador- prosiguió ella mientras probaba una uva- Luego el transbordador hizo escala en la isla de Guernesey, en el Canal de la Mancha, donde tu maestro estuvo exiliado. Creo que dísteis un paseo por el puerto y él te hizo una reflexión sobre la represión vivida durante las dictaduras tiránicas. “También Aristóteles” te dijo “se exilió voluntariamente en la isla de Eubea partiendo de Atenas”. “La naturaleza es maravillosa e insuperable” dijiste tú, “el hombre se sentiría en su plenitud en ella si no existiesen tiranos”. “El primero es el pecado” te amonestó él, “que separó al primer hombre de una parte de la obra de Dios. Pero no por esto Dios lo abandonó, sino que lo socorrió en su debilidad hasta encarnarse en ella para salvarlo”. Continuásteis hablando sobre el mismo tema, y el transbordador o crucero os aguardó para llevaros por mar a Londres. El espíritu os permitió superar la barrera del espacio-tiempo, y tú preguntaste a tu maestro: “¿Por qué siempre el tiempo vuelve al sujeto de una forma distinta, como Proust describió en su obra En busca del tiempo perdido?” “ El físico Einstein , a quien no llegué a conocer en mi época” te respondió él “describió este fenómeno físico como la curvatura del espacio-tiempo. La geometría demuestra que toda línea recta termina curvándose, porque pertenece a la unidad de un conjunto y está unida por ello al resto. El tiempo es una línea recta que parte de un punto y que viaja sin cesar hasta llegar a su destino. Allí entra en contacto con otras líneas que parten de otros puntos, y describe un circuito análogo al anterior pero no idéntico, porque incrementa su recorrido con otros recorridos para abarcar nuevas rutas en expansión. Es el ciclo del crecimiento universal. Si las matemáticas – aritmética y geometría- son un tratado de la naturaleza que refleja la sabiduría con que fue formada para su fin eterno, por medio de ellas pueden explicarse todos los fenómenos físicos que perciben nuestros sentidos, y en aquello que la ciencia no puede ser exacta, la razón y la lógica encuentran un hilo proporcional al que seguir”.
El barco que os transportaba arribó a Londres a las 12:00 a.m. Allí tomasteis una calesa que os llevó hasta el Puente de Londres, donde los vigilantes de la ciudad todavía dan de comer a los cuervos en recuerdo del rey Arturo, el último celta de Britania antes de que esta se convirtiese en sajona. Visteis de lejos la gran Catedral de San Pablo, pareja a la de San Pedro en Roma, y también los barrios obreros en expansión y las vías de ferrocarril al fondo. Os admirasteis de los deshollinadores sobre las chimeneas de los trenes que limpiaban los residuos de la combustión del carbón que hacía arder las calderas de las máquinas de vapor. Fuisteis a visitar el Barrio Obrero de Hampstead y os entretuvisteis en una cafetería con el escritor Charles Dickens. Observando aquella vorágine de

hombres que habían dejado el campo para abastecer la demanda de las fábricas, los primeros proletarios industriales, dijiste sin atreverte a tocar el whisky que te ofrecieron, y que tú sugeriste que te cambiasen por una infusión.
- Aquí podría reconocer a Oliver Twist en cada uno de los niños que viven en este barrio. ¿Ha sido este el comienzo del desarrollo industrial y demográfico que aumentó la población del mundo y trazó vías de comunicación que unieron los territorios apartados de la ciudad humana? ¿No es más bien una nueva forma de barbarie?
- La cultura llega al hombre después del interés- explicó Charles Dickens mientras hojeaba despreocupadamente un periódico- Primero está el instinto, después las ideas, sucesión que se explica porque la razón es nuestra segunda naturaleza y nos distingue del resto de las especies animales. Darwin hizo ver al hombre como una especie más del reino animal cuya evolución siguió misteriosamente un curso distinto. Solo el hombre civilizado o racional llegó a poner en la cima de su evolución el derecho racional frente a la selección natural o norma del más fuerte. Pero al igual que en nuestra constitución biológica una minoría es racional, también en la organización social sucede lo mismo, y una minoría civilizada conduce a la gran masa bárbara al verdadero progreso del hombre. Después de hablar en estos términos, el gran escritor prosiguió tras haber tomado un sorbo de té.
- En Tiempos Difíciles traté el tema de la transformación social que empezó en Gran Bretaña para extenderse en un siglo al resto del mundo. Ya en el siglo XVII, Isaac Newton descubrió los principios de la física que permitieron construir las primeras máquinas de trabajo eficiente. En el siglo XVIII, el siglo de la Enciclopedia, las ideas de Francia permitieron el desarrollo de Inglaterra, quien aplicaría el martillo a las teorías, tal como expresa nuestro maestro de las letras de Francia aquí presente en su Prefacio de Cromwell. La máquina de vapor de James Watt haría posible que el trabajo de un caballo de vapor equivaliese al trabajo de dos caballos físicos. Después de explotar el carbón como materia prima para combustible, se explotarían otras fuentes como el petróleo y luego la electricidad, que aunque ya conocida desde Tales de Mileto, se haría práctica desde Michel Faraday. Este inicio cambiaría la faz de la tierra permitiendo que la justicia social llegase a los más desfavorecidos, a quienes el feudalismo medieval llamaba Tercer Estado y que no eran más que siervos un poco menos esclavos que aquellos que abolió la Doctrina Cristiana desde San Pablo hasta Livingstone. Pero también introdujo nuevas esclavitudes al monopolizar la técnica en manos de unos pocos que se llegaron a convertir en poco menos que nuevos señores feudales, aunque el feudalismo moderno ya no era militar sino industrial. Esta Primera Revolución tolerada por Inglaterra fue el complemento de superestructura sobre la infraestructura de los derechos civiles obrada por la Revolución Francesa, esto es, el desarrollo de su ideas, aunque bien sabemos que Inglaterra fue pionera en los Derechos Civiles antes que Francia con la Revolución Inglesa que llevaría a Oliver Cromwell al poder. El plan de salvación

de la humanidad desde el principio de la creación – el plan bíblico descrito por el poeta John Milton en El Paraíso Perdido y en El Paraíso Recobrado- se haría posible en nuestra parte de la historia cuando los derechos fuesen desarrollados por la técnica, siempre y cuando esta técnica se emplee para tal fin y no para otro. Así, el camino del desarrollo del hombre es también el de toda la humanidad.
- Todo lo que ha dicho es cierto desde el principio- reconoció Víctor Hugo mirando a una familia obrera que comía su pan en un rincón- El camino del desarrollo humano ha sido necesario, pero la imperfección del hombre, ¡cuántas cruces dejó a su paso! ¡cuántos golpeados por el poder del más fuerte! Unos pocos hicieron temblar al mundo cuando las máquinas absorbieron el trabajo de los hombres, y fueron creados infiernos como ese arrabal obrero, ese barracón por donde pasa el tren. Sí, el ciudadano encontró en la superestructura del desarrollo industrial su punto de apoyo, pero la mala gestión de la nueva circunstancia en muchos casos obligó a que en lugar de adquirir libertades civiles, las cediese a nuevos tiranos. Conmigo ha estado este hombre cuya misión es viajar a través de los tiempos para definir los Principios de Civilización que deben regir a toda sociedad, y ha comprobado en épocas posteriores a esta la inutilidad del progreso material sin los principios, lo ha comprobado, por ejemplo, en la horrenda tiranía de la Unión Soviética. Ahora que estamos en el momento y lugar en el que empezó el desarrollo industrial, debemos analizar los puntos que darán origen más adelante a estos nuevos abusos que empezaremos a conocer cuando nuestro célebre escritor nos acompañe por estos arrabales donde pululan las masas proletarias.
- Será un placer guiarlos, si puedo servirles de ayuda para realizar su misión- contestó cortésmente Charles Dickens- Vengan conmigo a conocer el fenómeno que hará que la población se multiplique hasta dar origen a la sociedad de masas.
Los tres salísteis del café y os internásteis por las callejuelas donde vive el hampa.
Ella detuvo su discurso y se abrazó a él dejando que su compañero jugase con sus cabellos.
- ¿Cómo puedes recordar todo esto sin titubear y con esa previsión? ¿Tienes esa memoria?
- No necesito tener memoria- respondió ella sonriendo- El espíritu me dicta todo lo que tengo que decir.
Mientras él la besaba, ella se fue despojando de la ropa hasta que se unieron en un acto de sexo amoroso. Él sintió su cuerpo y se vinculó con su alma hermana de la suya, a la que conocía desde siempre aunque su cuerpo físico al que le ligaba su karma no pudiese participar de su contacto en todo momento. Cuando él se unía a ella, procuraba que su cuerpo participase plenamente del placer de la unión, y ese placer lo llevaba mucho tiempo consigo, como un tesoro personal. A través de este acto en el que el placer físico y emocional se unían al amor racional, él podía vincularse en cuerpo y alma al amor universal, la materia con la que había sido hecha la creación.

- Continuaré hablándote de lo que hicisteis en Londres- siguió narrando ella mientras él apoyaba las manos en sus muslos- Recuerda que este regalo que has recibido te acompañará siempre, porque las almas de los que se aman están siempre unidas. Pero además, cuando caigan todos los velos de la circunstancia, entraremos juntos en la dimensión eterna, a la que tiende el tiempo presente. Ahora escucha. El espíritu que hay en mí me informa de que caminando por aquellas calles obreras os internasteis en varios distritos, y que llegasteis a una antigua fábrica en la que hombres, mujeres y niños, acampados frente a ella, protestaban a grandes voces:
- ¡Malditas sean las máquinas y los explotadores!
Los manifestantes eran todos pobres, llevaban la ropa raída y estaban desubicados, como en un espacio que no era el suyo. A una pregunta de tus guías, un padre de familia con una sucia camisa en la que no se distinguían los remiendos del resto de la ropa de tela y que estaba en compañía de su mujer y de sus dos hijos contestó:
- Yo era un jornalero en Kent cuando me hablaron de esta nueva fábrica de telas. Me dijeron que muchos de los jornaleros que antes trabajaban en muchas haciendas particulares vinieron aquí a trabajar, porque les aseguraron mejores condiciones. Pero los socios que levantaron la fábrica decidieron mecanizar todo el trabajo con nuevas máquinas, sin preocuparse de lo que podía pasarnos a nosotros. Los jefes nos dijeron: “Nadie os obliga a esta aquí. Ahora podéis marcharos”, pero nosotros contestamos: “Cuando llegamos aquí éramos pocos, y ahora hemos engendrado hijos que comen nuestro pan. No tenemos adónde ir, porque en el lugar de donde vinimos ya no hay trabajo para tanta gente. Vosotros habéis hecho que un solo hombre con una máquina haga el trabajo de muchos. Bien, pues ahora os demandamos que un solo hombre con una máquina dé de comer a muchos”.
Todavía no había terminado de hablar el padre de familia, cuando se oyó la voz de un encargado que acababa de abrir las puertas de la fábrica:
- Ya os han dicho que aquí no hay nada para vosotros. La técnica avanza y las nuevas máquinas no os necesitan. Volved por donde habéis venido. Los socios han decidido reducir personal e internacionalizar la fábrica. Me han ordenado cerrar estas puertas y no permitiros el paso. Si no salís de aquí, los oficiales os retirarán por la fuerza.
- ¡Exigimos que se nos reconozcan nuestros derechos!- exclamaron los manifestantes- ¡Somos personas, no animales! ¿Acaso las máquinas van a acabar con el pueblo? ¿Para qué sirve el desarrollo sin el hombre?
Una mujer se quejaba:
- Los socios de las fábricas mecanizadas han dejado los pueblos sin gente. Ahora, aunque nosotros quisiésemos volver, ¿con qué medios lo haríamos? Donde antes cultivábamos pequeñas extensiones hay monocultivos extensivos. ¿Quién se ocupará de nosotros?

Se oyó un tumulto en la calle y un contingente de gendarmes de la ciudad obligaron a los manifestantes a retirarse reprimiendo a algunos con violencia, hasta llegar a golpearlos y a herirlos. Un grupo de manifestantes formado por varios jóvenes se enfrentaron a las autoridades y también golpearon e hirieron a varios ediles. La multitud se deshizo como disuelta en un líquido y los manifestantes se dispersaron por las calles, atrincherándose en los suburbios que se construyeron junto a las fábricas y vías de tren.
- ¡Nos uniremos para exigir nuestros derechos!- gritaban de todas partes- ¡Somos personas, no animales!
Wandsworth, Southwark, Battersea, Lambeth, Woolwich, Bermondsey y Camberwell comenzaron a hervir de manifestantes al sur del Támesis, por el que cruzaban ya los recientes barcos de vapor. En una esquina de una calle donde se atrincheraban grupos de presión formando barricadas, un orador estaba hablando sobre una tribuna:
- Obreros de Londres, sindiquémosnos para defender nuestros derechos frente a los abusos de quienes implantan máquinas para acabar con los hombres. Estos son los gremios de la evolución y no de la involución. Ahora los ciudadanos han conquistado sus derechos, pero una dictadura tecnológica fomentada por una oligarquía de empresas podría vulnerarlas. Somos la voluntad nacional, no lo olvidemos.
Después dio paso a un hombre con smoking y sombrero de copa que habló a los redimidos:
- Me llamo Robert Owen, y soy empresario. En mi empresa no consiento que se abuse del obrero, y para ello he solicitado a las autoridades que limiten su jornada y que no obliguen a los hombres a adaptarse al ritmo de las máquinas, sino a las máquinas a adaptarse al ritmo de los hombres. No podemos dividir el mundo entre quienes implantan máquinas y quienes son cada vez más explotados por ellas. Queremos un mundo diverso, como diversa es la naturaleza, con jerarquías y miembros para todos.
Al escuchar su discurso, los manifestantes arrojaron sombreros al aire. A ti te pareció recordar una escena similar en tu visita a los tiempos de la Revolución Francesa.
- El Sindicato os necesita a cada uno- expuso un obrero con camisa de pana- Todos somos necesarios para lograr la conquista social que nos permita reconocer nuestros derechos. Los derechos del ciudadano tienen que hacerse efectivos también para nosotros. La máquina para el hombre.
- ¡ La máquina para el hombre!- repitieron los circunstantes.
Charles Dickens acarició la empuñadura de su bastón y os dirigió la mirada antes de decir:
- Esta es la patria del Parlamento. Inglaterra puede gloriarse, con todos sus condados anglosajones, de ser la precursora de la modernidad como Grecia lo fue de la Antigüedad haciendo posible el Derecho de Roma. Esto lo saben ustedes como yo, y lo pueden comprobar leyendo al mismo Shakespeare. En la Edad Media, los nobles ingleses obligan a Juan Sin Tierra, hermano de Ricardo

Corazón de León, el Cruzado, a firmar la Carta Magna para que las decisiones del soberano sean respaldadas por una asamblea. Este es el principio de la voluntad general de la que hablarán más tarde Locke y Rousseau. El Parlamento ya existía antes como una Corte Regia, pero desde 1215 su función se hará efectiva. La Revolución Inglesa que condena al rey absolutista Carlos I es también un antecedente de los hechos sucedidos en época de Luis XVI, y el Bill of Rights o Declaración de Derechos que se establece durante la fase de la Revolución Inglesa en la que accede al trono Guillermo de Orange es otro antecedente de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 – internacionalizada definitivamente en 1948 -. Vemos, pues, esta correspondencia entre Grecia e Inglaterra y entre Roma y Europa Continental, de la cual Francia es la embajadora. Grecia aportó a la civilización la Democracia Directa, e Inglaterra la Democracia Representativa. Roma aportó en su tiempo el Derecho de Gentes y Francia la Declaración de Derechos del Hombre.
El eximio novelista miró a los barrios en transformación y continuó hablando:
- Inglaterra es un reflejo moderno de la Grecia antigua (en este instante se me viene a la memoria la conocida oda de Keats, la Oda a una urna griega) aportando la Revolución Científica protagonizada por Isaac Newton, la cual es un desarrollo de la ciencia griega que sintetiza Aristóteles. Resulta extraño que sea yo quien diga esto y no el autor de La leyenda de los siglos, aquí presente, por medio de sus versos hexámetros – y su mirada se dirigió a Víctor Hugo- pero en mis novelas también he tratado de reflejar esta transformación social como pudieran hacerlo los historiadores Herodoto, Tucídides o Jenofonte. Nuestro maestro de las letras sintetiza mejor que ningún otro el progreso humano, mesiánico y redentor. Y lo hace de aquellos que fueron redimidos por él con insuperable precisión, como sucede en Los miserables. En mis novelas trato de expresar este cambio social en cada uno de sus personajes, gente de la calle que vive y padece esta situación. Yo mismo estoy entre ellos, mi autobiografía con respecto a David Cooperfield es innegable. Yo he conocido en mi infancia a niños como Oliver Twist. El siglo que me ha tocado vivir es el de las transformaciones sociales, tiempos difíciles para unos y gratos para otros. Si este siglo ha culminado la labor de los anteriores – teóricos como la Enciclopedia respecto a la práctica de la Industria- es gracias a las ideas de los hombres, si las máquinas evolucionan con tal rapidez por la autopista del conocimiento es, igualmente, gracias a las ideas de aquel primer científico griego que frotó un trozo de ámbar con su túnica para generar electricidad. Por tanto, todo sistema social ha de ser humanista por excelencia, ha de integrar y no de segregar a nadie, como la caridad cristiana estableció al inicio de la Modernidad. Esto es lo que fue, es y siempre será con independencia de todas las novedades sistemáticas que nos traiga el desarrollo técnico. Es el principio de justicia social equivalente a la armonía natural entre los hombres. Es el auténtico hábitat humano.

Tu guía y maestro dijo después de este discurso:
-Las letras británicas pueden estar orgullosas de tener a un escritor como usted entre sus miembros. Todo lo que ha dicho es tan cierto y necesario para los hombres como el entorno en el que vive, puesto que sin ideas, el hombre es un animal más que pasa como otro animal cualquiera. En mi novela El hombre que ríe, que está ambientada en un Londres preindustrial, hago la comparación entre el hombre y el lobo, hecha también por el comediógrafo Plauto al decir que a menudo el hombre es un lobo para el hombre, cuando intercambio los nombres del protagonista y de su mascota, llamando al hombre Ursus y al lobo Homo. Cuando el hombre se deja llevar por sus vicios o depravación de sus instintos se convierte en un lobo para sí y para sus semejantes, pero cuando actúa conforme a la virtud empleando su inteligencia para el fin determinado de redimirse a sí y a su entorno, puede merecer el título de verdadero hombre o administrador natural, según el don que Dios le otorgó al primogénito Adán para alcanzar alturas celestiales mayores, y que él no supo aprovechar cayendo en el pecado, si bien la gracia lo redimió después por medio de su sucesor Cristo. El hombre sobre la tierra tiene un papel de administrador de la obra de Dios, de la cual solo él es titular. Pero la codicia y el error, productos de la ignorancia, llevaron a generar la injusticia y el abuso, los cuales perjudican en primer lugar a los mismos que los padecen. Por eso el primer hombre fue expulsado del Paraíso y arrojado al éxodo de los desiertos humanos, donde se pierde engañado por vanidades, y así la historia avanza entre tales errores forjando cadenas en lugar de romper las que existen, olvidando la finalidad con la que el hombre fue encargado de su misión. Este es el pecado social que hay que combatir. Del progreso industrial surgirá la bestia de nuevas barbaries que será finalmente derrotada por el progreso paulatino de la razón, para que cuando la civilización alcance nuevos mundos, su Canto General, como el de mi sucesor en las letras Pablo Neruda, exorcice los abusos de su embajadores, y solo quede la palabra limpia y pura de su primer mensaje.
Escuchasteis el sonido el tren al pasar sobre sus raíles recién instalados, mientras echaba humo por su chimenea con su característico sonido, llegado de Liverpool con mercancías para la metrópolis. Su velocidad había hecho pensar a los campesinos que perjudicaría a las vacas que levantaban la cabeza para verlo pasar y que se quedaban rumiando sin pacer largo rato. Las vías de tren acercaban las distancias, pero afectaban al entorno. Muchos desaprensivos industriales soñaban con derribar los paisajes e instalar una red laberíntica para sus mercancías. Por primera vez se pensaba en el impacto del modo de vida del hombre sobre el medio, y también en que ahora el problema ya no eran los límites naturales, sino el hombre, cuya naturaleza resultaba cada vez más difícil de someter a un freno moral debido a las posibilidades tecnológicas que cambiaban la forma de relacionarse con la sociedad.
La máquina de vapor se desplazaba velozmente y todos querían subirse a ella. Nadie aceptaba ser el último. Pero en los vagones

cargados de carbón para el combustible de los nuevos aparatos que transformaban la tierra se asomaba a sus ventanas sucios de hollín los obreros que no tenían tiempo de mirar a su alrededor y que día a día iban olvidando el ecosistema del que habían salido. Todo el mundo parecía tener prisa, y nadie sabía muy bien lo que estaba sucediendo, solo veía que sucedía.
Vosotros también os subisteis al tren. No era de extrañar que el desarrollo dela novela tuviese que ver con aquellos tiempos, pues en ella se podrían registrar los cambios sociales que de una generación a la otra hacían olvidar el entorno de la predecesora. Cuando todo iba más deprisa, la mezcla de clases y de individuos obligaba a replantearse constantemente los sistemas, y era más fácil caer en la frivolidad olvidando que todo aquello venía de la tierra, del labrador que araba como hacía milenios en un campo que se veía un instante al pasar.
El prodigio del caballo de hierro os hizo atravesar los condados de Inglaterra que antes eran demarcaciones de guerreros celtas, sajones y normandos que habían forjado su destino aprendiendo los rudimentos de la civilización. Pero el tren que iba a la ciudad venía de un lugar poco turístico y visitable. Vosotros quisisteis hacer esa ruta inversa a la del desarrollo y os encontrasteis con una oscura mina de carbón de la que brotaban al exterior no hombres, sino niños.
Sus cuerpos estaban castigados por aquella labor inhumana que no daba tiempo a que se hiciesen hombres, porque el mundo tenía prisa por cambiar, y no importaban nada los destinatarios de su transformación.
- Esta es la otra cara del progreso aparente, ¿ven ustedes?- dijo Charles Dickens apuntando con el dedo a las víctimas de la Revolución Industrial- Se ven bien la madera con la que los crucifican. El mundo se ha vuelto más inhumano desde que avanza más deprisa. Si esto se hace con los hombres, ¿qué se hará con el resto de la naturaleza? Por eso quien tiene principios debe decir algo.
Después de detenerse a mirar por la ventanilla, prosiguió:
- La mayoría de estos infelices no saben leer ni escribir, ni saben para qué sirve lo que hacen ni qué riesgo conlleva, lo único que conocen es este infierno. El trabajo del campo era más humano, pero muy pronto solo les quedará esto. Se avanzará en derechos a medida que su cultura aumente, pero ahora son totalmente manipulables. No son ciudadanos.
A ti te resultó muy difícil sostener al mirada ante aquella barbarie humana fruto de la codicia de los pioneros del desarrollo tecnológico. Pensaste que el primer ingeniero de la historia- en nuestras latitudes se atribuye a Arquímedes este título- se había equivocado como decían aquellos satíricos anteriores a Horacio, Juvenal y Persio que criticaban los inventos del hombre y cuestionaban la utilidad del desarrollo. Cualquiera vería en tal forma de servidumbre una involución y no una evolución, de manera que ante los cuerpos lacerados de los niños podrías arrojar al mar los principios de la

física de Newton. Pero una vez más reconociste que no eran los principios naturales , que Dios había establecido como buenos, sino su uso desviado, lo que daba lugar a tales injusticias.
- Muy pronto la explotación será exportada a todos los países del mundo- se quejó Dickens con acento macabro- que importarán junto con los principios de civilización esta aberrante forma de barbarie.
- En efecto- apuntaste tú empleando las experiencias y conocimientos sociales de tu tiempo- La era industrial y la explotación indiscriminada, a pesar de los derechos que adquirirán los trabajadores de la industria para que se hagan efectivos sus derechos de ciudadanos, afectará al mundo humano dividiéndolo en tres zonas: primer, segundo y tercer mundo. Esta división hará que aquellas regiones del mundo en las que sus habitantes no sean conscientes de la importancia de defender sus derechos se conviertan en nuevos siervos de la devastación industrial. En muchos países en vías de desarrollo, sus ciudadanos no tendrán derechos efectivos en la práctica, porque las grandes compañías, nuevos ídolos del Olimpo Tecnológico, no los respetarán y ellos no sabrán cómo evitar el abuso. Además, en los países desarrollados existirá una competencia exagerada entre individuos que en la práctica se traducirá en agresión al hábitat de los hombres y del resto de la naturaleza. Se introducirán los viciosos hábitos del consumismo en la población y sus miembros serán cada vez más siervos del poder de estas oligarquías neofeudales. ¡Conozco muy bien el resultado de esta nueva barbarie porque afecta a mi época! Me gustaría poder cambiar esta circunstancia, si ustedes me ayudasen. Ustedes, la minoría inteligente que salva de la ignorancia a las mayorías indiferentes, ustedes, quienes siembran los principios de la cultura entre el género humano para que este alcance su destino libre, ustedes, promotores de ideas en los valores atemporales que informan la comunidad social. Háganlo posible también en la práctica.
Después de hablar, te acaloraste a la vista de aquel espectáculo de degradación humana, y tus mentores te tranquilizaron – en especial tu maestro- diciéndote:
- No se preocupe ni se afane por el destino del mundo, porque este sirve al propósito general del espíritu y a su proyecto redentor. La evolución social es un reflejo de la evolución humana, y sus errores nunca serán suficientes para evitar que llegue a redimirse, pues el espíritu inteligente está muy por encima de la materia obediente a sus mandatos.
- ¡Rápido, muchachos, más rápido!- gritaba un capataz a los niños de las minas, la mayoría de los cuales no pasaban de diez años- ¡Necesitamos llenar cuatro vagones más antes de las doce!
Pediste que te apartaran de aquella visión. Te dijeron que era necesario para que conocieses y tuvieses el ejemplo de cómo en los cambios sociales el desarrollo no sostenible se sirve de inocentes para alimentar su codicia. De nada te sirvió después ver cómo funcionaba el telar mecánico de Richard Arkwright, impulsado por fuerza hidráulica, el cual había transformado en poco tiempo la

configuración de los pueblos de alrededor, uniformando los pintorescos paisajes que ahora eran extensivos y en los cuales muy pronto los campesinos habrían abandonado sus tareas para servir al pie de los nuevos inventos.
De la mecánica a la electricidad, y de esta a la electrónica, el camino era corto. Muy pronto el automóvil se convertiría en una necesidad nueva, Edison patentaría miles de aparatos eléctricos y se haría precursor del transistor cuya mejora sería la base del procesador de computadora. La población aumentaría, si bien el crecimiento descontrolado y los nuevos hábitos – a pesar de los avances en nivel y esperanza de vida- harían que el hombre moderno postindustrial se convirtiese en un nuevo Ulises en busca de una Ítaca de tranquilidad, cada vez más confundido y estresado, cada vez menos libre y más atado a los vicios, como el protagonista de la novela de Joyce.
Lo que parecía ser una novedad más traería consigo grandes transformaciones no vistas en siglos pasados. Cuando presenciaste la velocidad de trabajo de las empleadas de los telares mecánicos te transportaste a la Era Ford y a su modelo de trabajo en serie logrado un siglo más tarde. A partir de la Revolución Industrial, el ciudadano moderno debía ser más consciente y más responsable, y para ello debía estar más formado. De lo contrario, la falta de suelo natural en que apoyarse lo conduciría a la deriva, a servidumbres de otro tipo, pasando por aquella amplificación extrema y monstruosa del Periodo Soviético que aunque terminaría desapareciendo, dejaría sus secuelas en mentiras e ídolos de masas que convertirían al ciudadano en súbdito de oligarquías empresariales.
El resto del trayecto en tren os llevó desde Northumberland, condado antaño limítrofe con la Escocia de los castillos bajo la cual el emperador Adriano construyó el conocido muro con el fin de evitar que pictos y escotos invadiesen la Britania romanizada. Ahora, el territorio era presa de las compañías mineras que explotaban el carbón, primer combustible importante anterior al petróleo que convertiría los ecosistemas humanos en aldeas globales a una velocidad superior a la que el hombre asimilaba los principios de convivencia de la ciudad clásica basada en el Derecho de Gentes.
El hombre moderno se veía de vez en cuando en un paisaje cambiante, incapaz de entender bien lo que sucedía y de educar convenientemente a generaciones que nunca experimentarían el pasado de la misma manera. Los pioneros se subían a los trenes, deshollinaban, limpiaban las calderas, sin saber siquiera qué clase de animal de hierro montaban, quiénes y para qué lo habían construido. Eran las máquinas las que reemplazaban a la agricultura de subsistencia y exigían una adaptación por parte del nuevo colono. El desarrollo se basaba en crecimiento de la población por avance técnico, en una espiral ascendente que llegaría a colapsarse promoviendo el gran conflicto que daría lugar a la internacionalización de los Derechos Humanos y a la implantación definitiva de los Principios de Civilización a escala mundial.
El tren de vía radial aceleraba de tal manera la producción, que el ritmo de vida sedentario del campesino antiguo era ahora un motivo

de deseo por parte de quienes se afanaban en transformar la tierra implantando cultivos rotativos y extensivos que prácticamente inhabilitaban el cultivo de subsistencia de las pequeñas aldeas. Solo sobrevivían las grandes manores o latifundios. La población que hacía más cosas en menos tiempo adquiría bárbaros hábitos, como fumar continuamente para mantenerse despierta, obligada como estaba a moverse sin tener tiempo para mirar a su entorno. Los jóvenes despreciaban a sus mayores, entusiasmados con las novedades que les ofrecían los veloces aparatos. La sociedad cambiaba antes que aprendía, y esto originaba una sensación de no saber dónde se hallaba uno.

- Los niños abandonan la escuela para venir a trabajar a las fábricas- os informó Charles Dickens mostrándoos una bola oscura que sacó del bolsillo acompañada de un libro- Los jornaleros de hoy saben que más vale una máquina que muchos braceros, y por eso prefieren el ínfimo puesto en una cadena de montaje a muchas yugadas de tierra. Observen bien lo que tengo en la mano. Es una pelota de opio. Ustedes saben que el opio vegetal sirve como medicina y anestésico en muchos casos, pero el empleo que hoy se le da es distinto. Así lo atestigua el escritor De Quincey en sus memorias, que se titulan, precisamente, Memorias de un inglés fumador de opio. Esto es así porque hoy en día se emplea el opio como estupefaciente, y se hace debido a una costumbre introducida por el Imperio Británico que tiene que ver con el dominio colonial. A partir del triunfo de la Revolución Industrial, el Reino Unido de Gran Bretaña se convertiría en el primer imperio colonial del mundo arrebatándole el puesto a España, descubridora de América. En el futuro, el inglés será el idioma de la modernidad. Ahora mismo, la India es la colonia británica más importante, de la que esta importa, entre otras cosas, el té. Pero les diré cómo Gran Bretaña aseguró su dominio o influencia en Extremo Oriente. Muy sencillo. Cultivando opio en la India para venderlo luego a China. El Imperio Chino, el Egipto de Asia, durará hasta la vigesimosegunda dinastía, luego se convertirá en una República europeizada, porque ahora es un residuo de la Antigüedad. Ahora mismo, China es un reino débil a causa de la drogadicción de su pueblo, desde el propio emperador a los funcionarios civiles, y esta causa es debida a la venta de opio en su territorio por parte de Gran Bretaña. Esta estrategia se repetirá en muchas colonias, con el fin de asegurar su dominio por parte de la metrópolis. No quiero con esto criticar a mi nación; España hizo lo propio con las encomiendas en América que luego acusaría Bartolomé de las Casas. Solo quiero apuntar que en la Revolución Industrial, a pesar de sus mejoras para la población, serán introducidas nuevos opios con el fin de que el ciudadano se duerma, olvidando sus derechos, y se convierta en siervo de intereses que no comprende. El sociólogo Marx hablará del opio del pueblo y este será su mejor aportación. El mundo cambiará tan deprisa que no habrá tiempo para pensar en sus cambios que tanto afectan a la naturaleza y a las costumbres. Por eso será una época de propaganda y de opios, se traficará con la información y se deformará el mensaje por

medios técnicos que , como nuevos ídolos, conducirán a la opinión pública a su falso sacerdocio: la tecnocracia. Solo la educación en valores de cultura garantizará al eficacia de los principios de civilización, para que quienes pretenden manipular no conviertan a los ciudadanos de muchas naciones poco formadas en súbditos de oligopolios multinacionales, para que sea preservado el patrimonio material e inmaterial de los pueblos, la naturaleza y las costumbres que nos han traído hasta aquí y que seguirán llevándonos más adelante si no se lo impedimos nosotros.

Hojease las memorias de De Quincey alabando el humanismo de Dickens, única vía de concordia entre los hombres, y evocaste a su antecesor Tomás Moro y su didáctica Utopía, cuyo título no tenía que ver con el moderno significado que se le da hoy al término, sino con el de un ejemplo imaginario de convivencia adecuada con los demás y con el medio.

Mientras atravesabais los condados sajones de Essex y Middlesex, Víctor Hugo te resumió la historia del pueblo inglés: " Si Grecia descubrió los principios, Gran Bretaña interpretó los axiomas. Grecia es ciencia; Gran Bretaña, técnica. Así, Tales descubrió la electricidad y Faraday expresó su funcionamiento, como Aristóteles definió la física y Newton aplicó la matemática a sus principios. Grecia hizo posible el Imperio Romano y el Derecho de Gentes. Gran Bretaña hizo posible la República Ilustrada de Estados Unidos y la Aldea Global". Después te narró cómo el idioma inglés se había formado por la convergencia del latín de los britanos agilizado por la dicción de los anglosajones. Era el idioma práctico por excelencia, por eso se había extendido en el mundo seguido de la teórica majestad del español. Guillermo el Conquistador había unificado el territorio en 1066 y había nombrado a San Anselmo – teólogo descubridor del Argumento Ontológico- primer obispo de Canterbury. Antes, los anglos y sajones habían ocupado el territorio de los celtas britanos para reprimir, alertados por estos, una invasión bárbara de los pictos escoceses tras la caída del Imperio Romano.

Tras el reinado del último caudillo británico, el rey Arturo, natural de Gales o Camelot, los anglos y sajones habían establecido las primeras demarcaciones territoriales o condados – desde la época de Alfredo el Grande hasta Eduardo el Confesor- para ser unificados y convertidos por fin en el reino de Inglaterra por los normandos de Guillermo el Conquistador. La condición insular, así como el espíritu de empresa de los germanos romanizados, había hecho posible que la Curia Regia se convirtiese pronto en un Parlamento cada vez más democrático, formado por individuos cada vez más conscientes de sus derechos, hasta hacerse obligatoria la democracia representativa para sus soberanos desde la promulgación de la Carta Magna en 1215. Inglaterra se convirtió en un estado moderno con el rey que abandonó la tutela del papado y con Isabel I, cuando las letras convirtieron a William Shakespeare en el intérprete de las pasiones humanas, desde que el teatro isabelino recibiera de las tragedias de Séneca la pauta para convertirse en el más importante de todos los tiempos, con autores como Ben Johnson o Christopher Marlowe.

Cuando la España de Cervantes, el imperio que había descubierto el Nuevo Mundo, comenzó a declinar a causa de sus disparates militares, Inglaterra emergió como nación industrial aplicando los principios científicos de su físico Isaac Newton. Otra nación se escindió de ella, Estados Unidos, fundando una república basada en los principios de la Enciclopedia Científica que llevó a Francia al Derecho del Ciudadano.
Inglaterra se asoció a Escocia de forma definitiva, formando el reino de Gran Bretaña en el siglo XVIII – el siglo de la Independencia Americana-, y en el siglo XIX a Gales, que , junto con el norte de Irlanda conquistado en la Edad Media por Enrique II Plantagenet, conformaron el Reino Unido de Gran Bretaña. La Revolución Industrial convirtió al Reino Unido en el Imperio Ultramarino más grande de la historia, y cuando este imperio se emancipase, el idioma y la civilización anglosajona marcarían las pautas de la civilización en el mundo, sucesora del legado de Grecia, de Roma y de Jerusalén.
La monarquía inglesa perduró desde la Edad Media a causa de su sumisión al Parlamento, verdadero órgano de la voluntad popular. Esta circunstancia es el auténtico valor de esta nación, que de nada serviría si el desarrollo técnico que le siguió anulase la conquista social y humana del ciudadano. Por eso ahora el mundo ha aprendido a regirse por este principio, que es el mismo que aportó un día Grecia, adaptado a las circunstancias actuales de la sociedad global.
La narradora detuvo un instante su relato para beberse un sorbete que tomó de la nevera de la habitación.
- Sabes exactamente todo lo que ha sucedido durante mi estancia en la Inglaterra Victoriana- declaró el Hombre del Futuro bebiendo a la vez un trago de la copa que ella le había escanciado- Creo recordar haber visitado un orfanato, o algo así, además de las minas de carbón de Northumbria… y también recuerdo haber visitado una fábrica siderúrgica en…
- Northampton- completó ella- Allí supiste el maltrato humano que se daba a los obreros cuando viste que le caía la piel de las manos y además, el humo de la fábrica…
- No sigas- bromeó su compañero, o su pareja- Me imagino el resto.
El pecado de la nación que trajo al mundo al Revolución Científica con la física de Newton y la biología de Darwin, la impulsora de la Enciclopedia que sistematizó todas las ciencias desde su definición en la antigua Grecia, la que inició la transformación de la sociedad y del medio con la Revolución Industrial, trajo también la competitividad extrema de las masas sociales y el abuso tecnológico que se ejerce en los países menos desarrollados industrialmente. Podemos decir que deshumanizó las relaciones entre personas a pesar de haber aportado mayor justicia social durante un tiempo, y esto lo hizo porque los cambios que ejerció sobre el conjunto se volvieron contra el ciudadano cuando este no supo para qué se producían y cayó en nuevas servidumbres a causa de su falta de cultura al respecto. Esta es la tesis de Ortega y Gasset sobre la deshumanización del mundo moderno. Y esto fue precisamente lo

que denunció el novelista Charles Dickens. El poeta Baudelaire afirmaba que podía viajar a Inglaterra leyendo una novela de Dickens. Nadie describe tan bien los cambios sociales y la falta de caridad y de freno moral de sus promotores. En el mundo moderno, podemos decir que cada vez la sociedad está más polarizada porque cada vez es menos diversa, y la gran autopista del progreso tecnológico no cede su primacía al progreso de las ideas. Por eso, en la era posindustrial la autopista única deja en sus márgenes regiones y personas abandonadas mientras ella sigue un trazado rectilíneo que no se sabe dónde termina, y que no tiene en cuenta el medio del que depende. Conozco la forma de este embudo y su falacia. Hasta que no se ramifique esta autopista única en carreteras secundarias que transporten los efectos de la civilización a las regiones abandonadas y respeten sus ecosistemas naturales y sociales, el desarrollo será una paradoja como la de Aquiles y la tortuga. En una deriva ideológica, la tortuga del cuento griego dividirá el tiempo de su trayectoria de Aquiles, y si esta parte con anterioridad a aquel, a pesar de su mayor lentitud, será inalcanzable por este. Tampoco el desarrollo alcanzará la civilización si no se subordina a esta, y su movimiento terminará deteniéndose en la inutilidad por efecto de las fuerzas naturales.

El Hombre del Futuro se detuvo para recibir una caricia de su mujer.

- Has aprendido muy bien el sentido de tu misión, cariño- le dijo su mujer mientras acercaba su rostro a sus senos, redondos como frutas de nácar- Ahora podemos unirnos en ciertas ocasiones, pero cuando termine tu periplo por el espacio-tiempo sin límites nos uniremos en un hogar atemporal. Mientras recorres tu ruta ta vas haciendo más ligero, te vas despojando de tus ignorancias y de tu karma aprendiendo enseñanzas de las experiencias de los hombres. La humanidad que vendrá de ti recibirá tu testimonio y será más parecida a la imagen que en el plan divino tiene el hombre, hecho a su semejanza. Todo esto alcanzará su valor con el tiempo que da vida al espacio. El tiempo no es otra cosa que el paso del espíritu por la eternidad, la naturaleza íntima del ser en el que existimos. Yo, tu Diótima, como aquella que enseñó a Sócrates y que nombra en sus versos Hölderlin, te doy el amor que recibo del universo, te incubo dentro de mí para todos tus alumbramientos. A pesar de tus errores, camina siempre en pro de tu misión y no temas a ningún obstáculo en el camino cuyo sentido es la plenitud del alma dentro de su cuerpo universal. Ahora escucha el resto de tu relato, que yo proseguiré como quien lo ha vivido.

- Libertad- pronunció él después de terminar su copa- Ése es tu nombre. Y me gusta.

- Ése es mi nombre- dijo ella besándolo en la boca- Y a mí me gusta que te guste. Escúchame tú ahora. Estabas en la fábrica siderúrgica de Northampton. El ferrocarril os llevó a los tres, pero al principio Charles Dickens no quería entrar. “Esta es al razón por la que el partido obrero combate por los derechos de los trabajadores tras la Revolución Industrial” os dijo acalorado, “Ahora nos disponemos a

entrar en el infierno". Y tú recordaste el poema "Los hombres del nitrato" de Pablo Neruda:

"Yo escuché una voz que venía
desde el fondo estrecho del pique,
como de un útero infernal,
y después de asomar arriba
una criatura sin rostro,
una máscara polvorienta
de sudor, de sangre y de polvo.

Y ése me dijo: Adonde vayas,
habla tú de estos tormentos,
habla tú, hermano, de tu hermano
que vive abajo, en el infierno"

También allí deambulaban obreros maltratados que se movían entre hornos de materia incandescente. No había en la fábrica ventanales lo suficientemente amplios para desalojar la cuarta parte del humo de los hornos que salía como columna negra por una alta chimenea de ladrillo. Allí se hacinaban, como termes, los hombres, habitantes de aquel agujero maldito, mientras un capataz los obligaba a moverse con rapidez.
Solo se adivinaba un pensamiento entre la gente que regía aquella fábrica: el de aumentar y aumentar la producción mientras el entorno natural y humano era devastado. "Van a quedarse los montes sin tierra en la que apoyarse cuando cuando les quiten el carbón de debajo" apuntó Dickens asombrado, a pesar de conocer muy bien aquel ambiente, "y van a quedarse también sin hombres, a este paso" continuó. No exageraba tu embajador, porque de vez en cuando se escuchaban las toses de los obreros que proseguían sin deternerse, y de no ser por vuestra situación especial, también toseríais vosotros y os veríais obligados a marcharos de aquel lugar insalubre. "Pobres hombres" exclamó Víctor Hugo, "pobre humanidad maltratada".
Del suelo se alzó un obrero macilento y delgado como un fideo que había acabado de limpiar un horno. Caminaba cojeando y echando mano a la espalda. "¡Eh, tú, muévete!", le ordenó el capataz, "ya tengo demasiadas bajas. No quiero lisiados aquí. Te mueves o te vas". "Tengo que mantener a mi familia" suplicó el obrero enfermo, "dame una hora más, una hora más, capataz, solo eso" y comenzó a toser mientras ponía las manos juntas delante de su implacable explotador. "Mierda para los obreros inútiles" gritó el jefe de personal, "Nadie les manda venir aquí. ¿Por qué no trabajan en otra cosa?". "Porque el campo ya no nos alimenta, capataz" gritó un obrero joven con el puño en alto, "Ahora solo quedan vuestras fábricas para los jornaleros como nosotros. El mundo ha cambiado y ahora es vuestro. Tenéis un deber con la humanidad y con Dios. Muy pronto no habrá iglesias, seréis vosotros los sacerdotes. Nosotros somos personas, y debemos vivir en un ambiente humano. Es eso lo

que pedimos cuando vuestras fábricas ocupen el globo: seguir siendo personas, seguir viviendo como personas". "¡Agitador! ¿Voy a tolerar un agitador en mi presencia?" gritó el capataz golpeando el suelo con el pie. "Cuando llegue el jefe me quitará de mi puesto. Vosotros" dijo dirigiéndose a unos obreros que guardaban la entrada y que no lograron veros a causa de vuestra situación especial, "cojed a ese y echadlo fuera".
En un instante evacuaron al joven obrero que salió gritando: "¡Derechos para los obreros, queremos ser ciudadanos, revolución!". El obrero enfermo aprovechó este incidente para descansar un minuto, pero pronto se le echó encima el capataz: "A ti te expulsaré del mismo modo, inválido. Sabes recitar fragmentos de la biblia y no sirves para tenerte en pie siquiera. Hablas como un ministro y te mueves como un caracol. Aquí debes moverte como una máquina, o de lo contrario no servirás para nada. El jefe así lo ha dicho cuando le dieron esta región en el mapa". "¡Ay de mí!" se quejó el obrero, "mis hijos pequeños. ¿No tienes entrañas, capataz? ¿Tú no tienes hijos? No puedo moverme más rápido porque estoy cojo y me duele la espalda. ¿Es que no tienes piedad, capataz?". "Yo también tengo hijos" replicó el capataz, "y por eso me preocupo de conservar mi puesto. Antes fui deshollinador y llegaba a casa con la cara del color del betún. Por eso no me arriesgo a que me echen de mi puesto. A ti te echarán de todas maneras. No puedes moverte".
- Capataz, deja descansar a ese hombre- se escuchó una voz desde arriba.
Víctor Hugo, Dickens y tú mirásteis en dirección a la fuente del sonido. Observando desde la galería con levita y un sombrero de copa en la mano, un hombre de mediana edad y barba recortada a la moda de su siglo, estaba en pie con sus botas y sus ojos estaban puestos en el suelo.
- El hijo del jefe- murmuraron algunos obreros al verlo.
Podía ser uno de los personajes que aparecen en Historia de dos ciudades , en Dombey and Son , en Tiempos difíciles o en el Cuento de Navidad, obras del eximio novelista que os acompañaba. La literatura inglesa se convertirá en aquella que refleja mejor el hombre moderno de la era postindustrial cuando Wilde exprese en su Retrato de Dorian Gray la necesidad del arte para la cultura, cuando Byron hable de la libertad en sus viajes, cuando Virginia Woolf exprese la condición de la mujer moderna o cuando Edgar Allan Poe, del otro lado del Atlántico, estudie la psicología del individualista habitante de su sociedad de masas. Pero será vuestro guía en Inglaterra quien desarrolle el estudio de los tipos sociales de esta era, que Víctor Hugo define en su biblia social Los miserables. Por eso me remito a él para explicar la escena que presenciasteis, cuando el joven empresario dio la orden al capataz de su fábrica.
- Señor Peterson JR, disculpe el incidente- se excusó el capataz- Yo solo estaba diciéndole a este obrero que si no podía trabajar aquí al ritmo indicado, que se retirase. Nada más. Son las órdenes que tengo de su padre.

- Ese obrero está enfermo y no puede hacer horas extras- declaró el hijo del jefe- ¿Cuántas horas lleva aquí? Supongo que más de ocho, ¿no?
- Desde las siete de la mañana- contestó el obrero afónico.
- No podemos dejar la fábrica parada. No tenemos personal- musitó el capataz.
- ¿No tenemos personal?- exclamó el hijo del jefe- ¿No hay miles de obreros que demandan empleo aquí? ¿Por qué no incorpora a la plantilla el personal necesario?
- Es que las máquinas no necesitan más personal- se quejó el capataz sin saber qué decir- Solo se necesita personal para vigilar la fábrica.
- Todo el personal que se necesita debe ser contratado- afirmó Peterson JR- No solo el que es preciso para mover las máquinas. Las funciones de vigilancia son iguales a las que desempeña usted. ¿Puede decirme cuántas horas está usted en la fábrica realizando su trabajo?
El capataz titubeó:
- Casi toda…- musitó-… la jornada.
- ¿Todo el día?- preguntó su jefe.
- Son órdenes de su padre- protestó el capataz evadiéndose de la respuesta- Hay que controlar los procesos de producción, pero las máquinas no necesitan más personal. Estas de ahora pueden hacer el trabajo de muchos hombres. Pero hay que controlar el proceso, y yo me encargo de eso.
- Debe ser mucho trabajo para usted solo, ¿no?- bromeó Peterson JR.
- Puedo hacerlo perfectamente… - titubeó de nuevo el capataz.
- Sin embargo, se queja de que es precisa más vigilancia, y usted dice que se basta para todo, ¿no es así?- inquirió su jefe.
- Son órdenes de su padre- contestó el capataz sin saber qué decir.
- Pues bien, yo le encargo que ponga a este obrero enfermo vigilando la plantilla, y usted compartirá con él sus funciones- concluyó Perterson J.R.
El obrero enfermo se levantó del suelo y fue a abrazarse a las rodillas del hijo del jefe, de modo similar a como lo haría un vasallo de un señor feudal en el siglo XV. El capataz miró al suelo con ira.
- Cada uno de estos hombres es un ciudadano de Inglaterra- declaró el Sr. Peterson J.R.- y sus derechos deben ser respetados, también en este ámbito, a pesar de todas las transformaciones que experimenten las máquinas y sus promotores. Para esto sirve el progreso.
Charles Dickens extrajo del bolsillo de su levita un reloj con leontina de oro y consultó la hora.
- Me gustaría señalar esta hora como el instante a partir del cual una nueva época surgirá de estos escombros del tiempo- os confesó- Quisiera que Wordsworth o Coleridge estuviesen aquí, para expresarlo mejor que yo. Este empresario representa la nueva generación que permitirá que la globalización de la industria proteja y respete el medio humano y material, para que su aportación no se termine, como terminaron Sodoma y Gomorra, o la Ecbatana pérsica. Todavía faltan algunos años para que la nación ilustrada de Estados Unidos, independizada de esta en la que estamos, funde en 1873 el

primer Parque Natural del mundo en el que se proteja el medio de la devastación humana. Pero todavía es más importante proteger al hombre, cuyos derechos personales son garantía de convivencia racional, de toda forma de abuso para hoy y para el futuro. Los trabajadores de las fábricas tendrán sus cartas de derechos para que no resulte inútil su proclamación por parte de las Declaraciones de París y de Virginia. Y no solo tendrán sus derechos los trabajadores de las fábricas industriales, sino también los campesinos y quienes se dedican a labores tradicionales, tan necesarias para el funcionamiento del ecosistema humano. Por mucho que la sociedad cambie, siempre la medida humana, como expresó Protágoras el griego, será la medida del mundo que su inteligencia administra en nombre de la inteligencia providente del Ser Supremo. De no ser porque no debemos intervenir en la dialéctica del curso de los tiempos, yo abrazaría a este patrón y lo llamaría nuevo Solón de la Atenas civilizada. Pero nuestra misión nos obliga a ser prudentes y a respetar nuestra función, que es la de recoger toda la información necesaria para extraer de ella un principio, como se hace de sus múltiples silogismos en la lógica de la vida.
- Buena sentencia es esa- reconoció el Hombre del Futuro contemplando los lunares de la piel de su mujer como se contemplan los puntos de luz en el cielo oscuro de la medianoche- Eso fue lo que nos ocurrió en la siderúrgica de Northampton. De un gran escritor solo pueden venir esas grandes conclusiones. Una revelación para el mundo posterior. ¿Qué más nos sucedió, cariño?
Su mujer se acarició el pelo y el collar que llevaba sobre el escote. El Hombre del Futuro experimentó cómo la unión amorosa hacía coincidir sus hormonas, sus emociones y sus sentimientos. Se encontraba libre del peso de su karma, y su alma encontraba el paraíso tras el éxodo.
- El mundo terrestre es duro, pero su levadura sirve para la formación de un mundo mejor- reconoció- Se mueve a imagen del mundo celeste, y encontrará su destino… Creo recordar que estuvimos también en Westminster y en el edificio del Parlamento, porque tengo la imagen evocada del Big Ben.
- Sí, finalmente fuisteis a despediros de Inglaterra en su época de mayor aportación histórica en la Catedral de Westminster- siguió narrando ella- Allí, en el Reims anglosajón entendísteis por qué su legado sobrevivió al Reims original. La catedral en la que la monarquía inglesa se coronaba tenía al lado el Parlamento, y esa es la razón por la cual sigue reinando sobre Inglaterra la Comunidad Internacional. En aquel panteón de ilustres de Inglaterra estaba el memorial de Newton, de Darwin, de Tennyson, del propio Dickens. Víctor Hugo te dijo entonces: “La revolución industrial encuentra su razón de ser en la revolución cultural, o de las ideas. Y todo ello parte del principio de la verdad hacia el futuro de la justicia y de la paz”. Te pareció enorme la patria de Shakespeare, promotora de la técnica, como Grecia lo fue de la ciencia, y encontraste en ella aquel impulso que llevó a Stevenson a adentrarse en el inconsciente de los pueblos primitivos alumbrado por el faro de la crítica racional.

El Hombre del Futuro buscó el tacto de su esposa hasta hacer el amor con ella mientras la escuchaba y la sentía otra vez unida a él.

PARTE QUINTA

El Hombre del Futuro se sentía encadenado. En sus circunstancias, entendía perfectamente la frase de Rousseau: “El hombre nace libre y en todas partes se encuentra encadenado”. Se hallaba caminando por una calle de una ciudad que recordaba bien, y había tenido que ir a ella a causa de su misión, pero el entorno había cambiado debido a que las coordenadas del espacio-tiempo en aquel lugar eran únicas. Podría pensar un lector de ciencia ficción al estilo de Julio Verne o de HG Wells que una máquina del tiempo lo había teletransportado a aquel sitio, de no ser porque semejantes mitos de la ciencia siempre incompleta de los hombres y que no obstante los hacía avanzar como las primeras investigaciones de los antepasados – léanse ejemplos en la Historia Natural de Plinio- habían sido aclarados por la lógica que ve en el espacio y en el tiempo la progresión de un fin establecido desde su inicio. Sentía que caminaba por un entorno altamente tecnificado, hasta el punto de parecer un programa informático, pero sabía que aquel entorno era parte de la proyección que había atravesado en busca de la verdad, o de aquella parte de la verdad que él podía entender y que es atemporal en su razón de ser, y temporal en sus efectos en cada momento.
En esta ocasión, podía ver lo más inmediato y también lo más lejano, porque sus sentidos se habían acercado más a las posibilidades de su razón. Veía un espacio natural enorme y abandonado y en el centro de la ancha superficie aquel entorno humano como aterrizado en mitad de la nada. Era un futuro distópico, pero él había elegido verlo, y el espíritu lo había llevado allí para tal fin. Estaba en un país subdesarrollado, no recordaba cuál. Pero sí recordaba haber caminado por aquella ciudad en otros tiempos. Los hombres que lo rodeaban se movían en círculos individuales y no interactuaban entre sí. En su lugar, una especie de programa invisible lo hacía por ellos. Una gran fábrica semejante a la que habían visto en la Rusia Soviética, pero renovada totalmente en su parte exterior, reunía a los miembros de la población en su circuito como si de electrones se tratasen.
Mientras caminaba contemplando aquella desorganizada urbe distópica, notó que alguien iba caminando junto a él. Se dio la vuelta y vio a un hombre con una barba muy larga. Creyó reconocerlo, pero antes de que él dijese nada, el sujeto se presentó: “Soy Ramón María del Valle-Inclán” le dijo con voz ronca, “Soy su guía en esta etapa de su misión, así me lo encargó su célebre mentor, el gran Víctor Hugo”.
El Hombre del Futuro saludó al eximio dramaturgo del Esperpento, la mejor caricatura didáctica de la comedia humana, y le confesó: “Este espacio humano de un tiempo en el que nunca he estado me parece un disparate, una barbaridad”. “Es una barbaridad” le

respondió el autor de Luces de Bohemia, “usted lo ha dicho correctamente. En este entorno el modelo de civilización ha perecido y reina un instante anterior al caos. Son las ruinas de muchos siglos sin ninguna aportación propia. Ha venido usted aquí para ver esta deformación grotesca del ecosistema humano, como si leyese una de mis obras, para que pueda ver claramente los errores que el animal con un soplo de razón comete, magnificados a escala planetaria o del territorio que este ocupe en cada momento. Venga y vea, pues es mucho lo que tengo que enseñarle”. “¿Dónde nos encontramos?” preguntó el Hombre del Futuro. “No es relevante. Estamos en cualquier lugar de una sociedad decadente que sirve para dar ejemplo a la Ciudad de los Hombres que crece hacia la Ciudad Divina. Solo importa el ejemplo, pues para eso nos educa la Historia”.

A medida que iban caminando, un termitero de autómatas que no se tocaban entre sí y que parecían querer contradecir a su naturaleza se desplegaba movido por tiranías invisibles. El Hombre del Futuro recordó haber estado en París frente a un retablo simbólico de las letras ilustradas, donde podía ver los bustos y relieves de Montaigne, de Moliére y del siempre alabado Cervantes. Esta imagen le vino de pronto a la mente como para mostrar la contradicción con el vicio tiránico al que asistía ahora. “Tenga cuidado con sus datos” decía un marginado en la calle sin dejar de repetirlo. Los carteles tenían mensajes subliminares, y la gente mostraba un uniforme proceso de hábitos de esclavitud.

Todos se desplazaban sin pensar de un edificio a otro, que elevaba su rascacielos compitiendo con el de al lado. “Hay cinco tiranos ocultos que mueven este anfiteatro” le explicó Valle -Inclán a su contertulio mientras caminaba apoyándose en su bastón, “El resto son marionetas de seres humanos dormidos. No se moleste en despertarlos. Cada uno de ellos va conectado al programa por medio de su aparato. Los tiranos pretenden negar la naturaleza, pero verá en qué terminan sus vanos pensamientos. Aquí hay fragmentos de seres humanos despojados de su personalidad, que buscan satisfacerse con vicios que no sacian su interior. No son ciudadanos, sino siervos de quienes aparentemente les suministran su droga social, y estos no los controlan a través del miedo, como ocurre con la tiranía tecnocrática soviética, sino con el placer y sobre todo con sus adicciones. Toda una rueda del samsara, com aquella del texto hindú. Consumismo, individualismo, materialismo, he aquí su trinidad, mejor dicho, su tríada. En esta gigantesca construcción humana no cabe la diversidad, solo hay masificación en el centro, abandono en la periferia, y tensión controlada en el conjunto. En definitiva: nada más que el esqueleto de algo que fue y que ahora solo aparenta ser. La decadencia que tan bien definió T.S.Eliot cuando habló del hombre que confunde el conocimiento con la información, porque no tiene criterio cultural propio”.

Si el Hombre del Futuro se fijaba en los desplazamientos de la masa social, caía en la cuenta de que estos describían una figura geométrica determinada. Preguntó por ello al dramaturgo, que le

respondió: “El polígono que describen los transeúntes se corresponde con las líneas del circuito procesador que los controla. Cadenas invisibles los atan desde sus aparatos conectados al programa. Para ellos, el aislamiento con el medio es casi total. Digo casi, porque ningún tirano puede abolir la naturaleza de las cosas. Vanas son todas esas elaboraciones, aunque duren algún tiempo”.
Resultaba curioso observar cómo la masa de organismos se movía en su laberinto diseñado por quienes los controlaban con cadenas invisibles salidas de las señales que emitían sus propios aparatos mientras el Hombre del Futuro y su profeta acompañante describrían su propia ruta independiente. Preguntó por ello el protagonista al escritor de El ruedo ibérico, y este le respondió: “Seríamos vistos por los controladores hertzianos que vigilan a la masa dormida de no ser porque nuestra situación tiene una dimensión propia, como usted ha comprobado en sus viajes anteriores. Todo esto es un intento vano de abolir la naturaleza por parte de la arquitectura humana, una locura bárbara de la era posindustrial que se basa en el desarrollo no sostenible. Capricho y disparate, esperpento en definitiva. Satélites y emisores de onda electromagnética que vigilan a la masa. Idiotez. Monumento a la necedad que solo sirve, como puede leerse en el Libro de la Sabiduría de Salomón, para demostrar el error amplificándolo con una lente para que sirva de enseñanza entre los hombres, como yo he hecho en mis obras. Esta es la principal función del arte y así produce belleza cuando revela una verdad, pues la belleza es esa emoción que percibimos al encontrar algo armónico y proporcionado para nuestros sentidos, que con imperfección sirven a nuestro entendimiento. La verdad es la naturaleza íntima de las cosas, la sustancia del Ser que es por Sí Mismo o Ser Supremo, o si lo prefiere, lo que nadie puede negar y que subsiste sobre todos los cambios que sufra la apariencia, y que revela el bien o finalidad racional con la que fue hecho el mundo. El mal gobierno de los hombres da lugar a esas deformadas depravaciones, pero la cultura es invencible como lo es la verdadera civilización que de sus principios se desarrolla. Esto que ve, al contrario, es el desarrollo solo aparente de las máquinas, el cual reviste nuevas formas de tiranía, pues del control de la psicología del hombre a través del miedo- tal como hacía la dictadura soviética, por ejemplo- se ha pasado al control de la misma por el placer. Estos opiómanos solo esperan su ración de droga diaria”.
Así habló Valle- Inclán sonriendo desde su barba carnavalesca, y el Hombre del Futuro comprobó al caminar por aquel laberinto de avenidas distópicas- y recordó de nuevo el Grito hacia Roma de García Lorca- que la fábula del rey Minos urdida por la imaginación popular antigua tenía una interpretación en el hombre que pretende salir de sí mismo para no ver sus errores, como le ocurrió al mítico rey Minos de Creta al pretender construir una laberinto para ocultar la aberración de su hijo en Minotauro, consecuencia del vicio de su mujer y de su corte. A aquella esfera social le ocurría lo mismo: se encerraba dentro de su programa aislante para negar la naturaleza que estaba fuera y que había sido despojada y abandonada, así como

la cultura de los hombres que habían hecho posibles sus avances. Era una nueva Sodoma, por no decir una Pompeya o una Atlántida que anunciaba su fin como sistema. Por eso se sorprendió tanto el Hombre del Futuro, peregrino por su presente, al ver caminar a un individuo distinto a los demás en la entrada de lo que parecía ser unos grandes almacenes. “¿Qué le sucede a este habitante de la Metrópolis de Fritz Lang- preguntó el protagonista evocando la película homónima- que no se comporta como sus compatriotas?”. “Está despierto” respondió Valle-Inclán, “Acerquémonos para preguntarle cómo lo ha hecho”.
Nada más realizar esta acción, el individuo les descubrió su secreto: llevaba un libro bajo el brazo. “Lo llevo escondido” confesó, “y por eso mantengo libre mi mente”. Se trataba de una colección de aforismos de Séneca y de otros filósofos.
“Sócrates, Séneca, Epícteto, Platón” leyó el Hombre del Futuro en su contraportada. “Quien posee un libro de verdad posee el mayor de los tesoros” confesó el individuo recién encontrado, “y quien posee lo que dicen los libros es el hombre más poderoso de todos”. Esta frase dicha por aquel naúfrago de la información produjo el efecto de la luz que se enciende en una habitación oscura. “Estamos en el nuevo paganismo” reconoció Vallé-Inclán, “los habitantes de esta ciudad distópica realizan sacrificios a sus ídolos, como en la era anterior a la cristiana. Su Olimpo de dioses está en un prejuicio desde el que forjan estas cadenas para sus siervos”. “No son dioses” dijo el individuo sonriendo con satisfacción, “Solo son sombras proyectadas por manipuladores”. Después añadió: “Permítanme que les diga cómo salí de la mentira. Lo único que hice fue reflexionar, cosa que no hacen todos estos que nos rodean. Gracias a la reflexión sé que usted es el gran dramaturgo Valle-Inclán acompañado de otro hombre cuya identidad está relacionada con sus viajes en el espacio y en el tiempo como misionero de la cultura. Hace tiempo, este era un lugar habitado por pioneros que llegaron de otra parte y que en lugar de preocuparse de convertirse en ciudadanos se conformaron con ser dominados por un colonialismo ideológico que llevó a convertir la urbe recién fundada en una especie de colonia penitenciaria. En lugar de aprender cuáles eran sus derechos y obligaciones en el medio social, que no es otra cosa que una proyección del medio personal, se entregaron a los placeres que como caramelos repartían los mercaderes de novedades que ahora son los dueños de esta distopía y los supuestos dioses de un olimpo que no se sabe dónde está. Si usted coge a uno de estos individuos y le hace muchas preguntas, no sacará de ellos una idea en conclusión, porque no la tienen. Lo único que hacen es repetir de múltiples maneras el eslogan aprendido de memoria por su inconsciente, pues todo este ámbito es un enorme despliegue de propaganda para necios vacíos de toda ciencia propia, y en esa droga de sus sentidos corporales se mueven sin que lleguen a despertarse en ellos los sentidos del alma. Por eso son masa sin cabeza, manipulada, y tienen a sus verdugos por sus dioses. Pero de una minoría saldrá el futuro. Yo lo sé”.

Y diciendo esto, invitó a sus acompañantes a adentrarse en los grandes almacenes que mostraban su propaganda a los sentidos embriagados de los transeúntes si criterio propio. “Antes” les siguió informando el individuo que se habían encontrado, “había muchas tiendas y muchos productos. Ahora queda una sola en todo este espacio faraónico. De pequeño, me educaron explicándome que antes de este modelo de convivencia había un gran caos, y de pronto surgieron estos dioses publicitarios para solucionarlo creando este cosmos de espejismos. Yo he sido torturado varias veces, pero el pensamiento me impulsó hacia arriba”. “¿Qué quiere decir?” le preguntó el Hombre del Futuro, “¿En este modelo de aparente libertad civil se permiten tales abusos dignos de una sociedad totalitaria? ¿Acaso no se ha evolucionado en justicia social desde entonces?”. “Bajo esta aparente condescendencia de toda la gente, se ocultan las trampas del poder” explicó el individuo pensante, “Condicionamientos de todo tipo” prosiguió relatando, “manipulaciones ocultas bajo una falsa apariencia de libertad, en la práctica son los soberanos de este sistema. ¿No ven eso?”. El individuo con criterio señaló a un niño mirando una pantalla interactiva, “Ese aparato no solo les oculta el mundo, sino que se lo modifica, pero les aseguro que el fin de este modelo está próximo, porque la naturaleza de las cosas llegará a manifestarse más allá del programa en el que miles de operarios trabajan día y noche para sostener la mentira”.

Los paseantes escucharon una música envolvente salida de la megafonía que movió su inconsciente sin que se diesen cuenta. La gente incrementó su velocidad a medida que cientos de pantallas desplegaban sus anuncios multicolores y los aparatos interconectados entregaron su información a una antena colosal que se alzaba, amenazadora como la Torre de Babel, bajo la cúpula de aquel anfiteatro de inconscientes. “Ya tienen su información. El poder ha pasado de ellos a sus dominadores” explicó el individuo que en un aparte se llamó a sí mismo “el único ciudadano”. Los presentes pudieron comprobar cómo la apariencia del lugar cambiaba y miles de resortes hacían salir mobiliario nuevo y ocultaban el antiguo. Los diseños evocaron al Hombre del Futuro los recursos del lenguaje artístico, tanto de las artes plásticas en la que se vio una pinacoteca desde Apeles hasta Van Gogh o Kandinsky, pasando por Rembrandt, Velázquez, El Greco, Goya o Durero, Picasso, Munch, Cézanne, Monet, hasta las artes verbales y acústicas, donde la comparaciones de los maestros clásicos como Mozart, Brahms y Beethoven unían su armonía a los ritmos populares del rock o del jazz, y también las frases literarias se deformaban para convertirse en eslóganes.

Todo ello era un sucedáneo de su fuente original que a alguien con criterio le hubiera parecido una caricatura, pero no así a los inconscientes que vivían en ella. Para esta gente, aquello era lo único que existía. Por eso no se asombraban de que en la periferia de la Gran Urbe Distópica del Desarrollo No Sostenible no hubiese aceras para los transeúntes. Sencillamente no las necesitaban. Solo las multinacionales necesitaban infraestructuras para llevar a cabo sus

esquilmaciones del medio. Los habitantes de aquel invernadero humano eran peces de estanque que no conocían el agua corriente, así que se conformaban con que los dejasen seguir consumiendo su droga diaria.
Entre tantos atractivos que embriagaban los sentidos y que nunca llegaban a satisfacerlos para proseguir alimentando la rueda estupefaciente faltaba el sentido común del hombre antiguo que había aprendido de la naturaleza a base de observarla.
Aquí, la costumbre había creado un lujo social que ocultaba los principios de la filosofía natural y que, por tanto, impedía que se conociesen asimismo los valores de la convivencia. Todo ello contribuía a la decadencia y deshumanización del animal que había merecido el título de racional. El Hombre del Futuro recordó haber estado en un lugar similar antes de conocer al presidente de EEUU Abraham Lincoln. Pero en este instante podía ver todo más claro gracias a su nueva experiencia y a la ciencia de su compañero Valle-Inclán.
“El condicionamiento que sufrí en este ambiente era tal que bastaba cualquier estímulo sensorial para despertarlo” explicó el ciudadano de aquel Pandemonio, “pero afortunadamente salí de él porque mi mente estuvo siempre despierta, gracias a quienes me libraron de las cadenas de la ignorancia que afectan a la mayoría de esta masa que pueden ver. Todavía me cuesta hablar de esto debido al trauma pasado, que ya solo existe para explicar un error que desemboca en una iluminación. Fíjense, por ejemplo, en esas adolescentes de ahí que miran el escaparate y compran compulsivamente. Varios individuos del sexo opuesto las siguen para realizar lo que la naturaleza consagró desde el principio, y se encuentran con tal jungla de prejuicios que tienen que retroceder ante los efectos de la manipulación social. Notarán también que los adultos de todas las edades se comportan como adolescentes. Son plantas que no han germinado, solo conservan la cepa que evoca un pasado que ya no existe. Se imaginan que son libres, porque les han dicho que pueden comprar en cualquier tienda de este centro comercial que no es lo que parece, sino algo semejante a lo que han visto ustedes en ciertos totalitarismos de otras épocas. Son auténticas marionetas movidas por hilos invisibles, por eso no se dan cuenta de su situación, y creen que este sistema los ha emancipado. ¡Insensatos! Solo ven lo que les dejan ver, y ellos no han encontrado otra cosa a través de de su sentido común. Emplearán las palabras del lenguaje sin comprender su significado, tendrán ante ellos mucha información y ninguna referencia para saber hacia dónde caminan. La inercia será su campo de comprensión”.
Tras haber dicho esto, les mostró los cientos de individuos que iban caminando solos a la vez que hablaban por sus aparatos al aire sin tocarse ni interactuar entre sí. “Lo que los une es esta ilusión” reconoció el ciudadano, “pero nada hay común entre ellos ni tienen vínculo con nada. No saben por dónde han venido ni hacia dónde van. Solo saben que están en el estanque. Lo conozco muy bien porque lo he estudiado muchas veces. Cuando me fatigo de

contemplarlos, escucho alguna canción para distraerme. Me encanta esta".
El ciudadano encendió su reproductor de música y se dejaron escuchar algunas notas de la Novena Sinfonía de Beethoven con la letra del Himno de la Alegría de Friedrich Schiller. El eximio dramaturgo de La Corte de los Milagros, declaró: "A pesar de creer que el ser humano es un animal racional, a la vista de las circunstancias a veces lo olvido. Otro dramaturgo que no soy yo, sino el glorioso Calderón de la Barca, tituló su obra maestra La vida es sueño. Pero lo cierto es que la vida está por encima de todos los sueños, siendo como es verdad eterna en el Ser Supremo que la mantiene. Y para los ateos que por soberbia no quieran reconocer la existencia divina, tendrán que aceptar la soberanía de una razón eterna o inteligencia sobre todas las cosas y habrán de aceptar, lo quieran o no, el célebre argumento de San Anselmo. Cuando Calderón dijo que la vida es sueño, se refería a la vida temporal de aquello que no se asienta en la verdad inmutable, pues lo que sí lo hace es eterno como la verdad misma. Si las vanidades de los hombres crean estos ambientes incapaces de satisfacer sus verdaderas necesidades, es porque pretenden perder la conciencia con la droga de las adicciones o de los vicios para no verse tan cual son y vivir como el resto de su semejantes los animales, a quien San Francisco trató de hermanos y no sin razón por su parte. Porque toda la ciencia humana puede encerrarse dentro de la antropología, ya que es una ciencia de los hombres, y esto le permite verse a sí mismo con su conciencia, virtud de la que ningún animal está dotado por más que sus instintos pongan a prueba muchas veces la inteligencia de los animales humanos. En la antropología social estudiamos las disciplinas de arqueología, etnografía, antropología social y lingüística, y en la antropología natural todas las ciencias naturales, que a su vez describen al hombre como una especie más del grupo y más evolucionada que el resto, lo cual permite que el hombre se vea a sí mismo en dos dimensiones: como criatura racional y como animal instintivo. Si puede verse en dos dimensiones, es que la primera esta´por encima de la segunda, y que, por tanto, revela que el cuerpo humano no es más que un soporte de la razón, cuya dimensión y poder son eternos como eterno es su poder".
"Acaba de demostrar una vez más en la historia la inmortalidad del alma" lo interrumpió de pronto el Hombre del Futuro. "Sí" continuó explicando el autor de Romance de lobos, y lo he hecho para demostrar la mortalidad de todos los sistemas que no se sostienen en la razón plenamente. Les mostraré la panorámica de este espejo deformante de la condición humana a través de la lente prodigiosa del criterio lógico. Y le informaré también acerca del reciclaje de este ejemplar de decadencia". "Será para mí un placer el contemplar este coliseo de los errores desde una perspectiva más amplia que la de un individuo entre la masa" agradeció el ciudadano del Urbe Degradada.
Para lograr su propósito, el brillante dramaturgo les enseñó – a modo de grabados de Goya- aquellos Disparates o Desastres de la miseria

humana en un enfoque omnisciente. Vieron entonces en las afueras de la Urbe a muchas familias de hombres que parecían hormigas alrededor de un plato que observaban impotentes cómo su hábitat milenario era absorbido por un ejército de langostas de metal, máquinas devastadoras que había reducido una amplia extensión de selva a un monocultivo de opio, como aquel del que habló Dickens cuando se refirió al capítulo colonialista de la Historia de Reino Unido.
“He visto algo parecido en otra ocasión” recordó el Hombre del Futuro, “Esos son los indígenas, los que plantaron la primera semilla de la civilización” declaró el ciudadano despierto que se habían encontrado entre los dormidos, “Están fuera de su hábitat, han sido arrojados al éxodo que les impele a buscar en la Urbe Degradada un modo de vida lejos de su ecosistema. Ahora los pueblos y esta parte de la selva han sido devastados para plantar este opio que adormece y esclaviza a los ¡pueblos. ¡Y un individuo como yo no puede hacer nada! ¡Despertad, hombres, despertad!”.
“Sosiéguese” le aconsejó Valle-Inclán, “Todavía no ha visto el desenlace. Fíjense ahora en el interior de la Moderna Sodoma”. Haciendo lo que les dijo el autor de Tirano Banderas, pudieron ver más allá de la gran masa embriagada e inconsciente que, además de su droga física, se entregaba a los vicios de su droga social, a un hombre pequeño que movía una gran palanca poniendo su dedo en un botón. Ese hombre era el Gran Tirano y aquel botón era el Gran Ídolo de Masas. Mientras impulsaba cada cierto tiempo su oculto mecanismo decía: “Ni principios ni valores. Ni sociedad ni humanidad. Propaganda automática”.
Su actividad compulsiva no logró ver cómo los tres hombres se llegaron a él con la ayuda de su criterio racional, el cual les impulsó con el soplo de su espíritu. El dramaturgo del esperpento aproximó un espejo que extrajo de su bolsillo al resto compulsivo del hombrecillo de los botones. Este se vio reflejado en él, y luego su mirada tropezó con la de los tres hombres. Él apartó la mirada de pronto y se tiró al suelo tapándose la cara con las manos. “¿Por qué se esconde así, señor manipulador? ¿Acaso porque las cinco falsas multinacionales que rigen este teatro de la miseria humana son tiranos invisibles movidos por un solo tirano oculto que ahora se ha hecho visible al verse reflejado en sus actos?”. “Déjenme y apártense de mí, filósofos, o lo que ustedes sean. Soy un pobre hombre que he sido manipulado también”. “No es usted el sabio Mefistófeles, más bien parece el depravado Nerón” declaró el dramaturgo. “Todo esto es una película falsa” siguió contando el tirano descubierto, “Yo soy un opiómano, eso es lo cierto, y para encubrir mi vicio he manipulado este sistema que antes me manipuló a mí. Si devolviese todo a su principio, esta gran masa embriagada se volvería contra mí. ¿Qué puedo hacer?”.
“Tenga la bondad de acompañarnos, y le sacaremos de su situación” dijo el genial dramaturgo prestándole ayuda. “Volveremos todo a la dimensión humana sin violencia, venga con nosotros a la verdad”. Pero mientras avanzaban, el ciudadano despierto de la Urbe

Degradada gritó agarrando por las solapas de la americana al tirano recién descubierto: “¡Delincuente Pinario! ¡Tú me torturaste! ¡Maldito seas!” Valle- Inclán lo contuvo: “Estése quieto, todo será solucionado si no caen en el pecado de la violencia. Somos de la civilización y a ella vamos”.
Con dificultad contuvieron al ciudadano despierto, y nada más llegar a la Plaza Pública, llamada Plaza Central, vieron y oyeron a un tropel de muchedumbre en plena ebullición que gritaba: “¡Delincuente Pinario! ¿Dónde está nuestro opio? ¡Dánoslo, no podemos estar sin él un minuto más!” “¡Ay de mí!” gimió el tirano que era llevado por el grupo de embajadores de la libertad, “padecen síndrome de abstinencia. ¿Qué haré ahora que no puedo pulsar el botón de la máquina social? ¡Todos están despiertos y con hambre de opio!”
“Tranquilícese!” dijo Valle-Inclán blandiendo su bastón como una vara de justicia “En un instante soplará el espíritu sobre estas ruinas y todo volverá a la normalidad natural. ¿No escuchan de oriente el sonido del viento? Estas figuras deformes que un día fueron ciudadanos volverán a serlo, y todos los tiempos convergerán en una verdad atemporal. El gran Víctor Hugo debe estar soplando del otro lado. Todos estos esperpentos humanos serán cuidadosamente recogidos y clasificados como piezas de un museo de la barbarie que quedará, como el estudio de los animales prehistóricos, para el aprendizaje de todas las generaciones, de todos los lugares donde habite el animal humano, pues allí están también la razón y el derecho”.
Mientras esto decía, la Urbe se transformaba para expulsar a los siervos que tenía dentro y para albergar a los oprimidos que permanecían fuera. Este equilibrio le hizo recordar al Hombre del Futuro lo que ya estaba empezando a vislumbrarse.
Una circunstancia parecida había vivido junto al Presidente Lincoln, a quien pronto volvería a ver. La enorme Urbe se dividía en múltiples ciudades pequeñas, del mismo modo que se reproduce una célula biológica vista al microscopio – lo pequeño y lo grande equivalen entre sí, recordaba haber leído en Leibniz- dando lugar a una estructura civil que albergaba a los hombres de dentro y de fuera.
“Esta es la Urbe Civilizada que se está formando, impulsada por el Progreso de las Ideas, una ciudad política que representa la convivencia justa y sabia, hecha a imagen del ciudadano en quien reside la voluntad general de los estados, una población que tiene miembros como los tiene el cuerpo del hombre, y cada uno de ellos es importante. Ya no son las multinacionales ni ningún otro poder creado las que oprimen a los pueblos, porque el ciudadano es el único soberano. Ya no será el minusválido ni el enfermo, el pobre ni el indígena desplazados por la máquina de los devastadores, porque el minusválido, y el pobre, el enfermo y el indígena que se ve obligado a emigrar como extranjero serán necesarios y útiles para el conjunto, porque la medida humana es la civilización. Esta llegará adonde estén los hombres y los encaminará a una convivencia pacífica y justa. Quien tenga hijos naturales ya no dirá : a la servidumbre los mando. Quien no los tenga, los encontrará en la

posteridad de las obras bien hechas, que durarán porque están asentadas en la eternidad de lo que estuvo antes y estará después de todas las creaciones humanas. Para eso está el hombre sobre la tierra, para hacer crecer estos principios hacia el cielo".
Después de decir esto, el Hombre del Futuro se volvió a él y le dijo: "Señor, usted que dijo Las letras no dan para comer, es ahora quien alimenta con sus letras a todo este pueblo que resurge de sus cenizas, como el fénix de la mitología. Pensaba que esta Urbe estaba condenada, y ahora la veo configurarse conforme al modelo del equilibrio. Me parece milagroso el poder que tiene la cultura, reveladora con sus ejemplos de los principios racionales de orden personal y social. Lo que estaba destinado a degradarse a causa de su corrupción del modelo original, ahora se regenera en virtud de estos principios".
En efecto, como el Hombre del Futuro había expresado, la Urbe Global abría sus avenidas atravesando las comarcas rurales abandonadas e integrando aquellas que habían sido segregadas antes, al mismo tiempo que sus infraestructuras que tenían por objeto unir a los hombres se modificaban para adaptarse y respetar las características del medio, haciendo que la gran basílica social, como un templo políglota de muchos pueblos y costumbres se convirtiese en protectora y cultivadora del medio natural y social, que no solo era un patrimonio para la humanidad, sino el soporte de la convivencia y de la vida.
Resultaba tan gratificante el ver cómo aquellos excluidos y marginados del progreso tecnológico aparente que encubría toda clase de abusos eran ahora parte importante de sus estructuras, que el Hombre del Futuro aplaudió cuando las comunidades de indios y de campesinos de subsistencia alcanzaron el derecho a proteger su cultura inmaterial, la cual resultaba un modelo de convivencia que no devastaba el medio natural, sino que lo mantenía en su plenitud como el jardín que el Hacedor de Todas las Cosas le había encomendado temporalmente a Adán y a su descendencia. Todo esto podían verlo los misioneros del espacio-tiempo en panorámica gracias al poder que le había otorgado el espíritu de inteligencia que lleva los seres a su buen destino.
"Vayamos ahora a los campos" dijo Valle-Inclán "para que veamos mejor cómo la naturaleza y la humanidad por fin conviven en armonía". Dicho esto, caminaron unos pasos y el espíritu los llevó a las bellas selvas protegidas donde vivían incontables especies de animales y de plantas y luego a las cabañas de los indios, que estaban tan bien asentadas como los rascacielos del área metropolitana.
"Esto se parece a lo que reveló San Juan en el Apocalipsis, con la diferencia de que el santo inspirado se refirió a la Ciudad Celeste, y esta es la Ciudad Terrestre que camina hacia ella, según la verdad comunicada por San Agustín" expresó el Hombre del Futuro al ver aquel esplendor de la obra del Creador, en la cual el hombre había aprendido a convivir en paz."Esta época llegará" continuó expresando , "y es el futuro en el que quiero vivir".

“Si la historia hasta ahora aprendida ha llegado a esta síntesis” dijo el ciudadano despierto que se habían encontrado en la Urbe Caótica y que en este instante podía ver la Urbe Cósmica. “Yo también me identifico con ella y quiero plantar aquí el Árbol de la Libertad”. “Ya está plantado” sentenció el célebre dramaturgo, que se había encariñado con un tití enano que se divertía jugando con su sombrero, como aquel que había encontrado el explorador científico Humboldt en su estudio de la naturaleza. “Vamos a verlo”, concluyó. Caminaron hasta avistar la cima de un monte en el que había un bosque de sequoias milenarias. Al pie de la más alta, representantes de todos los países con sus banderas cantaban juntos el Himno de la Alegría, con letra de Schiller y música de Beethoven. Allí se encontraron con un hombre que presidía la reunión de la Comunidad Internacional y en el que el Hombre del Futuro reconoció al Presidente Abraham Lincoln, al que esperaba ver aparecer de un momento a otro por aquellas similitudes que había apreciado en aquel entorno postmoderno con su primera visita a los Estados Unidos de América. Era talmente el hombre nuevo al que cantaba Walt Whitman, sin prejuicio alguno de clase o doctrina. Después de haber saludado al escritor estrechando su mano y llamándolo “espejo fiel de la condición humana”, abrazó con energía al Hombre del Futuro y le dijo: “Ha cumplido su promesa de volver a verme. Este es el Día de Todos los Hombres, fiesta de todos y para todos”. “He venido porque la misión que se me ha encargado termina aquí” declaró el Hombre del Futuro mirando al paisaje natural reconciliado con el paisaje humano. He encontrado el Tesoro del Principio para combatir la Ignorancia del Dogma. Lo llevo aquí conmigo” y al decir esto, el Hombre del Futuro señaló su pecho con la mano. “Ahí será siempre útil y tendrá vida. Las nuevas generaciones, el nuevo mundo que siempre estará por venir tendrá que tenerlo en cuenta en todo momento. Vengan ahora usted y sus compañeros a celebrar la Fiesta de Todos los Hombres”.

Tras decir esto, el grupo se unió, bajo la milenaria sequoia, a la celebración en la que cabían todas las danzas nacionales y todos usos y costumbres no solo de todos los países, sino de todas las comunidades humanas. Allí se encontraron también con Víctor Hugo, que enarbolaba patrióticamente la bandera francesa. “Contemplen este Siglo de Oro, como aquel en el que florecieron las letras de la España que descubrió el Nuevo Mundo, o como el de aquel en el que la mitología clásica griega y romana situó la convivencia humana ideal, participen de todas las danzas y de todas las advocaciones que los pueblos le dan al Ser Supremo que nos revela la vida que llevamos dentro y que nos hace crecer con su inteligencia hasta alcanzar la Sabiduría que no tiene principio ni fin, y que se expande en la diversidad de todas sus formas. Aquí no hay razas, sino personas”.

El Hombre del Futuro se dispuso a danzar con unas bellas bailarinas orientales, y entre ellas se encontró con un rostro que conocía muy bien. “Has estado fuera mucho tiempo, pero ahora estarás conmigo” le dijo dándole un beso en la boca. “Libertad, amada mía” dijo el

Hombre del Futuro. “Eleuterio, amado mío” respondió ella echándole los brazos al cuello. Juntos se fundieron en una luna de miel de cantos, danzas y esplendor natural. Concluidas tres noches de festejo, alojándose en las cabañas de los indios y en las casas de los hombres de todas las naciones, atravesaron los simbólicos campos de algodón en los que antaño trabajaban sin derechos los esclavos humanos cuya situación había abolido por primera vez el presidente Abraham Lincoln y llegaron de nuevo al Jardín de la Sabiduría, más que Parnaso o residencia celeste de todos los sabios que pasaron por este mundo, donde la ambrosía que se bebe es la sabiduría que engendra y mantiene la vida.

Allí se encontraron, en una selva de animales y de plantas que no dañaban al hombre y al que no dañaba tampoco ni el sol ni la luna, entre la pléyade astronómica de todos los sabios, a Sócrates, a quien el Hombre del Futuro había visto al principio, y que les sirvió de introducción a la Cruz de Cristo que vieron desplegarse en las franjas doradas y rosas del amanecer en el cielo.

Con esto he concluido la meditación sobre la humanidad que me ha hecho ver con mis sentidos racionales al Hombre del Futuro caminado sin detenerse a su destino eterno.